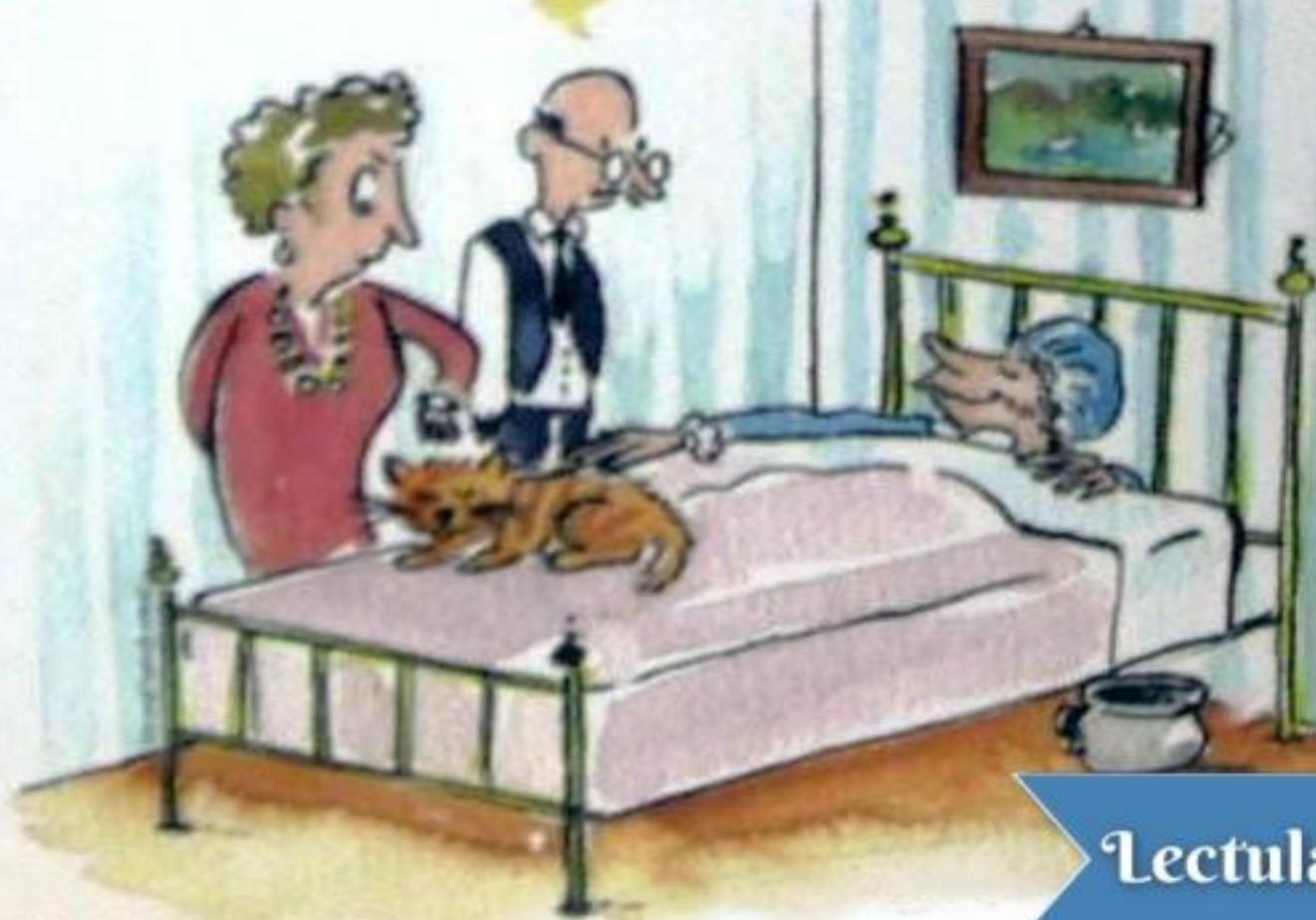


EL PISITO

RAFAEL AZCONA



Lectulandia

Hace algún tiempo, la prensa dio una noticia tremenda: en Barcelona, un hombre en la flor de la edad se había casado por el interés con una octogenaria. El interés, el pequeñito y aparentemente ridículo interés, era el de quedarse, a la muerte de la anciana, con el pisito de renta antigua que ésta ocupaba.

Tan triste y espeluznante boda de conveniencia dio a Azcona la idea de escribir una novela en torno a la calamitosa situación en que se encuentran en nuestro tiempo los hombres y las mujeres que no pueden casarse por no encontrar un sitio en el cual hacer esas cosas que se hacen en el matrimonio: engordar, sufrir por el precio de la pescadilla, tener nenes y aburrirse horrores.

Está **EL PISITO**, «novela de Amor e Inquilinato», como la subtitula su autor, entre el cuadro de costumbres y la tragedia —no por cómica menos impresionante—, y en ella nos ofrece RAFAEL AZCONA nuevas y más maduras muestras de su agudo espíritu de observación, incisivo sentido crítico y afilado humor. El lector encontrará en este libro, número 36 de nuestra Colección, el personalísimo estilo y peculiar manera de ver la vida misma que antes exhibió su autor en su **VIDA DEL REPELENTE NIÑO VICENTE** —ahora a punto de aparecer en su quinta edición—, y en **LOS MUERTOS NO SE TOCAN, NENE**, uno de los éxitos más resonantes de «El Club de la Sonrisa».

Lectulandia

Rafael Azcona

El pisito

Una novela de amor e inquilinato

ePub r1.0

Titivillus 08.03.16

Rafael Azcona, 1959

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¡Hogar, dulce hogar!

PRIMERA PARTE

I

La silenciosa y fétida atmósfera, remansada durante la noche en la oscuridad de la habitación, fue alborotada de pronto por una serie de ruidos encadenados que, al destrozar el silencio, provocaron también un oleaje, un flujo y reflujo de dulzarrones hedores a anciana encerrada, a gato satisfecho de la vida y a corrompidas hierbas medicinales.

El escándalo comenzó con el fragoroso gemir de un jergón oriniento, siguió con un instantáneo y violento chapoteo y desembocó, provisionalmente, en el más aterrador de los maullidos que hayan sonado en el mundo desde el Génesis; luego, machacando una pausa casi nonata, una vocecita aguda se angustió:

—¡Jesús, María y José! ¿Otra vez, *Teodoro*?

Y, entre el rebullir de ropas y nuevos gemidos del jergón, se oyó el chasquido de un interruptor: la débil claridad que esparció una antiquísima lámpara iluminó el pavor de una vieja que, parapetada tras el embozo de su cama, asistía asustada al terrible espectáculo ofrecido por un gato chorreante, recién salido del líquido amarillento que llenaba una palangana situada a los pies del lecho. El gato, hecho una ojiva en su furor, maullaba y bufaba frenético, amagando un sanguinario ataque, sin separar sus turbios y siniestros ojos de la indefensa anciana. Ésta intentó disculparse y farfulló:

—*Teodoro*, por Dios... Ha sido sin querer... Te... te lo juro... ¡No, *Teodoro*, no!

Tuvo que guarecerse bajo las sábanas, convencida ya de que su vida estaba en peligro: el gato, embrutecido por su sed de venganza, se había puesto a dar fenomenales botes sobre el pavimento. Desde su refugio, la vieja se atrevió a insistir:

—Ten calma, *Teodoro*, ¡por lo que más quieras! Ya te he dicho que no lo he hecho a posta. Ha pasado lo que pasa siempre: he ido a levantarme, y como tú estabas encima, al moverme te has caído en la palangana... Pero ha sido sin querer, *Teodoro*; ¿cómo puedes pensar que yo me divierta así, si cada vez que nos pasa esto tenemos un disgusto? ¿No lo comprendes, rey mío? ¿No te das cuenta de que tú eres lo único que tengo en el mundo y que prefiero morirme a verte de esa manera? Di, *Teodoro*, ¡di!

El terrible *Teodoro*, amansado al parecer por los quejumbrosos sonidos que le llegaban a través de las sábanas, deshizo el arco que formaba su espinazo y suavizó su fiero maullar, para, evidentemente fastidiado, observar los desperfectos que el desagradable baño había ocasionado en su pelaje. Después de efectuar un concienzudo examen, saltó sobre uno de los innumerables cojines que descansaban sobre todos los muebles del cuarto, precisamente al que estaba encima del lavabo, y allí se dedicó a restaurar el desastre. Desde las interioridades de la cama seguía llegándole, monótona y plañidera, la vocecilla de la vieja

—... y todo porque tú no quieres dormir en tu camita. No es que te prohíba que duermas en la mía, no; yo, encantada, *Teodoro*. Pero si durmieras en la tuya, el ama no te molestaría cuando se levanta. ¿No lo comprendes? El ama tiene que madrugar para darse el baño en la pierna y para ir a misa, y como tú eres un dormilón, pues así pasa lo que pasa. ¿Verdad que lo comprendes, *Teodoro*, sol de la casa?

El silencio del gato, que continuaba ocupado en sus tareas de reparación, animó a la anciana a salir de su escondite: asomó tímidamente su arrugada nariz y oteó el horizonte, y la aparente calma del gato la decidió a proseguir hablando sin esconderse:

—Bueno, ya se te ha pasado, ¿verdad? Así me gusta, *Teodoro*. Y para que veas que te quiero y que no deseo molestarte más, desde mañana te despertaré antes de levantarme, ¿eh? Así no te cogeré desprevenido y no te caerás al cocimiento. ¿Está contento el gatito bueno?

Teodoro interrumpió su faena para mirar a su ama. Luego, quizá despreciándola, se reintegró a sus lengüeteos, conformándose con emitir un par de gruñidos de protesta. La anciana dió por terminado el incidente y, mientras alargaba su mano hacia la dentadura postiza, que descansaba en la mesilla, pasó de la actitud conciliatoria a la recriminación:

—Lo que no me explico es por qué te tienes que enfadar tanto, *Teodoro*. Si te cayeras en una palangana llena de agua corriente y moliente lo entendería; yo misma, aunque soy más limpia que nadie, me enfadaría mucho si alguien me sacara del sueño de esa forma. Pero no te caes al agua, a un agua ni fu ni fa, *Teodoro*; te caes al cocimiento que tanto bien le hace a la pierna del ama. Un cocimiento de hojas de sen, tomillo, menta, adormideras, romero, malvavisco, orégano y eucaliptus, que es mano de santo y que no te puede perjudicar, sino, al contrario, beneficiar, y mucho. Si no fueras tan melindroso, tú mismo, sin que nadie te empujara, te meterías en la palangana alegremente...

La suposición, o el tono en que había sido formulada, o ambas cosas a la vez, sacaron de quicio nuevamente al tranquilizado o, por lo menos, resignado *Teodoro*: cortó en seco sus lengüetazos, dió un bote increíble y cayó sobre la cama con las uñas por delante, desgarrándose en un maullido más espeluznante que todos los que había soltado hasta entonces. La proveceta señora, sorprendida con los dientes en la mano, casi no tuvo tiempo de introducirse de nuevo en su refugio y estuvo en un tris — como luego explicaría ella a sus amigas, doña Candelas y doña Consolación— que el gato la cegara. Afortunadamente pudo acurrucarse otra vez bajo la ropa y sentir allí, sobre sus costillas, los saltos, los bufidos y las uñas del irascible animal.

Volvió el pánico a hacerle temer por su vida y gritó hasta desgañitarse:

—¡Socorro, don Rodolfo! ¡Auxilio! ¡Ay, Jesús, María y José, que *Teodoro* se ha vuelto loco! ¡Ay, que me quiere cegar, Santa Lucía bendita! ¡Socorro, socorro...!

Los desaforados chillidos, traspasando las sábanas, debieron irritar aún más al enfurecido *Teodoro*, pues su rabia alcanzó caracteres tremendos: rasgaba el edredón

con las uñas y con los dientes, maullaba y bufaba como un condenado, saltaba fuera de sí, en su excitación por no poder llegar hasta su presa.

Se oyó fuera una voz destemplada:

—Pero ¿es que no se va a poder dormir en esta casa? ¿Qué le pasa ahora a esa vieja chocha?

Desde su escondite la anciana seguía clamando:

—¡Me quiere cegar! ¡Socorro, socorro, don Rodolfo! ¡A *Teodoro* le ha dado un ataque y me quiere cegar! ¡Ay, Santa Lucía bendita, abogada de la vista, protégeme y te ofreceré una vela!

Se abrió la puerta violentamente: un hombre achaparrado, medio calvo y envuelto en un raído albornoz, había descargado sobre ella un brutal puntapié:

—¿Se va a callar ya, vieja imbécil? ¡Las cinco de la mañana no es hora de armar...!

Se cortó al ver al gato, que seguía entregado a sus excesos. Al mismo tiempo, la angustiada vocecita de la invisible señora le informó:

—¡Le ha dado un ataque, don Dimas! ¡Auxílieme, auxílieme!

Había llegado otro sujeto a la puerta, un hombre alto, cargado de espaldas, con los revueltos pelos sobre la cara; ajustándose el pijama inquirió:

—Pero ¿qué pasa, Carbayo? ¿Está enferma?

—¡Qué va a estar enferma! Quite, déjeme; ahora va a saber ese bicho lo que es bueno.

Y, cogiendo la silla que tenía más a mano, el del albornoz la elevó sobre su cabeza para arrojarla después, con toda su alma, contra el enloquecido gato. Sin embargo, la silla no dió en su objetivo: *Teodoro* la esquivó con un ágil salto de costadillo y el pesado proyectil fué a estrellarse en el leve bulto que temblaba bajo las sábanas.

—¡Piedad, *Teodoro*, piedad! —aulló la vieja, convencida de que el golpe que acababa de recibir era producto de la furia del gato, cuando éste ya hacía rato que había abandonado la cama para escapar al pasillo después de haber cruzado como una centella entre las piernas de los dos hombres que bloqueaban la puerta, a los cuales dejó ocupados en el lanzamiento de soeces palabrotas y tremendos denuestos y tan asustados como a la lacerada anciana.

Cuando la pareja se recobró de su susto, el que había lanzado la silla entró en la habitación, se acercó al lecho y, tirando de las ropas, gritó:

—¡Venga, salga de ahí, doña Martina! ¿No le da lacha estar desvelando a cada dos por tres a unos hombres que tienen que madrugar para ganarse la vida?

La vieja, envuelta en toquillas, encajes y cintajos, seguía temblando, acurrucada e incapaz de reaccionar.

—¡Me ha matado! ¡El cura, que venga el cura!

El que vestía el pijama se alarmó:

—A ver si es verdad que está grave; a lo mejor le ha fallado el corazón. A estas

edades...

El otro le interrumpió:

—Venga, Gómez, deje usted de desear ya que se muera; yo también tengo ganas, pero no lo digo tantas veces, hombre... Hala, doña Martina, arriba, que no ha pasado nada.

Estaba zarandeándola, intentando convencerla de que el gato había huido; pero los efectos fueron contraproducentes:

—¡No, *Teodoro*, no! ¡Santa Lucía, no me desampares!

—¡Qué Santa Lucía ni qué *Teodoro*! ¡Soy yo, don Dimas!

Salió, por fin, la vieja de su cervical pánico. Abrió los ojos, todavía protegidos por las manos, y vió a sus salvadores:

—Ay, don Dimas, ¡qué susto!... Ay, don Rodolfo, ¡qué susto!... En mi vida, en mi vida he pasado un rato tan malo... Otras veces no se ha puesto así, ni mucho menos. Pero hoy, hoy ha sido terrible...

De pronto advirtió que no estaba cubierta por las ropas de la cama y, a excitados chillidos, exigió:

—¡Fuera, fuera de mi cuarto! ¡No miren, no miren, que estoy desnuda! ¡Salgan, salgan! ¡Suelte usted las sábanas, don Dimas, o lo denuncio a la policía!

Don Dimas, perplejo, volvió la cabeza hacia el otro:

—Pero ¿está viendo usted? ¡Esta vieja chocha, saliendo ahora con el pudor!

Soltó las sábanas con un gesto de desdén. La anciana se cubrió con ellas e insistió:

—¡Inmorales! ¡Aprovechar una ocasión así para, para, para... mejor es no decirlo!

Don Dimas estaba ya en la puerta:

—Mire, doña Martina del demonio: como me despierte otra noche con una juerga de éstas, va a saber usted lo que es canela. ¡Se lo advierto!

Y cerró, dando un portazo.

Doña Martina detuvo con un gesto al del pijama, que había iniciado la retirada, y, después de meterse en la boca los dientes postizos, le dijo:

—¿Se ha dado cuenta, don Rodolfo? ¿Se ha dado cuenta? ¡Lo echo, lo echo de mi casa! Pues ¡qué se ha creído el don Dimas! No, si la culpa la tiene una por dar entrada en su casa a gentes de tan poco pelo. Con usted no va nada, don Rodolfo; usted es una persona de bien y estoy encantada de tenerlo de huésped. Es él, él...

—Muchas gracias, doña Martina —musitó, en un bostezo, el llamado don Rodolfo. Y se ofreció, sin demasiado entusiasmo—: ¿Quiere usted alguna cosa? ¿Le hago falta para algo?

—No, no. ¡Señor, señor! No sé lo que le habrá pasado a *Teodoro*; yo creo que le han hecho daño los boquerones que cenó anoche. Si no es por Santa Lucía, don Rodolfo, no lo cuento. Me quería cegar, don Rodolfo, de verdad. ¡Ay, Señor, qué vida! Claro, como no tiene una a nadie que la defienda. Porque usted ya sabe lo que

ha sido mi existencia desde que murió mi pobre madre, que en gloria esté: una mártir, don Rodolfo, una mártir. Y ya ve, una toma huéspedes para ayudarse un poco... y aquí tiene usted el pago que le dan. Porque me ha insultado, usted lo ha oído. Ya le digo que es con él, con él con quien no puedo; usted es otra cosa, don Rodolfo. Pero ése, ése es un tiparraco, un ser insociable. Se lo digo en confianza: para mí que es de la cáscara amarga. Y luego, ¡cómo me ha puesto la casa de porquerías! ¿Usted cree que una persona como Dios manda se gana la vida vendiendo esas suciedades? ¡Señor, señor, en qué día le abrí la puerta de mi casa! Una mártir soy, don Rodolfo, una mártir. Ya ve, aquí, con la pierna, que cada día la tengo peor y que no sé cómo me saldrá de este disgusto...

Don Rodolfo trataba de dominar sus bostezos, pero le era imposible. Y ella seguía hablando y hablando, dándole aún más sueño. Deseaba irse a su cuarto, a seguir durmiendo; pero no se atrevía a dejar a la vieja con la palabra en la boca; si lo hacía, podía animarla a que le odiara como odiaba a Carbayo. Y eso no podía ser, por lo menos hasta que Sáenz le dijera lo que había de cierto en aquello del piso.

—... pues como la pierna se me hinche va a conocerme ese don Dimas a quien el diablo se lleve. Voy a ver si tomo el baño, don Rodolfo, que es lo único que me alivia un poco. Un baño que preparo con un cocimiento que es mano de santo, ¿sabe? Si tiene usted algún dolor, dígamelo, y yo le daré el remedio. A usted lo quiero, don Rodolfo; lo quiero como a un hijo. Porque usted es un caballero, y un hombre comprensivo, educado y como se debe ser.

Don Rodolfo aprovechó la pausa que había hecho la infatigable anciana:

—Pues yo, doña Martina, si no quiere usted nada, me voy a acostar un poco. Ya sabe que los sábados, como hacemos jornada inglesa, tengo que ir antes...

—Vaya, vaya, don Rodolfo, y que descanse. ¡Ay Jesús mío, qué cruz tan pesada me has cargado! Adiós, don Rodolfo, adiós... A ver si está por ahí *Teodoro*, el pobre; a ver... Bis, bis, bis, bis, rey de la casa...

Ya a solas, doña Martina no tuvo inconveniente en dejar la cama; realizando un penoso esfuerzo, consiguió resbalar sobre el colchón hasta quedar con los pies apoyados en la alfombra, y arremangándose el camisón, que sobresalía de sus toquillas, dejó al descubierto sus piernas. Una de ellas, la izquierda, esquelética y llena de cabrillas, quedó completamente al desnudo, quizá hasta provocativa; la otra, la derecha, estaba empaquetada, envuelta en toallas.

Sin dejar de lamentarse y de llamar al gato, la anciana retiró los alfileres imperdibles que sujetaban el paquete, y cuando la pierna quedó al aire, la introdujo en la palangana; con una esponjita, empapándola y exprimiéndola, procedió a ducharse la rodilla, y al mismo tiempo inició el rezo del rosario. Su voz, acompañada por los rumores del líquido que caía en la palangana, se extendió por la habitación:

—... Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...

Rezaba haciendo escalas, subiendo y bajando de tono, murmurando un rato, para luego llegar hasta el grito, unas veces de manera ininteligible y otras vocalizando

como si estuviera en un púlpito, pasando del bisbiseo a la más rotunda, clara y terminante invocación:

—... al Padre, gloria al Hijo, gloria al...

A intervalos se interrumpía para llamar al gato, que seguía sin aparecer. Sus llamadas estaban colmadas de requiebros, llenas de afirmaciones de buena voluntad, rebosantes del deseo de hacer las paces:

—*Teodoro*, sol de la casa, rey mío... Si te han hecho daño los boquerones, lo arreglaremos purgándote; pero no con aceite de ricino, que al gatito bueno no le gusta... Ven, *Teodoro*, que tu amita está muy sola... Ven y mira cómo tiene la pierna... Anda, ángel mío, no seas como don Dimas y no me des disgustos...

Al dar fin al rosario, doña Martina empapó las toallas en el líquido que quedaba en la palangana, y cuidadosamente se fué envolviendo en ellas la pierna. Después de sujetarlas con los alfileres, la anciana se introdujo en una interminable cantidad de prendas, casi todas ellas de luto riguroso, y cuando estuvo vestida, recordó:

—¿Lo ves, *Teodoro*? Por tu culpa ha estado a punto de olvidármeme la vela que le he prometido a Santa Lucía.

Abrió un armario ropero y paseó la mirada por los montones de velas de todos los tamaños que el mueble guardaba. Su mano se acercó a una no demasiado larga, pero se retiró con presteza para coger otra que medía cerca de un metro. Puso sobre su verdiblanca cabeza una mantilla espesísima y, vaciando en el lavabo la palangana, cargada con ella y con la vela, salió al pasillo, el cual surcaban en aquel momento varias docenas de cucarachas. Doña Martina se indignó, como todas las mañanas:

—¡Parece mentira la falta de decoro que hay en el mundo! ¿De qué le sirve a una ser más limpia que la patena, si tiene unos vecinos que crían estos bichos asquerosos? ¡Hala, hala, bajad a vuestra casa, malditas! Y tú, *Teodoro* —*Teodoro* dormitaba sosegadamente en un rincón del vestíbulo—, ¿por qué no haces algo? No te digo que te las comas, pero en lugar de dormir como un lirón podías asustarlas, por lo menos...

Teodoro comenzó a gruñir, y la vieja recogió velas:

—Bueno, bueno; ya sé que tú tienes tus ínfulas, y no voy a ser yo quien te las quite. Anda, anda a la camita, que yo vuelvo ahora mismito de la iglesia para darte el desayuno.

Se enfrentó con las escaleras; le resultaba molestísimo bajarlas y subirlas, pues, aparte de los achaques propios de su edad, tenía que vencer serias dificultades para mover, para arrastrar el enorme paquete que envolvía su pierna. Mientras bajaba arreció en sus insultos a la vecindad, al casero e incluso a los constructores del edificio:

—... parece mentira, sabiendo que hay en el mundo ancianas que no se pueden valer, hacer las casas así, llenas de facilidades para las cucarachas y de molestias para los vecinos honrados. Cuando vea al casero me va a oír, vaya si me va a oír el tío pejiquera ese, que permite no sólo que los vecinos sin conciencia me infecten mi piso, sino que, además, deja la escalera a oscuras, con los escalones desportillados,

talmente como si quisiera que una se descalabrara...

Llegó a la calle cansada, pero emprendió con buen ánimo la marcha hacia la iglesia: ir a misa, a aquella misa, la primera del día, era una de las cosas que más le gustaba hacer a doña Martina. Porque, como les decía a sus amigas doña Candela y doña Consolación, la primera misa del día era la que más mérito tenía oír: era la que exigía más espíritu de sacrificio y la que denotaba más devoción.

Por las aceras, todavía en sombras, las toallas iban dejando un húmedo, aromático y goteante rastro. Un perro, después de acercarse a husmearlo, lanzó un aullido y salió de estampía.

II

A don Rodolfo, lo mismo que a don Dimas, le desaparecía el «don» apenas se apartaba de doña Martina; la vieja, como todas las patronas del mundo, regalaba generosamente algo que le costaba tan poco y que, además, le permitía, a la hora de servir las comidas, mermar el peso de las albóndigas sin sentir remordimientos. «Vaya una cosa por la otra», decía ella.

El hombre que se levantó a las ocho de la mañana era un Rodolfo a secas. Sucio, desgarrado, con la boca llena de sabor a caries, los pies plagados de callos y durezas, turbios los ojos, hundido el pecho por una alimentación deficiente excesivamente prolongada. Sin abrocharse el pijama, al aire el tórax estrecho y velludo, se encaminó hacia «el baño», que así había convenido doña Martina en denominar al pequeño retrete provisto de lavabo y atiborrado de garrafas vacías, botellas polvorientas y escobas desgastadas por el uso. Empujó la puerta, y ésta tropezó con algún obstáculo.

—Perdón —gruñó.

La puerta se abrió y dejó ver en el interior a «don» Dimas, ahora en camiseta y ocupado en fregotear en el lavabo una pierna ortopédica:

—¡Hola, Gómez! Termino ahora mismo; es que voy a ver si me quito hoy este artículo. Es para un pobre chico que ha perdido un remo en el «Metro», ¿sabe? Y me da la impresión de que le va a estar un poco larga; claro que el precio que les voy a hacer yo no lo encuentran en ninguna parte. Pero yo tengo el compromiso de ser generoso; el chico ya le digo que está, poco más o menos, en la miseria, y la pierna se la van a regalar de caridad...

Rodolfo escuchaba bostezando, pero comentó:

—Menudo lince está usted hecho, Carbayo.

—¿Yo? Pues a buena parte va usted a parar; dinero me cuesta el negocio. De verdad, Gómez: éste es un caso aparte... El chico se dedicaba a suicidarse, ¿sabe usted?

—¿A suicidarse?

—Sí. Ya le digo que en estos casos hay que ponerse la mano en el pecho y pensar que todos somos hermanos. Había descubierto un negocio fenómeno: cada día esperaba en una estación distinta la llegada de un tren que coincidiera con la máxima afluencia de viajeros... Cuando el tren entraba en el andén, el vivo del chico se arrojaba a la vía por el extremo contrario. ¡Menuda picardía la del pájaro! Así, el conductor tenía tiempo de frenar, el tren se detenía, el chico se salvaba y los únicos que se llevaban unos coscorriones eran los que iban dentro de los coches. Por el frenazo, ¿comprende? Inmediatamente la gente se arremolinaba, recogían al carota del suicida, se enteraban de que estaba desesperado por no poder comer y por no tener dinero para comprarle penicilina a su padre, y... lo que pasa: el pueblo de

Madrid tiene un corazón así de grande, y unos un duro, otros dos pesetas y algunos, que de todo hay, diez céntimos, el chico podía ir sacando adelante a su familia.

Rodolfo miró, espantado, la pierna ortopédica, brillantadas sus cerúleas calidades por el vigor de Carbayo:

—Y en una de éstas, ¡zas!

—Claro, lo que yo digo: que tampoco se puede abusar y que un día u otro el conductor se duerme y se produce el fenómeno. Ahora, como el chico se ha hecho famoso, bueno, usted ya me entiende lo que quiero decir, unas señoras le van a regalar la pierna para el día que haga la primera comunión.

Salió del retrete con el aparato deslumbrante, y cuando Rodolfo entraba, lo apoyó en el suelo, haciendo jugar sus metálicas y rechinantes coyunturas:

—¿A que hace buen efecto? —le preguntó—. Lo malo va a ser como le quede demasiado larga. Claro que uno se las sabe todas, y echará mano del recurso que no falla: «Señoras mías —les diré cuando el chico se quede desnivelado, si es que se queda, que a mí me parece que sí se va a quedar—, señoras mías: el chico crecerá, y el aparato, naranjas de la China». Y picarán, ¡vaya si picarán! Bueno, Gómez; hasta luego.

—Adiós, Carbayo; que haya suerte.

Instalado sobre el inodoro, Rodolfo siguió pensando en aquel pobre muchacho. Diez años atrás, el conocimiento del suceso hubiera indignado a Rodolfo, y acaso hasta hubiera llegado a escribir una carta al *ABC* diciendo que no había derecho a que sucedieran cosas así. Pero a los treinta y ocho años Rodolfo estaba cansado, aburrido de indignarse; luchando con su estreñimiento crónico, no podía hacer otra cosa que mover tristemente la cabeza, mientras sin proponérselo, de una manera vaga, establecía un parangón entre aquel desgraciado chico y él mismo... La vida era así y no tenía remedio: a unos les cortaba una pierna, y a otros, a él, las alas.

Rodolfo se entregaba muy seriamente a estas reflexiones, convencido de que en ellas era de un realismo implacable. «Las alas», en su lenguaje, era todo lo que él suponía había perdido a lo largo de su existencia, todo lo que se había ido dejando entre las zarzas de su camino: capacidad de ilusión, ambiciones, voluntad... ¿O era que nunca jamás había tenido aquellas cualidades? Sí; podía ser que intentara engañarse, que tratara de justificarse así de su fracaso, de su poca fortuna, de su triste dejarse llevar y traer por los demás. De cualquier manera, mejor era no pensarlo, decidió, porque lo único que importaba, lo único que contaba, era que allí estaba él, a las puertas de la cuarentena y sin haber vendido una escoba.

Se levantó, encogiéndose de hombros, resignado y apacible, quizá hasta con un repunte de júbilo por haber conseguido una victoria sobre sus resacos intestinos, y se lavó rápida y escasamente. Luego, hurgándose las orejas con la toalla, se dirigió hacia la cocina en busca de su desayuno, aquella cosa oscura que doña Martina llamaba café con leche.

La vieja le saludó alegre, seguramente sin acordarse ya de lo que había ocurrido

horas antes:

—¡Hala, hala, a desayunar y a correr por ahí! Ya tenemos encima a la primavera, don Rodolfo, y ustedes, los jóvenes, tienen que aprovecharla... Ya que una no puede, ¿verdad?

Rodolfo volvió a su cuarto, una habitacioncita diminuta, amueblado con una cama de hierro, una mesa cojitranca, una silla y un armario de luna casi transparente, ventilado por una ventana orientada al patio. Se vistió de prisa y corriendo y bajó las escaleras de tres en tres; iba a llegar tarde; el imbécil de Carbayo le había hecho perder el tiempo. Y en sábado precisamente, cuando más...

Se detuvo y se dió una palmada en la frente, ya en la calle: acababa de recordar algo que con unas cosas y con otras había olvidado por completo. ¿Qué noticias le llevaría Sáenz? ¿Sería que sí o sería que no? Como fuera que no, ya podía prepararse a aguantar a Petrita.

Echó a andar de nuevo, remontando la calle de Fuencarral hacia la glorieta de Bilbao. Menudo lío como Sáenz viniera con la embajada de que el abogado aquel había dicho que estaban en un error; Petrita se pondría como un caballo. Sopló, expresando rotunda y concisamente toda su preocupación: Petrita tenía unos prontos terribles, y él los temía. No, no podía tener razón Sáenz; él era quien estaba equivocado. ¿Por qué no iba a poder quedarse con el piso de doña Martina cuando ella muriera? Llevaba viviendo allí como huésped fijo catorce años; algún derecho habría conquistado en aquel tiempo. Lo que pasaba era que el mala sombra de Sáenz disfrutaba fastidiando a los demás.

Un tranvía se acercaba a la estatua de Bravo Murillo, y Rodolfo se olvidó de todo lo que no fuera alcanzarlo; si no lo tomaba, tendría que oír luego el rapapolvo de don Manuel, que tampoco era ninguna tontería cuando le daba por armar la bronca. Se lanzó a correr sin gracia, sujetándose los bolsillos con las manos, como si pudiera escapársele algo precioso, y todo lo que llevaba encima eran veintisiete pesetas y la documentación. Como otras veces, Rodolfo se dijo que era bien triste temer la pérdida de tan poca cosa... Claro que, bien mirado, como era lo único que tenía...

Alcanzó al tranvía y se acodó en una de las ventanillas de la plataforma, y al mirar hacia fuera advirtió que doña Martina estaba en lo cierto: allí estaba ya la primavera. Brillaba el sol en un cielo surcado por alguna nubecilla; corría una brisa fina y fresca, y la ciudad, con todos los árboles moteados de verdes brotes, parecía acabada de inventar. En las terrazas de los cafés de la glorieta de Bilbao, los camareros, en mangas de camisa, colocaban las sillas y las mesas recién pintadas de rojo y azul. Las mujeres, sin abrigo, iban presumiendo de carnes y de movimientos, retando a los hombres como quien no quería la cosa, satisfechísimas de ser como eran... «La primavera la sangre altera», se oyó, dentro del cráneo, Rodolfo. Y una sonrisa amarga, pero sonrisa al fin y al cabo, le estiró suavemente los labios; doña Martina tenía vida para otro año, por lo menos; los viejos mueren en el invierno, quizá en el otoño, pero nunca en primavera. Así las cosas, resultaba que lo que

hubiera dicho el abogado no tenía tanta importancia; Petrita lo comprendería también. Volviendo a su habitual seriedad, Rodolfo suspiró aliviado.

* * *

En el reloj que colgaba sobre don Manuel, las agujas marchaban demasiado lentas; el arponcillo horario estaba ya entre la U y la P de la palabra *superfosfato*, que sustituía a los números; pero el minuterero no llegaba nunca a la F. Iban a dar, por tanto, las dos y media. Pero no daban.

Procurando no irritar a don Manuel —al que sacaban de quicio las miradas que sobre su pelada cabeza enviaban los empleados—, Rodolfo seguía segundo a segundo la marcha del publicitario reloj. Estaba impaciente, desazonado, porque Sáenz, con su característica mala intención, se había limitado a decirle al llegar a la oficina:

—Chico, dice que no hay nada que hacer, salvo que te atrevas a tomar una decisión que tiene un carro de gracia...

Y se había echado a reír, sin querer aclararle el sentido de sus palabras.

—Luego, luego te la digo... ¡Menuda solución!

El minuterero se acercaba a la F; faltaban un par de segundos para que Ochoa, que era el único empleado que osaba levantarse de su mesa sin que don Manuel así lo indicara, comenzase a cerrar sus libretos de contabilidad. Los dos segundos transcurrieron y sonó la esperada campanada; la silla de Ochoa chirrió contra el suelo, y don Manuel, aparentando la misma perplejidad de siempre, levantó la mirada para fijarla, reprobadora, en el impenitente rebelde. Sin preocuparse del jefe, ignorando su contenida cólera, Ochoa se despidió, muy fino:

—Hasta el lunes, si Dios quiere, señores.

Rodolfo, con sus compañeros, esperó nervioso. El bigote de don Manuel temblaba, y sus dedos tamborileaban sobre la mesa; por fin, con voz desabrida, graznó:

—Bueno, ¿qué esperan? Han dado las dos y media, ¿no se han enterado?

Y mientras sus asalariados se ponían en movimiento, el pobre hombre empezaba a debatirse entre las garras de su habitual ataque de asma.

—Bueno, venga... Explícate, Sáenz —le apremió Rodolfo, mientras se cambiaba de chaqueta.

Sáenz, bajito, muy perfilado y sacudido por un tic que le mantenía en eterno baile la mejilla izquierda, le prometió:

—Ahora, ahora te lo explico en el bar...

—Pero ¿cómo en el bar? Venga: di lo que sea.

Pero Sáenz era implacable:

—No; tiene que ser en el bar, y después de que nos hayamos tomado una cañita: es el precio de la consulta. Gómez.

—Está bien, pesado... Anda, vamos.

En el bar aún se entretuvo en molestar a Rodolfo con sus dilaciones:

—¡Menuda solución! De circo, chico... Cada vez que lo pienso me muero de risa. Es que es para mondar, hombre —y comenzó a reírse otra vez, como había hecho al llegar a la oficina, desesperando al expectante Rodolfo.

—Te advierto que como sigas así me voy; tengo prisa...

El divertido Sáenz dejó de reír:

—Calma, calma el obrero; ahora mismo vas a enterarte.

Se limpió la barbilla con una servilleta de papel y encendió un «Bisonte»:

—Bueno, ahora vas a saberlo todo. Anoche no pude preguntárselo, porque el abogado es un chico joven y con la carrera recién terminada, y te puedes figurar cómo está el hombre: no desaprovecha una ocasión de irse de farra...

Rodolfo apretó los puños, deseando golpear con ellos la irritante y movediza mejilla de aquel pelma:

—Pero ¿es que me vas a contar ahora la historia del abogado?

—Serenidad, Gómez, mucha serenidad, que ahora viene lo bueno. Pues bien: esta mañana, para que veas si soy amigo tuyo, me he metido en la habitación del tío. Imagínate: estaba con una resaca de miedo; pero a mí, eso, ¡plin! Yo tengo con él mucha confianza. ¡No le he dejado duros ni nada cuando se le retrasaban los giros de su casa!

—¡Y dale al árbol! —gruñó, mordiendo las palabras, Rodolfo—. Que tengo prisa, hombre...

—Bueno; si empiezas a interrumpirme, no lo cuento. Bien; he entrado en su habitación, que está al lado de la mía, y le he dicho: «Pepe, necesito que me orientes. No, no te hagas el dormido, que es una cosa muy seria. Anda, espabílate». Porque yo no quería correr el riesgo de que me dijera sí o no sin saber ni siquiera lo que le había preguntado, ¿comprendes?

Rodolfo pensó en matar a aquel mentecato.

—Otra caña —pidió al del mostrador, impertérrito, el narrador—. Cuando lo he tenido bien despierto, sentado en la cama y fumando un cigarro, le he expuesto el caso: «Vamos a ver, Pepe: resulta que yo tengo un amigo que vive desde hace catorce años de pensión en casa de una vieja. Según me ha dicho él, la vieja le ha prometido que, cuando se muera, le dejará el piso, y así mi amigo se podrá casar con una chica muy buena que es su novia desde hace una tira de años. Me lo explicó el otro día, y yo, que ya sabes cómo soy, pensé que la vieja está equivocada. Porque a mí me parece que el inquilino no puede ceder su piso a quien se le antoje, ¿no es así, Pepe?».

—Y ¿qué te ha dicho él? —preguntó Rodolfo, mordiendo un palillo con rabia.

Sáenz se bebió la caña de cerveza y concluyó:

—Pues me ha dicho que soy yo el que llevaba la razón. El inquilino, según la ley, que es la que manda, no es quién para dejarle el piso a nadie; muerto el inquilino, queda nulo el contrato, y el arrendador puede alquilárselo a quien le dé a él la gana.

¿Comprendido?

Rodolfo masculló, defraudado:

—¿Y para eso me has tenido aquí media hora?...

—¡Cuidado! Un momento, que falta lo mejor: la solución que le puedes dar al asunto, si le echas valor a la vida... Pero ¡qué solución, madre de mi alma!

Rompió a reír otra vez, golpeándose los muslos con los puños, apoyándose en la barra. Rodolfo pagó precipitadamente y le empujó hacia la calle:

—Bueno, venga esa solución de una vez, hombre. ¿No ves que para mí no es cosa de risa?

Se calmó el regocijado y diminuto mensajero:

—Ahí va: si fueras hijo, hermano o marido de la vieja, al morirse ella el piso era tuyo.

Al principio Rodolfo no entendió nada:

—¿Qué clase de solución es ésa, idiota?

Pero apenas había soltado el insulto, la luz se había hecho en su cerebro:

—¡Ah! O sea, que si yo...

El otro reía de nuevo, descubriendo nuevas fuentes de hilaridad en la reacción de Rodolfo. Éste, después de amenazarle con el codo, comenzó a andar sin despedirse, diciendo únicamente:

—Te podías haber metido la solución en un sitio que yo sé, besugo...

Sin dejar de reír, Sáenz le gritó:

—¡Anda, hombre! ¡Échale valor y vete al altar con el carcamal ese! ¡A lo mejor haces negocio, que esas viejas suelen tener su calcetinito!

Rodolfo se detuvo en la parada del tranvía. Se sentía vacío, sin peso, como si le hubieran quitado de encima su propio cuerpo; durante años y años Petrita y él no habían hecho otra cosa que esperar a que doña Martina muriera. Las tardes pasadas en los cafés, haciendo proyectos delante de una ensaimada; las sesiones de cine de barrio, besándose en la oscuridad, a cada año transcurrido con menor frecuencia, claro; las comidas de los sábados y los domingos en casa de los hermanos de Petrita, pote gallego los sábados y paella los domingos..., todo se había sostenido sobre la base de que la anciana se fuera al cementerio, dejándoles el piso libre. Y, de repente, aquella base se evaporaba. ¿Qué iba a suceder ahora?

Pensó en Petrita. ¡Buena se iba a poner! Y con razón, desde luego, porque ella tenía muchas más ganas de casarse que él. Al fin y al cabo, el hombre tiene distinto problema, reflexionó Rodolfo. El hombre tiene que vivir de pensión, sí, y comer albóndigas un día tras otro, y llevar siempre la bragueta a falta de un botón, y verse obligado a darles un doblez a los calcetines para que el talón, zurcido malamente, desaparezca dentro del zapato... Pero la mujer, Petrita concretamente, era otra cosa. Vivía de prestado con su hermana, casada y con hijos, y cada día que pasaba estaba más vieja, de peor humor, menos agradable. ¡Cuánto había cambiado la pobre! Cuando la conoció —¡once años ya desde entonces!—, Petrita tenía veintiséis, y era

una mujer casi guapa, de firmes pechos y poderosa grupa, con una cabeza limpia de canas y llena de ilusiones. Ahora tenía treinta y siete, y sus rasgos se habían endurecido, su pecho era nada más que exuberante y las piernas empezaban en media tonelada de caderas. «Los años y la máquina», pensó Rodolfo, imaginándose a su novia inclinada sobre aquel aparato pintado de rojo con el cual, y durante ocho horas diarias, se dedicaba a coger los puntos a las medias.

Y ahora tenía que ir a enfrentarse con ella, a comer el pote bajo la avalancha de quejas y protestas que Petrita volcaría sobre su cabeza. No tenía ganas de ir, no podía ir; prefería esperar a la noche; para entonces ya habría encontrado algún argumento para aplacarla, para esperanzarla de nuevo. ¿Esperanzarla? ¿Para qué? ¿No obraría mal engañándola otra vez, y ésta deliberadamente? La vida era como era, y no estaba en su mano reformarla: con su sueldo y las cuatro perras que Petrita pudiera sacar de su máquina no podían ni soñar en alquilar un piso que no fuera el de doña Martina, porque los pisos libres, o había que comprarlos, o se tomaban pagando un traspaso, o era inútil pensar en ellos, porque rentaban de las tres mil pesetas para arriba. Luego tampoco cabía la solución del realquiler; un hermano de Petrita había muerto a navajazos por culpa del derecho a cocina, y ella no quería ni oír hablar de aquella posibilidad.

Si él se hubiera atrevido...

Apenas lo pensó, Rodolfo se sintió despreciable. No, no podía dejarla ahora, después de once años de relaciones. Era un cobarde, sí, lo reconocía; pero prefería serlo a transformarse en un sinvergüenza. Además, ella era lo suficientemente hábil como para impedirle hasta el intentarlo; Petrita sabía más que lo que le habían enseñado, y le vería venir desde el mismo instante en que él, de haberse atrevido, hubiera empezado a planear la ruptura.

El tranvía estaba detenido ante la parada, y el cobrador, tras de esperar un segundo, cerró las portezuelas. Rodolfo tomó una decisión: no iría a comer el pote; esperaría a la noche. Se volvió al bar y pidió una ficha. El número que había marcado comunicaba.

—Un bocadillo de calamares y un tinto.

Comiéndolo, Rodolfo se dijo que era extraño lo que le ocurría: los disgustos no le quitaban el apetito. Claro que ¿cómo no iba a tener hambre, con disgusto y todo, si su desayuno había sido aquel aguachirle, aquella mezcla sin sustancia que nadie acababa de saber con qué preparaba doña Martina? Cuando pagó la consumición y tuvo entre las manos sus mermadas veintisiete pesetas, insultó mentalmente al imbécil de Sáenz; además de haberle hecho polvo el día, le había obligado a gastarse seis pesetas.

Volvió al teléfono y consiguió la comunicación:

—Oiga, por favor: ¿pueden ustedes avisar a Petrita, la del tercero? Sí; la que coge los puntos en la cerería de al lado.

Terminó de tragar los restos del bocadillo y se bebió el vino:

—Petrita, soy yo, Rodolfo. No, no puedo ir; ha habido unas diferencias, y..., ya

sabes, como don Manuel tiene tanta confianza en mí, me ha cargado el mochuelo. Sí; a la noche, a las siete y media. Luego, luego te contaré lo que me ha dicho Sáenz. Adiós, adiós; tengo mucha prisa.

Y colgó, guillotinando la interrogación que había empezado a formular Petrita. Salió a la calle y echó a andar sin rumbo.

* * *

Se despertó con los huesos doloridos cuando el sol estaba poniéndose. Frotándose los ojos, recordó dónde estaba: en el Parque del Oeste. Levantándose, paseó su mirada por el paisaje que le rodeaba; cerca, un niño comía tierra mientras su niñera leía una novela. Más allá, dos guardas liaban sus cigarros, levantando la cabeza a cada instante para mirar a una pareja de novios que, muy acaramelados, iban y venían, como si esperaran a que anocheciera.

Rodolfo compadeció a los enamorados, sin saber por qué, y entonces recordó lo que le esperaba: Petrita. Tenía que apresurarse; si llegaba tarde, sería peor. Se sacudió del traje el polvo que había recogido durante su sueño y se dirigió hacia Argüelles. Había hecho mal, rematadamente mal, aplazando el bochinche. Y la culpa de todo la tenía doña Martina, aquella vieja chocha y medio loca, por haberles sometido a aquella especie de concurso de cucaña en el cual les había tenido trepando durante un siglo para que descubrieran ahora que el premio no existía. Ahora se encontraban como al principio, peor que al principio, pues, aparte de que ellos habían envejecido, el problema de encontrar un cuarto alcanzaba caracteres espantosos. ¡Maldita vieja!

Rodolfo reflexionó: ¿qué culpa tenía doña Martina? Allí el único culpable era él, por no tener agallas para nada. ¿Por qué salió de su pueblo, por qué? De no haberse trasladado a Madrid, seguiría allí, vestido de pana, dedicado a «las serenas tareas del campo» —como había dicho en alguna ocasión cínicamente—, casado y metido en una casa más o menos incómoda, pero suya. Tendría hijos; su mujer, una mujer sana, fuerte, ignorante y ordinaria, habría parido —así se decía en el pueblo: parir— una docena de ellos, y algunos, ya crecidos, le ayudarían en su trabajo. Él se habría hecho socio del «Casino Recreativo», y nadie le ganaría al dominó. ¿Por qué había abandonado aquella vida? Una vida mucho más razonable que la que llevaba en Madrid, aunque se viviera pendiente siempre de los caprichos del cielo, deseando siempre que hiciera precisamente el tiempo contrario al que estuviera obligado a soportar, y aun sintiéndose mucho más pequeño, mucho más insignificante que una vaca.

Tomó el Metro en Argüelles, y cuando estuvo dentro de uno de los atestados vagones, recordó la historia de aquel chico mutilado por un tren. ¿Les habría colocado el aparato Carbayo? Seguro que sí, aunque el chisme obligara a ir al muchacho a lo largo de los bordillos de las aceras para compensar la distinta longitud de sus remos. Con la frente apoyada en el cristal de una ventanilla, Rodolfo vió en la

oscuridad del túnel la escena de aquella primera comunión... El chico, dolorido y sudoroso, luchando con aquel trasto engorroso; sus padres, si los tenía, llorando de alegría al ser testigos de la bondad de aquellas señoras; las señoras, presumiendo de su caridad, dándose importancia ante el párroco. Y Carbayo, el sinvergüenza de Carbayo, lejos, bebiéndose en una taberna los beneficios obtenidos en la operación y censurando la última actuación del Madrid.

¡Qué vida! Sí; había hecho mal dejando su pueblo; allí no podían ocurrir tales cosas, porque allí el mundo era más sencillo, menos complicado, tan puro como el aire, como los montes lejanos, como el agua del riachuelo lleno de cangrejos que pasaba junto a su casa. Caminaba ya Fuencarral abajo, hacia la cerería. Y no había pensado ni una sola razón para aplacar a Petrita. «Bueno, que sea lo que Dios quiera», se resignó, con esa manía que tiene la gente de achacarle a Dios todo lo que se teme salga desastrosamente.

Llegó a la cerería. Al otro lado del escaparate Petrita cogía los puntos a sus medias. Rodolfo la miró como si no la hubiese visto nunca, como si acabara de descubrirla entre una multitud de desconocidos. Miró sus cabellos castaños, recogidos en lo alto de la cabeza en un moño, su frente estrecha y contraída siempre por el fruncido entrecejo, su nariz respingona y carnosa, sus labios plegados hacia abajo, en un gesto áspero y antipático. Sintió de nuevo el deseo de aplazar la entrevista, pero supo que ya no tenía escape. ¿Para qué huir, si huyendo no iba a conseguir nada? Tamborileó en el cristal, y Petrita levantó la cabeza. La mujer no llegó a sonreír, pero un brillo cordial en sus ojos habitualmente inexpresivos, unos ojos que a Rodolfo le recordaban los de las ovejas, y que producían una agüilla blanquecina que iba condensándose en los vértices de los párpados hasta formar unas legañitas amarillentas. Rodolfo se sintió inundado de ternura. ¡Pobre Petrita, pobres ojos de Petrita que se iban apagando allí, sobre la lucecita de la máquina día tras día, año tras año! De buena gana hubiera entrado en la cerería para darle un beso, para quitarle las legañitas que, seguramente, ya amarilleaban entre sus pestañas. Pero no podía entrar: el cerero era un hombre muy atravesado que no les permitía que hicieran de su establecimiento un escenario para su noviazgo.

Pasó a lo largo de la acera, llena a aquella hora de gentes que se apretujaban huyendo de los automóviles, todos obsesionados con llegar a la Gran Vía. Bueno; podía prepararse. Lo mejor sería aparentar tranquilidad, serenidad, hacer como que la mala noticia no le preocupaba en lo más mínimo. Y hablar de que ya encontrarían algo, afirmar que podían buscar con la esperanza de encontrar. Sí, era lo mejor, no había duda. Así Petrita no podría subirse a la parra.

—¡Hola, Rodolfo!...

Rodolfo se volvió:

—¡Hola, Petrita!... Qué, ¿has trabajado mucho?

—¡Pchs! Lo normal. ¿Cómo no has venido?

—Ya te lo he explicado: unas diferencias... Ya sabes cómo es don Manuel...

—Y del lío del piso, ¿qué hay?

Rodolfo tragó saliva:

—Pues nada... Que resulta que estábamos equivocados. ¿Dónde vamos?

La voz de Petrita, seca siempre, se hizo dura y agria:

—¿Cómo que estábamos equivocados? ¿Y tus derechos?

—Mis derechos no existen. Al parecer, los inquilinos... —se interrumpió para proponer—: Bueno, vamos al café, y allí te lo explico:

—¡Qué café, ni qué café! A ver, explícate, anda... ¿No llevas viviendo en la casa miles de años? ¿Cómo no vas a tener ningún derecho? ¿No has estado aguantando a la vieja esa?

—Sí, Petrita; pero eso dicen que no tiene nada que ver: muerto el perro, se acabó la rabia. Me ha dicho Sáenz que ese abogado amigo suyo le ha leído la ley; los pisos, el derecho a ocuparlos, quiere decir, sólo lo pueden heredar los parientes próximos al inquilino: los padres, los hijos, los maridos, las mujeres... Bueno, no te preocupes; al fin y al cabo, mejor es que nos hayamos desengañado que seguir pensando en lo que no iba a poder ser, ¿no te parece? ¿Quieres que nos metamos en el cine o prefieres ir al café? Podemos ir al Quevedo, porque no tengo mucho dinero, ¿sabes? Como estamos a últimos de mes...

Petrita, que callaba, estalló de pronto:

—Pero ¿estás loco? ¿Cómo puedes hablar de ir al cine o al café? Entonces tú te has quedado tan fresco, ¿no? Pues yo no tengo tu pachorra, hijo. Además, a ver, explica, explica bien eso...

Rodolfo, buscando las palabras, trató de sosegarla:

—No te pongas así, Petrita. ¿No ves que no sirve darle vueltas al asunto? No hay nada que hacer. Hay que reconocer, aunque nos duela, que hemos estado haciendo el ridículo, y sin empeñarnos en darle vueltas al asunto, tratar de arreglar la cosa como sea... Ya te he dicho que a mí hasta me alegra haber salido del error; la culpa de todo la tiene la vieja, que...

Petrita se mordisqueaba los labios, arrancándose pellejitos. Otra vez se exaltó:

—¡No digas tonterías, Rodolfo! ¡Te consta que esto no hay quien lo arregle! ¡Ahí van a estar los pisos, esperando a que vayas tú a por ellos!

—Pero a mí me han dicho que por Peñagrande y por ahí...

—¡Ésos son para los guardias, idiota! ¡Arreglar! ¡No sé qué vas a arreglar tú! Ahora, que yo ya sé lo que tengo que hacer... ¡Ya lo creo que lo sé! ¡Que no tiene derechos, dice! ¡Como si una fuera tonta!

Y se calló, temblando de cólera. Rodolfo la miró sorprendido, y se detuvo:

—¿Por qué dices eso?

—Porque no me chupo el dedo, ¿sabes? Tú crees que una es una meningítica, o algo parecido, y no es así. Además, aunque lo fuera, se te ve tanto el plumero, que daría lo mismo. ¡Ya verás, ya verás si esto lo arreglo yo!

Durante un segundo una idea le cortó el resuello a Rodolfo. Entre la esperanza y

el miedo, con un hilo de voz, se atrevió a suponer:

—¿No querrás decir que..., bueno, que me quieres dejar?

Ella le lanzó una mirada llena de odio:

—¡Ya salió el peine! ¡Eso, eso es lo que tú estás buscando! ¡Dejarme! Después que una...

Rodolfo comprendió que había metido la pata hasta el corvejón. Cogió del brazo a Petrita, intentando imponerse:

—Petrita, no seas estúpida. Yo lo único que quiero es hacerte comprender que, si nos ha fallado lo de doña Martina, tenemos que buscar por otro lado. Vamos, entra...

La hizo pasar al café, lleno de señoras que cotilleaban a destajo, de caballeros entregados a la distraída tarea de llenar de humo el local, de novios que trataban de hacerse invisibles a los rincones.

—Aquí nos podemos sentar... ¿Nos permite, señora?

Quedaron frente a una vieja que ni siquiera se molestó en contestarle, fastidiada porque se hubieran sentado a su mesa. Rodolfo pidió dos cafés y se volvió hacia Petrita:

—Bueno; ahora podemos hablar tranquilos... —le quitó las legañitas con su pañuelo—. A ver, dime: ¿qué es lo que vas a arreglar?

—No tengo que decir nada. Yo ya sé lo que tengo que hacer, y con eso basta.

—Pero, Petrita, no seas tozuda. ¿No nos interesa a los dos?

Ella siguió hosca, ceñuda:

—¡Cómo voy a fiarme de ti! ¡Me has estado engañando años y años, y ahora pretendes que vuelva a picar como un barbo! ¡Sí, sí, estás aviado!

La anciana comenzó a alegrarse de que se hubieran sentado con ella, y aguzó el oído. Rodolfo fué a hablar, pero esperó a que el camarero dejara los cafés en la mesa:

—Bueno, Petrita; no empieces con tus jeroglíficos. Di lo que sea...

Ella salió de su contenida cólera:

—Sí, te lo voy a decir. No me creo nada de lo que me has dicho, ¿sabes? ¡Ni siquiera sé si existe ese Sáenz que te has inventado! ¡Vaya un cuento cagado, hijo! Ya me voy a enterar yo de lo que hay de verdad en eso. ¡Que no tienes derechos! Entonces, después de vivir catorce años en una casa, uno es como Perico el de los Palotes, ¿no?

Rodolfo puso el azúcar en los dos cafés:

—Así es, Petrita... ¿Qué quieres que le haga yo?

—Pero ¿por qué no te vas a poder quedar con el piso? ¿Qué más da que se sea o no se sea pariente? ¡Pues no hay hijos, y padres, y madres, y maridos, y mujeres que no llegan a vivir tanto tiempo como tú en un sitio!

Éste era uno de los tipos de razonamientos más abusivamente utilizados por Petrita, y a Rodolfo le sacaban de quicio. Trató de hacerle comprender:

—Es la ley, Petrita; la ley... ¿No lo entiendes?

—¡Yo qué voy a entender una estupidez semejante! Yo, en cuanto llegue a casa,

llamo a don Servando, que mi cuñado tiene el número. Él me dirá lo que es la ley. ¡Vaya si me lo dirá!

—¿Quién es don Servando?

—Un procurador que es del pueblo de mi cuñado y que fué el que tuvimos cuando lo de mi hermano. No es un Sáenz como ése que dices que es amigo tuyo, para que te enteres.

Rodolfo suspiró aliviado, creyendo que ya se había terminado la bronca:

—Bueno; me parece muy bien. Tú llamas a don Servando esta noche, y que él te dé en la cara con la verdad. Pero ahora, ¿por qué vamos a estar así?

Petrita le fulminó con la mirada:

—¿Qué quieres, que me ponga a bailar de gusto? Pues, sí, para eso estoy yo. Lo que pasa es que a ti te importa poco que haya o no piso; tú, siempre tan campante. Pero una no es lo mismo, entérate; una no ha estado perdiendo el tipo contigo para que ahora, de la noche a la mañana, se entere de que puede seguir perdiéndolo para *insecula seculorum*...

La anciana estaba encantada de la vida, y ni siquiera trataba de disimular su curiosidad; echada sobre la mesa y con la mano en la oreja, seguía la conversación sin perder ni una palabra. Rodolfo se dio cuenta y trató de convencer a Petrita de que no gritara:

—Bueno, ya lo sé... Pero nos están oyendo...

—¿Qué me importa que me oigan? Yo no tengo que avergonzarme de nada, ¿sabes? Yo lo único que tengo que decir es que estoy ya harta de esperar, ¿comprendes? Mi hermana se ha quedado embarazada otra vez y con lo que venga ya son cuatro los que tendrá... A ver, a ver qué hago yo si don Servando dice que tienes razón...

Rodolfo se torció en la silla, dándole la espalda a la curiosa anciana:

—Bueno; todo eso lo sé, Petrita... Mira: si don Servando te dice que no podemos soñar con el piso de doña Martina, que es lo que te va a decir, pues nos ponemos a buscar un piso, y ya está... Y si no lo encontramos y tú quieres que nos casemos, pues, aunque nos fastidie, nos metemos de realquilados en alguna parte...

Petrita dejó el vaso del agua sobre la mesa, y lo hizo con tanta rabia, que el vaso se rompió:

—¿Por qué me dices eso ahora, Rodolfo? Sabes que no quiero ni oír hablar de realquileres, y tú, como si no, ¡hala!, a hurgarle a una en la herida, a que una tenga que pensar en su hermano y recordar el desastre... En lugar de encontrarlo todo tan liso y llano, ¿por qué no procuras ganar más dinero? —se exaltó, y la anciana casi llegó a levantarse de su asiento—. Con dinero no hay problema. ¡Hasta el color de la gorra del portero puedes escoger! Pero tú sigues ahí, con ese sueldo de mierda, y ¡que ahí te las den todas! Otros se las apañan y sacan de donde no hay; pero tú prefieres hablar de realquileres. ¡Como si a una no le hubieran matado a su hermano por culpa de los malditos realquileres!

Siguió hablando y hablando, repasando la historia luctuosa, explicándose a sí misma cómo todo había sido por una discusión entablada a cuenta del aceite que faltaba en la botella de la mujer de su hermano, pintando con sombrías tintas la pelea y los navajazos, casi sollozando al recordar las escenas vividas en el hospital y en el entierro... Rodolfo se rindió y no intentó frenarla; sabía que cualquier cosa que dijera la haría llorar, y no quería que llorase; aquella vieja que escuchaba le estaba poniendo nervioso. Le hubiera gustado aplastarle la cabeza contra el mármol de la mesa, sentarse encima. Pero se conformó con interponerse entre sus oídos y la voz de Petrita, consiguiendo únicamente que la anciana variara a cada instante de posición con el fin de no perderse la sabrosa conferencia que le estaban regalando. Cuando, gracias a Dios, un señor llegó al café a recoger a la curiosa señora, ella se defendió:

—No, Pepe, no... Déjame un poco, que esta noche estoy la mar de bien... —le había oído Rodolfo decir sin rebozo, casi por encima de la voz incansable de Petrita. Pero el señor se la había llevado. Ahora sí podía intentar cortar aquella catarata de quejas, protestas y lamentaciones que seguía manando de la boca de Petrita, aunque se irritara todavía más, aunque llorara... Por lo menos, ahora no estaba la vieja.

—Por favor, Petrita... Todo eso lo sé, y si he dicho lo de coger una habitación con derecho a cocina ha sido sólo para que vieras que yo me quiero casar, que estoy deseando casarme contigo.

Petrita siguió:

—Pero, si quieres dejarme, ¿por qué no me lo dices cara a cara? Te falta valor, claro... ¡Gana, gana dinero, y no tendremos problema! Pero es mejor seguir así, a tu tran-trán, y a una, que la zurzan. Anda, dime que quieres dejarme; dímelo, si te atreves... No; te faltan... No sé qué disparate iba a decir.

Rodolfo no pudo más, y casi gritó al decir:

—Pero ¿qué quieres que haga para convencerte de que estás equivocada? ¿Quieres que me case con ella?

Petrita le miró asombrada, como si hubiera visto en los ojos de Rodolfo el brillo de la demencia:

—¿Qué dices, qué dices ahora? ¿Con quién, con quién te vas a casar?

—¡Con doña Martina! ¡Eso lo arreglaba todo! ¡Así sería su viudo cuando ella muriera, y ya tenía el piso! ¡Di, di, Petrita, c...! ¿Quieres que me case con ella?

Petrita gimió:

—¡Ay madre, que sería capaz de hacer lo último por ponerme en ridículo! ¡Ahora me sale con esa monstruosidad! Nunca, nunca creí que fueras tan canalla... ¿Qué voy a esperar, pobre de mí, después de oír esto?

Rodolfo se dejó caer contra el respaldo de la silla. No le importaba ya nada. Que gritara, que llorara o que se muriera, a él le daba igual. Él estaba vencido, aburrido y harto de todo. ¿Por qué no se morían de una vez, él o ella, era lo mismo, o los dos a la vez?

Miró a su alrededor y vio a las parejas de novios que cuchicheaban como si

fueran idiotas, y sintió el impulso de levantarse, de subirse a la mesa, y desde ella gritarles a aquellos desgraciados:

—¡No, no sigáis! ¡Huid en distintas direcciones!

III

El domingo la paz fue firmada; Petrita ya había comprobado que su novio no la engañaba, y arrepentida, vestida con sus trapitos de fiesta, pintados los labios y resignada, estaba casi guapa. Habían ido juntos a misa —a pedirle a Dios que les pusiera sobre la pista de un piso libre y barato—, y luego desayunaron café con leche y porras.

—Lo malo es que a mí las porras me dan acidez. Y ¡mira que me gustan a rabiar! —había dicho Petrita, encantadora en su vulgaridad. Y Rodolfo se había enternecido ante la hiperclorhidria:

—Pues no tomes porras; que te traigan un suizo. Eso de la acidez es muy malo, cariño; en cuanto se descuida uno, acaba en úlcera.

Y al decirlo le acariciaba las manos como en los mejores tiempos de su noviazgo, mirándola a los ojos sin siquiera ver las ya incipientes legañitas, totalmente reconciliado con su novia, con su propio sino.

Después de desayunar habían ido al retiro, al concierto de la Banda Municipal. A los dos les entusiasmaba la música, sobre todo la de zarzuela, porque los dos tenían el mismo fondo elemental, sencillo, inefable en su incomplejidad casi animal; la música, sobre todo la de zarzuela, les derretía en el pecho una sensación dulcísima y triste, angustiosa y emocionante.

—¡Ojalá toquen *La revoltosa!* —había deseado Petrita—. A mí eso de «¡Ay Felipe de mi vida!» es que me vuelve loca. ¡Mira que es bonito!

Y se había apretado contra Rodolfo, haciéndole sentir en el brazo el calor de uno de sus enormes senos.

La mañana fue hermosa.

Oyendo el concierto, y aunque no tocaron lo de «¡Ay Felipe de mi vida!», Rodolfo pensó que era demasiado duro al juzgar a la vida. Allí estaba, junto a su novia, que era una mujer decente, trabajadora y atractiva, disfrutando de la música, del perfume del parque, del hermoso monumento a don Alfonso XII... En su retorno a la beatitud, daba por sentado que todo estaba allí para que él y Petrita disfrutaran de ello, que el paisaje era como una cartulina postal coloreada por una mano movida por el afán de hacerlos felices... Se sintió agradecido al Municipio, que se había gastado el dinero organizando el espectáculo maravilloso; a los que bogaban en el estanque, animando la enorme extensión de agua; a los guardas, que cuidaban del orden y de que nadie estropeará nada; a los niños revoltosos y alborotadores, y a las amas de cría, tan deslumbrantes con sus bonitos atavíos; al director de la Banda, que allí estaba consciente de su responsabilidad, empeñado en que sus profesores lo hicieran lo mejor posible...

—Y, además, que Dios aprieta, pero no ahoga —murmuró en alta voz, sin darse

cuenta.

—¿Qué dices?

—Nada, Petrita... Que tenemos que tener confianza; ya verás cómo esta tarde, con el *Ya* en la mano, encontramos algo...

Porque habían tomado la determinación de dedicar la tarde a la búsqueda de un lugar en el cual vivir como marido y mujer. Sabían que no podían soñar con un piso como el de doña Martina. «Menudo pisito —se había lamentado, resignada, Petrita—. Céntrico, recogidito y con una renta que daba risa: ochenta y tantas pesetas mensuales». Ahora se conformaban con cualquiera, con uno que estuviera al alcance de sus posibilidades, con uno que no rentara más de las seiscientas pesetas, aunque estuviera situado en las primeras casas de Guadalajara.

La cifra la habían fijado después de discutir la conveniencia de que Petrita dejara de trabajar.

—Pero, tonto, si para dos gatos que somos me va a sobrar tiempo... Por lo menos, hasta que tengamos algún hijo seguiré con las medias.

Y Rodolfo había transigido, deslumbrado por aquel vocablo extraño y agradable: hijo. Sí, sí los tendrían; debía de ser bueno sentirse padre, disfrutar de aquella alegría a la que todos los hombres tenían derecho. Algunas veces Rodolfo había pensado que quienes traían hijos a este mundo para que en él pasaran miserias y calamidades eran unas bestias; pero ahora se daba cuenta de que estaba equivocado. Los hijos, la familia, ayudaban a luchar; allí estaban sus compañeros de trabajo casados, que sacaban el dinero de debajo de las piedras llevando contabilidades, cobrando recibos de Compañías de seguros, vendiendo algunos, como el ordenanza, la *Goleada* los domingos. Y luego estaban los puntos, y el subsidio, y el título de familia numerosa... Claro que tendrían niños: la sociedad se sentía inclinada a ayudar a los padres, mientras que mandaba a la porra a los solteros.

Al llegar a tan animosa conclusión, Rodolfo había acariciado las mejillas de Petrita, que atendía al concierto, y se la había imaginado grávida, fenomenalmente embarazada, ofreciendo el mismo encantador aspecto que su hermana... Tuvo que cortar el vuelo de su imaginación, porque la verdad era que Rosa, eternamente gestante, no ofrecía precisamente un aspecto encantador: enorme, con las piernas hinchadas y la piel terrosa, moviéndose pesada y torpe entre sus hijos... Claro que Petrita era distinta. ¿Por qué iba a parecerse a Rosa en la preñez, si en nada se le asemejaba?

* * *

Y a las dos y media salieron del Retiro, rumbo a la paella dominical. Al ver a Rosa, aquella inmensa mole que servía malhumorada la comida, Rodolfo no tuvo más remedio que recordar sus sueños, aquellos sueños que la música había acunado en el parque. Trató de apartar la imaginación de ellos y bromeó con los chicos:

—¿Ya sabéis que os van a traer un hermanito de París?

Rosa comentó, brusca:

—¡Pues no falta nada todavía, hijo!... Estoy de siete meses.

Rodolfo miró tan descaradamente al inverosímil vientre de su futura cuñada, que Paco, su marido, refunfuñó:

—Ahí la tienes, que parece que va a reventar de un momento a otro. Y luego, después de tanto aparato, tiene unos críos escuchimizados que da asco verlos.

Rosa no se enfadó:

—Es verdad; el mismo médico, cuando le dije el otro día que me faltaban dos meses y pico, me dijo: «¡Caray, señora! Pues yo creía que venía usted a tenerlo ya».

Rodolfo se ocupó de la paella, mucho más sabrosa que la que preparaba doña Martina; pero Petrita le obligó a seguir en la conversación, pues acababa de poner sobre el mantel su obsesión:

—¿Dónde me has dicho que están esas viviendas que viste el otro día, Paco?

—Por Vallecas, entrando...

Rosa, sacudiéndole una bofetada a uno de sus hijos, que comenzó a lloriquear, informó:

—A mí me han dicho que hay unas por ahí que están muy bien: tres habitaciones, ducha y cocina, y alrededor de los cuarenta duros al mes... Paquito, te he dicho mil veces que no se meten los dedos en el plato.

—Sí; pero ésas habrá que pedir las con recomendación del Papa, por lo menos — dijo Petrita.

El impasible Paco, que comía despaciosamente, esgrimió un hueso:

—Pero es lo que yo digo: ¿por qué no emplean el adobe? Porque aquí lo grave es que no hay ladrillo, y el que hay cuesta un riñón. Mira en los pueblos cómo no tienen problema. ¿Que uno quiere hacerse una casa? Pues coge tierra, cuece unos adobes y al avío. Pero aquí se empeñan en seguir con el ladrillo, y, claro...

Sobre el lloriqueo de los niños —los bofetones habían caído sobre todos ellos—, Rosa amenazó:

—¡Que me dejaran a mí, y verías! Aquí lo que pasa es que hay muy poca vergüenza: todo cristo quiere hacerse rico en un año, y para eso, hay que robar, y de prisa. Así hacen lo que hacen: levantan una casa, le ponen un tiesto en el portal y una bañera empotrada en cada piso, y, ¡hala!, a venderlos a millón.

La comida siguió sobre el mismo fondo de llanto de niños y críticas al problema de la vivienda, y cuando Petrita y Rodolfo se comieron la naranja del postre, se echaron a la calle.

—Te advierto que yo no me fío de los anuncios del *Ya*, Rodolfo. Son todos de agencias, y las agencias son unos engañabobos. Debemos irnos derechos al extrarradio, a Vallecas y por ahí. Y preguntamos a la gente, ¿no te parece?

—Pero es que con el *Ya* nos evitábamos los paseos...

—Déjate del *Ya*, que por el *Ya* empezó lo de mi hermano. Cogemos el «Metro» y

estamos allí en un momento.

Entraron en Vallecas desviándose de la carretera, atraída su atención por unos tejados nuevos que se divisaban al fondo. Avanzaron hacia ellos y, entre la carretera y la vía férrea, cruzaron a lo largo de unas chabolas. Rodolfo las señaló:

—Mira, Petrita: fíjate cómo tiene que vivir la gente...

Ella siguió adelante, comentando con dureza:

—Ésos son pobres de pedir limosna... Nosotros vamos a pagar, ¿no?

En los desmontes jugaban al fútbol unos chicuelos desharrapados. El balón era un revoltijo de trapos. Sentadas cara al sol, unas viejas cosían sacos. Más allá, en una hondonada del terreno, se levantaba una casita de dos pisos, vieja y destartada. Sentado fuera, junto a un tendedero en el cual flameaban unas sábanas, un hombre joven leía el *Marca* sentado en una silla de mimbre. El muchacho estaba muy elegante, con un traje verde, una corbata de lazo roja y unos zapatos de ante. De la casita salió una muchacha de su misma edad, aproximadamente, vestida de fiesta, con el cabello chorreando brillantina, y recogió las sábanas tendidas. El muchacho le dijo algo, y ella le hizo señas de paciencia, mientras volvía a la casa cargada con la ropa seca.

Rodolfo se detuvo a mirar el cuadro, envidioso. Aquella pareja, acaso novios o quizá ya casados, tenía suerte. La casita era vieja, sí, y estaba metida en un hoyo; pero era una casa, un hogar. Con sus tejas rotas, con sus puertas y ventanas desvencijadas, con sus muros descoloridos, con todo lo que, mirada de cerca, tenía de ruinoso, constituía algo parecido a un paraíso.

—Si encontráramos una cosa así... —suspiró, cogiendo a Petrita del brazo.

Y, cuando iban a caminar de nuevo, Rodolfo descubrió algo que le erizó el vello de los brazos: las paredes de la casita tenían una franja de humedad que subía desde el suelo hasta más arriba del comienzo de las ventanas del primer piso... La lluvia debía de formar una laguna en la hondonada, una laguna que entraba en la casa anegando la planta baja. Se lo hizo notar a Petrita, pero ella pareció no encontrar el hecho excesivamente desagradable:

—Bueno, ¿y qué? Se subirán al segundo piso. Además; ¿a nosotros qué nos importa? Nosotros vamos a pagar seiscientas pesetas, ¿no?

Se alejaron cuando la muchacha del pelo aceitado salía de la casa y recogía al hombre del lazo; una mujer de pelo blanco les despedía desde la puerta, desde aquel cerco de humedad. Rodolfo retiró los ojos del cuadro, y pensó que aquella gente no tenía pinta de pedir limosna, que acaso pagaran por aquella casa más de seiscientas pesetas. Y la señora del pelo blanco debía padecer de reuma...

—Ahí están —dijo Petrita, señalando un bloque de casas que se extendía ante ellos. Era un grupo de construcciones recién hechas, seguramente sin estrenar. Rodolfo se animó y olvidó la casita de la hondonada; entornó los ojos y trató de descubrir si las ventanas tenían visillos. No; parecía que no. Y los cristales, en muchas de ellas, estaban cruzados por aspas de blanco de España.

Apresuraron el paso, cruzándose con gentes de distintas cataduras, unas de aspecto miserable y vestidas correctamente las otras... Viejos que tomaban el sol; matrimonios que paseaban arreando a su prole; chiquillos desgñados y sucios, novios que corrían hacia las «colas» de los cines.

El bloque quedó ante la pareja. Las paredes casi brillaban al sol, y los tejados, limpios, tenían sus tejas rojas perfectamente alineadas.

—Parecen modestas, ¿verdad? Yo creo que aquí tiene que haber algo que nos convenga, Rodolfo.

—¡Ojalá!... Mira: algunos pisos ya están alquilados —señaló él ventanas con macetas.

Dieron la vuelta a la esquina, avanzando a lo largo de las fachadas principales, y entonces descubrieron el rótulo terrible, el cartel yugulador de esperanzas:

VENTA POR PISOS

No dijeron nada; se limitaron a volverle las espaldas y caminaron sin ganas durante unos pasos. Rodolfo, cuando consiguió sobreponerse a la desagradable impresión, se esforzó en animar a Petrita:

—Bueno, no hay que ponerse a llorar... Al primer tapón, ya se sabe: zurrapa. Mira: allí hay más...

Enderezaron su andar hacia otro grupo de casas, éstas de una sola planta, agazapadas en un pliegue del terreno. Tenían peor aspecto que las que acababan de ver; eran casi siniestras. A lo largo de ellas corría una descolorida y rudimentaria cerca, y tras ellas había una estrecha franja de tierra, sobre la cual crecían, débiles, algunos arbolillos. De una de las casas salió un viejo tocado con una visera, que se sentó a la puerta. Rodolfo se dirigió hacia él; le hubiera gustado fumar, para ofrecerle un cigarro:

—Buenas tardes, amigo.

—¡Hola!, buenas tardes... ¿Quién es? —preguntó el anciano, sin mirar.

Rodolfo se dió cuenta de que estaba ciego:

—Veníamos buscando piso... Qué, ¿no hay por aquí algo libre?

El viejo tosió, medio riéndose:

—Vienen muchos... Como moscas. Pero, no, señor; no hay nada. Ya estaban ocupadas antes de terminarlas...

Intervino Petrita:

—Y ¿cuánto rentan?

—Pues, mire usted: si le he de decir la verdad, no lo sé. Eso, mi hijo. Es que acertó una quiniela, ¿sabe usted?, y entonces encontró esto... Me parece que se pagaban unas ocho mil pesetas de entrada, y luego, así como ochenta duros al mes... Claro que dentro de cincuenta años, o algo así..., no sé si son cincuenta o veinticinco, la verdad..., pues la casa es nuestra.

—Ya, ya. Bueno, muchas gracias.

—Vayan con Dios.

Volvieron a huir, nuevamente amargados. Más que el hecho de que estuvieran ocupadas, les dolía pensar que, aun habiendo estado libres, hubieran sido para ellos inalcanzables. Petrita preguntó, sin ninguna fe:

—¿A ti no te darían un anticipo en la oficina?

Movió la cabeza, negando, Rodolfo. ¡Adelantos!

—No, ni pensarlo. El día que Ochoa le pidió uno a don Manuel, menuda le armó. Le dijo que se gastaba el dinero en vicios y que si no le daba grima descubrirse así ante sus compañeros... ¡Figúrate, vicios, y Ochoa, como cada quisque, no pasa nunca de las gambas a la plancha!

Desalentada, Petrita propuso:

—Vamos a Ventas... A ver si allí...

Rodolfo, casi hablando consigo mismo, reflexionó:

—También ha sido mala pata... Porque a mi padre le acaban de operar de apendicitis y deben de estar entrampados hasta los ojos... Bueno; vamos a Ventas.

En Ventas descubrieron que unas casas eran para los empleados del Instituto Nacional de Previsión; que otras se alquilaban, pero pagando los muebles que tenían dentro, que costaban veinte mil pesetas; que las de más allá se vendían por pisos, aunque, eso sí, dando muchas facilidades...

—¿Vamos a Carabanchel?

—Vamos; ya puestos...

En Carabanchel, ¡por fin!, encontraron unas casas que alquilaban sus cuartos sin recurrir a torpes combinaciones, y eso que cuando prolongaran el *Metro* iban a tener una boca en la misma puerta. Lo malo era que los alquileres oscilaban de las dos mil a las tres mil pesetas.

Aunque estaban aspeados, volvieron a Madrid a pie, sin ánimos para intentar la conquista del tranvía. Iban callados, distantes, sin deseos de consolarse siquiera, tragándose aquella amarga verdad que ya no podían resistirse a digerir: nunca podrían casarse. Su vida sería igual que la que habían llevado hasta entonces, igual que la que se habían ido dejando sobre los divanes de los cafés, en las butacas de los cines de barrio, alrededor de los potes gallegos de los sábados y de las paellas de los domingos.

Rodolfo veía allá arriba, salpicando la sombría silueta de Madrid, luces, muchas luces. Cada una iluminaba una habitación, una familia que ignoraba el problema que acababa de vencerles a ellos. ¿Lo ignoraban? No; muchas de aquellas gentes estarían realquiladas —y Rodolfo miró de soslayo a Petrita, temeroso— y algunas, quizá, encontrarían un final parecido al del hermano de su novia. La miró ahora directamente y sintió lástima de ella; se apenó por la mujer que caminaba ausente, con los labios más plegados hacia abajo que nunca, ensombrecida la frente por el fruncido entrecejo, caídos los pechos, aquellos pechos que ni alimentarían hijos ni

servirían para maldita la cosa y que se irían arrugando, sumiendo, perdiéndose bajo las espaldas dobladas sobre la máquina de coger puntos. Le pasó un brazo por los hombros, intentando defenderla y sin saber de qué, y le llegó a la carne el sudor de su espalda. Rodolfo besó a Petrita en la sien, con la misma intención que hubiera puesto besando a un perrillo recién nacido.

Petrita ni acusó el beso; sus pensamientos eran aún más tristes que los de Rodolfo, porque en ella, además de amargura, había también angustia. Se quedaría soltera y nunca viviría en una casa propia... Y había soñado a veces llegar a tener criada. Se quedaría soltera y tendría que seguir viviendo con su hermana, mezclada con sus hijos, que crecían y le hacían preguntas que la herían. Toda su vida había sido una desgraciada, y seguiría siéndolo... ¡Con lo bien que hubieran podido vivir los dos, Rodolfo y ella! Se conformaban con nada, y hasta eso se les negaba... Entonces se dio cuenta de que Rodolfo la llevaba medio abrazada; levantó la cabeza y trató de sonreírle. Él, después de vacilar, se detuvo y se abalanzó contra ella, abrazándola con toda su alma. Luego la besó sin desearla, aunque casi le clavara los dientes en los labios...

Y entonces, y «para fin de fiestas», como luego pensaría Rodolfo, alguien les llamó la atención:

—¿No les da vergüenza? Pasa ahora una criatura, y ¿qué ejemplo le dan ustedes?

Era un caballero muy bien vestido, con sombrero y bastón. Les miraba acusador, implacable, y al verles las caras, agregó:

—¡Y a sus años! ¡Como si fueran un par de pimpollos! ¡No sé qué hace la autoridad!

IV

Aquella noche Petrita no durmió.

Se acostó llorando, deshecha por la gresca que había tenido, con su hermana más que con su cuñado. Éstos, cuando supieron que la excursión había resultado infructuosa, pusieron mal gesto. Rosa, tan destempladamente como siempre, opinó, sarcástica:

—Me parece a mí que ése tiene tantas ganas de casarse contigo como yo de meterme a monja.

Y Petrita saltó, tuvo que saltar. En la cama se arrepentía de haber iniciado la discusión; pero ¿no era eso lo que buscaba su hermana?

—Si os estorbo, no tenéis que andar con rodeos; me lo decís, y en paz.

—Y ¿adónde vas a ir? Lo que pasa es que tu Rodolfo es un sinvergüenza, y nada más; si hubiera querido, hace ya años que tendríais piso. Porque a mí que no me digan: un hombre que trabaja, si quiere, encuentra algo.

Y Petrita insistió:

—Te he dicho que no tienes que andarte por las ramas. ¿Quieres que me vaya? Pues me iré. Además, yo ya comprendo que os hace falta la habitación y que son muchos años de esperar. Pero no digas nada de Rodolfo, que él no tiene la culpa.

—Pero —metió baza Paco— lo que yo digo es una cosa: esa vieja os podía ceder la habitación de Rodolfo, y así os apañabais por el momento...

—Paco, ni hablar de eso. Si me caso, quiero vivir en mi casa. Lo otro no lo quiero ni por todo el oro del mundo. Además, si no hay nada que hablar: ya os he dicho que me iré.

Surgió de nuevo la bestia que era su hermana:

—¿Adónde vas a ir, desgraciada; adónde? ¡Ay, si tuvieras dos dedos de frente! Pero toda tu vida has sido un pedazo de carne con ojos. ¡Bien te está tomando el pelo tu Rodolfo! ¡Once años de relaciones! A cualquiera que se le diga, se cae al suelo de risa, y con razón, que parece mentira que no te hayas dado cuenta de lo que es el pájaro ese. Él, mientras las cosas sigan así, tan contento en su machito: pasa el rato, le das conversación, te mete mano y...

Petrita había roto a sollozar. Intervino Paco, que quería irse a la cama, y que, sin buscarlo, hizo más viva la ira de su mujer:

—Bueno; tampoco hay que ponerse así. Al fin y al cabo, no estamos de pies en la nieve. Podemos esperar...

Los gritos de Rosa despertaron a sus hijos:

—¡Y eres tú quien sale ahora con ésas! Entonces, ¿para qué hemos hablado? ¿Es que quieres que sigan tus chiquillos, y lo que venga, amontonados con esta imbécil hasta que les salga la barba? ¡Tú, precisamente tú, eres quien debía decir lo que estoy

diciendo yo, porque ella, al fin y al cabo, es mi hermana! Pero tú eres un calzonazos y me dejas la papeleta, y encima ahora vienes con paños calientes... Pues bien: ¡se ha terminado! Así no podemos seguir, Petra; son años y años de esperar a que la vieja se muera, y ahora salimos que de lo dicho no hay nada, y con que no hay ni un agujero donde os podáis meter. Y estoy harta, ¿lo oyes? ¡Harta! ¡Como para que encima llores por el babiaca ese, que parece que está alelado y que vergüenza le debía dar! Si tuvieras dos dedos de dignidad, ¡ya le habrías obligado a casarse hace años! Que ya habla la gente de vosotros, para que te enteres...

Petrita hipó, ofendida otra vez:

—¿Qué tiene que decir la gente de nosotros, ¿qué?

—¡Allá películas! Pero óyeme bien lo que te digo: a mí no me convence ese tipo de que no puede encontrar algo. ¿Por qué no os casáis y vivís con la vieja, como ha dicho éste, y luego, cuando se muera, ya veremos a ver si os echan?

—Sí —lloriqueó Petrita—. Y luego nos echan, y ¿qué hacemos? Por más tiempo que llegáramos a vivir con ella, no serviría de nada... Hay que ser familia... O qué, ¿quieres que se case Rodolfo con ella?

Rosa lanzó la andanada final:

—¡Que se case con mil pares de puñetas, con ella o contigo, o con su madre! Pero ya lo sabes: tienes que hacer algo... No podemos seguir así otros once años, esperando a que tu... pelagatos encuentre un piso a su gusto. Y hemos terminado.

La habían echado; eso era lo que había sucedido. No podía seguir allí después de aquel escándalo, de aquellos insultos. Y ¿adónde iba? ¿A un hotel? Sí, sin dinero. ¿A casa de una amiga —¿de cuál?—, a vivir allí casi de limosna? Y, además, aunque encontrara un refugio, no adelantaba nada, porque, de todas maneras, seguiría soltera. Y ya tenía treinta y siete años... Demasiados para esperar, para seguir esperando, porque pronto empezaría a envejecer, y cuando esto ocurriera, ¿qué haría Rodolfo?

Pensó en el realquiler: aunque le doliera, aunque le repugnara, aquélla era su única salida. Su cuñado tenía razón: podían irse a vivir con la anciana... No, no; ella sabía que no podía vivir en aquellas condiciones. Le constaba que no hubiera hecho otra cosa que acordarse de su hermano, que a la menor discusión le hubiera dado un ataque de nervios. No había solución: tenía que resignarse.

Lloró durante mucho tiempo, sin pensar, empapándole la camiseta a su sobrino mayor, a aquel chico de nueve años que un día le había preguntado: «¿Cuándo te vas a casar, tía, para dormir yo solo?». Lloró por toda su vida perdida, por toda la que le quedaba que perder. Lloró como no había llorado nunca, hasta que sus ojos quedaron secos, mezclando entre las lágrimas sonidos inarticulados, en los que iba toda su pena, toda su amargura, toda su desesperanza...

Y, de improviso, al alba, aquella idea absurda zumbándole entre las sienes. ¿Por qué no? ¿Por qué se había irritado tanto cuando Rodolfo le había hablado de aquella locura de casarse con la vieja? No, no; aquello era peor ¿Peor? Peor no había nada. ¿Que la gente se reiría? Bueno. ¿Qué le iban a hacer? La vieja tenía que morir un

día u otro; tenía ya cara de momia... Pero era disparatado, era de locos... No; más propio de locos era seguir perdiendo el tiempo, confiando en..., ¿en qué, Señor, en qué? Y, desde luego, si Rodolfo se casaba con doña Martina, su hermana no la echaría: aquella posible solución era la misma que le había permitido vivir en la casa. Pero ¡era tan bajo, tan mezquino! Claro que el piso era una ganga; aunque les doblaran la renta al morir la vieja, sería regalado...

Encendió la luz para pensar mejor; la oscuridad la trastornaba, la volvía loca.

Si Rodolfo se casaba con aquella señora, todo lo que ocurriría sería bien poco importante: que ella, el día de su boda, se uniría a un viudo. Bueno, a algo que se llamaría así, pero que de viudo no tendría nada. La gente comentaría, sí, y quién sabe si hasta llegaría a tomarles el pelo, a zaherirles y a molestarles... Pero ¡si había otro arreglo! Hijo, hijo adoptivo. ¿No se adoptaban los hijos? Claro que sí... A millares; eso estaba a la orden del día. Sin embargo, Rodolfo tenía padres, estaban en su pueblo. A lo mejor no podía ser... Bueno; quedaba el matrimonio. La gente podía reírse lo que le diera la gana; ya se reirían ellos cuando la vieja muriera y se quedaran con el piso. Pero ¿qué diría la anciana? No, no podía prestarse a aquel bodorrio... Debían convencerla, sí; tenían que convencerla.

Se dio cuenta de que ya admitía la boda, aquella boda que dos horas antes hubiera rechazado a dentelladas. Había estado obcecada, desde luego. Si la vieja no se opusiera... Miró al reloj, deseando ya que fuera de día para lanzarse a buscar a Rodolfo. Eran las seis; tenía que esperar. Apagó la luz y se abrazó a su sobrino, sintiendo en la carne las huellas de sus lágrimas. Rodolfo..., ¿qué diría Rodolfo? Bueno; él no contaba, porque sabía manejarlo... Se imaginó aquella boda, ya medio dormida... Doña Martina, de blanco... Sonaban las campanas... La gente les tiraba piedras...

* * *

Rodolfo salió de su casa sin saber lo que le esperaba. Cuando vió a Petrita, no podía sospechar cuál era su embajada:

—¿Hola! ¿Adónde vas?

—A buscarte. Tenemos que hablar.

—Pero ¿qué pasa ahora?

—Mucho: me han echado de mi casa. No, no te extrañes. Es lógico; ten en cuenta que están cansados de tenerme. Mientras se han hecho la ilusión de que nos íbamos a quedar con el piso de tu patrona, no han dicho nada. Pero ahora, sabiendo que eso no es posible, al menos sin sacrificarse un poco, y después de ver que no se encuentra un piso ni para un remedio, me han planteado la cuestión. Y me han echado.

Rodolfo se estrujó las manos, nervioso:

—Bueno; pero eso...

—¿Eso? Eso va a misa. Tú no conoces a mi hermana. Pero podemos arreglarlo:

he estado dándole vueltas a la cabeza toda la noche, y ¿sabes lo que he pensado?

—¿Qué, Petrita? —se interesó Rodolfo, inocente.

—He pensado que no debemos, que no podemos desaprovechar esa posibilidad que hay de quedarnos con el piso de doña Martina.

Rodolfo ni la recordaba:

—¿Qué posibilidad?

—Rodolfo, o esa vieja te adopta, o te casas con ella...

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—No, Rodolfo. Ni mucho menos. Nunca he estado más en mis cabales que ahora.

Rodolfo empezó a sudar; había leído en los ojos de su novia la determinación, y sabía que era difícil llevarle la contraria:

—Pero... yo...

—Yo creo que lo mejor es que te adopte, pero me parece que eso no puede ser...

—¿Adoptarme? Y mis padres, ¿qué? ¡Se mueren del disgusto si se me ocurre proponerles semejante barbaridad!

Petrita, comprensiva, asintió con la cabeza:

—Eso es lo que digo yo; por eso es mejor que, se pueda o no se pueda, te cases.

Rodolfo, incapaz de entender el cambio que había dado su novia, no sabía cómo defenderse:

—Pero... ¿no decías que...?

—Sí, hijo; pero estaba equivocada. Esta noche he visto claras las cosas. Y te aseguro que esa solución no tiene nada de malo. Ahora he venido a anticiparte la noticia; piénsalo bien, y verás cómo tengo razón; y a la noche, estás dispuesto a proponérselo a la..., bueno, a la que puede ser tu esposa —bromeó Petrita.

—¡Ella no querrá! —gritó Rodolfo, feliz de haber encontrado un argumento que no tenía vuelta de hoja—. ¿Cómo se va a prestar a eso? Tranquilízate, Petrita; ya comprendo que estás desesperada, y es para estarlo, si tu hermana se ha puesto así. Pero no te preocupes, que ya encontraremos...

Inflexible, Petrita insistió:

—No hay que encontrar nada; ya está encontrado, Rodolfo. Date cuenta de que es una ganga. Total: ¿cuánto va a vivir doña Martina? No puede ser mucho. Y en cuanto se muera, la vida es nuestra. ¿No comprendes que mucha gente daría dinero por encontrar esta oportunidad?

Rodolfo intentó ponerse serio:

—Mira, Petrita: yo no estoy dispuesto a hacer el ridículo, ¿sabes? Ni por todo el oro del mundo me casaría con ella... Así es que no pienses más en ello. Y se me hace tarde; tengo que ir a la oficina.

Petrita comenzó a andar a su lado.

—Bueno; entonces va a resultar que mi hermana tiene razón, para que veas lo que son las cosas —atacó por el flanco—. ¡Y yo que te defendí anoche como una tonta!

Rodolfo se golpeó los puños:

—¿Qué te ha dicho tu hermana?

—La verdad, la verdad, sí... Que tú lo que no quieres, ni a tiros, es casarte. Bien empleado me está, por tonta. Pásate la noche sin pegar un ojo para esto... Con lo fácil que es arreglarlo todo, y ahora resulta que tú no quieres saber nada de mí... Que no eres capaz del menor sacrificio... ¡Claro, naturalmente! ¿Cómo vas a querer sacrificar te, si en el caso de que te sacrificaras saldrías perjudicado?

—Pero ¡qué sacrificio ni qué carajo, mujer! ¿No comprendes que eso no puede ser? Además, ¿no te das cuenta de que doña Martina dirá que no?

Ella siguió, haciendo quejumbrosa su voz, sin darle descanso al irritado Rodolfo:

—¿No dices que te quiere como a un hijo? ¿No se ha pasado la vida prometiéndotelo? ¿No me has dicho que se llevó un disgusto al saber que estaba equivocada? Pues, entonces, ¿por qué no va a querer? ¿A ella qué le cuesta, si los gastos de la boda los pagas tú? Lo que pasa es que a ti se te hace muy cuesta arriba verte en peligro de salir de tu egoísta soltería. ¡A cualquiera que se le diga! Si te casas con ella, sólo vas a tener ventajas; porque lo más lógico es que no te cobre la pensión, digo yo. Además, por muy en broma que sea la boda, será tu mujer, y, aunque sólo sea por delicadeza, te dará mejor de comer... ¡Cuántos, cuántos darían una mano por encontrarse en tu puesto! Y tú, muy digno, lo desprecias... Bien empleado me está, por tonta...

Rodolfo se había detenido en la parada del tranvía, esperando que ante la gente Petrita se callara, y suspirando por que el tranvía llegara y le salvara de aquella situación estúpida:

—Bueno; a la noche hablaremos. Ahora vete a trabajar y deja de pensar tonterías. Yo te aseguro que encontraremos algo y que...

—No jures, Rodolfo; no jures... ¿Para luego no cumplirlo, como estás haciendo ahora?

Los que esperaban, miraron, divertidos, y Rodolfo enrojeció. ¡Siempre tenía que darle los escándalos delante de la gente! La cogió del brazo, clavándole los dedos en la carne:

—Bueno, se ha terminado, Petrita. Y no sigas gritando, por lo que más quieras. A la noche hablaremos; ya verás cómo entonces no piensas igual.

Ella se soltó con un brusco golpe:

—No sé por qué te importa tanto que la gente se entere, con la cara dura que tienes. Más te valdría pensar en mí y en lo que me haces. Al fin y al cabo, si te casas con ella, la que hará el papel más hermoso seré yo. Imagínate: novia de un hombre casado. Y, sin embargo, a mí me tiene sin cuidado, porque sé sacrificarme para un día poder casarme contigo...

Un fontanero, con su caja al hombro, se volvió hacia los que esperaban, y comentó, con el tono achulado de los madriles más bajos:

—¿No te digo lo que hay, negro?...

Rodolfo fue a hacer algo, no sabía qué; pero el tranvía, que se acercaba tocando

alegremente la campanilla, le hizo cambiar de opinión:

—Anda, vete... Y a la noche hablaremos.

Subió sin mirar atrás, y se quedó en el centro de la plataforma, huyendo de las ventanillas, que podían prolongar la despedida. Antes que el tranvía arrancara, el fontanero, que miraba hacia la calle, se volvió y le llamó:

—Oiga, maestro... Que ahí la dama le reclama...

Rodolfo se hizo el desentendido, y el otro le tocó en el hombro:

—Que es a usted, hombre... Que le digo que ahí la dama reclama su presencia.

Se asomó cuando el tranvía ya arrancaba:

—¿Qué quieres? —gritó por encima del fontanero.

—¡Que vengas en cuanto salgas! Y que no te dé tanto miedo; más me tiene que dar a mí, ¡y ya me ves!...

El fontanero le miró, burlón:

—Pero ¿qué las da usted, macho?

Rodolfo siguió adelante con sus cuarenta céntimos en la mano; no quería juicios de faltas.

V

Como a todas las ancianas españolas, a doña Martina sólo le preocupaban de verdad dos cosas: los dolores de su pierna y la salvación de su alma. Todo lo demás, incluido el gato, quedaba reducido a puras rutinas, a simples cuestiones mecánicas que no podían llegar a apasionarla. Se enfadaba con sus huéspedes, sí, y tenía sus diferencias con *Teodoro*, y recordaba, gimoteando, a su pobre hermana desaparecida, y tildaba a la juventud de descocada, y se pasaba la vida hablando de lo caro que estaba todo, y hacía otra porción de cosas parecidas sólo porque algo tenía que hacer cuando no estaba ocupada en bañarse la pierna o en defender su alma de las asechanzas del enemigo malo. Pero nunca ponía en tales menesteres el corazón; nunca se comprometía en ellos como lo hacía a la hora de tratarse su maltrecha pierna o su pusilánime espíritu.

Porque doña Martina llegaba a la contumacia en ambas tareas. Muchos médicos y muchos confesores habían tratado de devolverla a la realidad, pero ni los escépticos diagnósticos de aquéllos ni los prudentes consejos de éstos consiguieron nunca nada. Y eso que un doctor, agotada ya su paciencia por la pesadez de la vieja, había llamado a su consulta a sus propios hijos, todos jovencísimos, y sobre las cabezas de los tiernos infantes había jurado a doña Martina que lo de la pierna no tenía solución; de la misma manera, un anciano confesor, escandalizado por las sartas de inverosímiles escrúpulos de conciencia de aquella feligresa que le anegaba el confesonario de tonterías, se creyó en la obligación de advertirle seriamente que era muy feo desconfiar con tal tozudez y saña de la infinita misericordia de Dios.

—Como si una no supiera dónde le aprieta el zapato —se defendió, después de recibir tan severos rapapolvos, ante sus amigas doña Candelas y doña Consolación. Y había seguido explicando su teoría—: Cada uno tenemos nuestra alma en su armario y nuestros dolores en nuestras piernas, y yo sé bien lo que hago. Lo que pasa es que ahora hay mucho modernismo, amigas mías. Mucho modernismo. Porque a mí que no me digan que es malo cuidar lo mismo del alma que del cuerpo. Ya lo dice el refrán —volvió al revés la máxima—: «Más vale pecar por exceso que no por defecto».

Y sus amigas doña Candelas y doña Consolación habían coincidido, muy serias:

—Diga usted que sí, doña Martina; diga usted que sí.

Y allí estaban las tres, en su novena, aplicadas con todo entusiasmo y con escaso fervor a cuidar de sus almas. Porque las tres, con su casi idéntica y absurda manera de entender la piedad y la devoción, hacían del templo algo muy parecido a una palestra sobre la cual competir en estupidez. Doña Martina, sentada en el primero de los bancos, rezaba automáticamente, pensando en sus amigas, intentando adivinar sus intenciones, censurándolas animosamente. ¿Por qué se sentaban cuatro bancos más

atrás siempre? Decían que porque les mareaba el olor que despedían las toallas. Y doña Martina se acarició el paquete que envolvía su pierna, cuyo pie descansaba dentro de la palangana; había tenido que decidirse a llevarla, pues el sacristán le había dicho que no podía dejar en el suelo aquel charquito que, día tras día, formaban las gotitas de cocimiento que caían de las empapadas toallas. ¡Que les mareaba! ¡Sí, sí! ¡Menudo par de fariseas! Lo que ocurría era que, colocándose tres o cuatro bancos más atrás, le sacaban ventaja a la hora de tomar el agua bendita. (Doña Martina —y, al parecer, también sus amigas— estaba convencida de que el agua bendita sólo era plenamente eficaz si se tomaba directamente de la pila). Y ellas, aquel par de brujas, conseguían todos los días llegar las primeras, meter las manos en la pila y luego darse el gustazo de obligarla a tomar de sus secas manos las escurriduras, los desperdicios. Pues aquella tarde las iba a fastidiar: se iba a levantar un minuto antes que terminara la novena y las iba a dejar con dos palmos de narices. Se lo merecían, por pérfidas, que eran un par de pérfidas, que más les valía preocuparse más de seguir la novena con alma y vida, y no obstinarse en fastidiarla a ella. ¡Si se hubiera atrevido a desdeñar sus manos cuando le ofrecían el agua bendita usada! Pero no podía hacerlo; ellas se hubieran dado cuenta, y luego hubieran hablado pestes. No, no; lo que tenía que hacer era adelantárseles, ganarles la partida recurriendo a las mismas tretas que empleaban ellas.

Doña Martina volvió la cabeza con disimulo; allí estaban, como dos pájaros de mal agüero, haciendo como que rezaban. A ella no la engañaban. ¡Ojalá don Julio las hubiera conocido tan bien! Pero don Julio era un pedazo de pan, y no se daba cuenta de las cosas, y así les daba la absolución. Tenía que apresurarse; su pierna era una terrible desventaja, pues doña Candelas y doña Consolación, aunque más ancianas, gozaban de unos remos casi perfectos. Lo primero era levantarse sin que ellas se dieran cuenta; tenía que irse corriendo lentamente a lo largo del banco, sin asustarlas. Lo intentó, y comprendió que, además de la desventaja que suponía su pierna, había que contar con lo latosa que resultaba la palangana. No, no podía disimular. Tenía que levantarse ágilmente, agarrar la palangana al vuelo y salir disparada hacia la puerta.

Se levantó, recogiendo la vasija, en cuyo fondo había un par de dedos del amarillento líquido. Apresuradamente se desplazó a lo largo del banco, procurando no derramar el cocimiento, para que no se enfadara el sacristán. Llegó al pasillo. De reojo, mientras se arrodillaba antes de empezar a correr, vió a sus enemigas; ellas la miraban perplejas, sin salir de su asombro. Pero cuando doña Martina, ya erguida, giraba sobre sus talones, doña Candelas y doña Consolación ya se precipitaban hacia fuera. Tenía que correr, tenía que ganar tiempo, pues ellas, si las dejaba llegar al pasillo, le ganarían la partida. Tenía que correr como no había corrido nunca en su vida. (Correr, para doña Martina lo mismo que para sus amigas, era moverse trabajosamente, efectuando penosos esfuerzos cada vez que tenían que levantar un pie, y mucho más, cada vez que tenían que apoyarlo: sus huesos, resecos, no les autorizaban a que abusaran de sus coyunturas).

Y corrió. Angustiada, asistiendo a la salida de las otras, comprobando que se habían plantado en el pasillo antes que ella llegara a la altura del banco que acababan de abandonar. A pesar de todo, tenía que seguir; ya que se había puesto a ello, no cabían los abandonos. Pensó en arrojar la palangana, pero se arrepintió de su pensamiento; no, no caería tan bajo nunca. Si ellas no tenían respeto a la casa de Dios, allá cuidados; por su parte, nunca se atrevería a una cosa así. Y con la palangana entre los brazos y el pecho, sintiendo en las narices los aromáticos efluvios que ascendían del líquido, se esforzó en alcanzar velocidad.

Las otras avanzaban bamboleándose, exhalando quejidos. Doña Martina estuvo a punto de compadecerlas, pero no lo hizo. Reprimió su conmiseración, porque ellas no se la merecían. Sobre todo, doña Candelas, que, como siempre, era la más ligera. Doña Consolación no le preocupaba mucho: sus bronquios la mantenían bastante sujeta. Pero doña Candelas... Doña Candelas era una gacela. ¡Cómo corría, demonios; cómo corría! Dios la tenía que castigar, no había duda. No podía permitir que llegara la primera siempre, de ninguna manera. Un día u otro su salud se resentiría, y entonces... ¡Ah, entonces! Y los ojos le brillaron a doña Martina, escondidos entre los arrugados párpados.

La anciana se animó: estaba rebasando a doña Consolación. Cruzó por su lado sin mirarla, no queriendo ver la desesperación de la otra, atenta sólo a seguir avanzando sobre la escurridiza doña Candelas. ¿Tampoco aquella tarde la iba a alcanzar? Los fragorosos resoplidos y los gemidos desconsolados que a sus espaldas lanzaba la vencida le dieron nuevos bríos. Tenía que llegar la primera, tenía que llegar la primera. Ya no estaba en juego sólo la primacía en la toma del agua bendita; ahora se dirimía también en la cuestión la honrilla de doña Martina. Sentía en el pecho, debajo del corazón, un dolor agudo y penetrante, y pensó si iría a caer tuberculosa. No; eran aprensiones suyas; se trataba de un dolorcillo sin importancia. ¿Llegaría a darle un vahído? No; por Dios, que no le diera... Que le diera después, en la cama; pero no cuando más necesitaba de todos sus sentidos.

Doña Candelas volvió la cabeza, seguramente para medir las distancias. Y, de repente, ocurrió lo inesperado: o tropezó, o se puso nerviosa, o le fallaron sus ágiles remos; pero el caso fué que, ante el pasmo de doña Martina, aquella gacela invencible vaciló, trató de apoyarse en la columna de piedra que tenía al lado, y, como si fuera un elefante herido en el corazón, se desplomó sobre el frío enlosado.

Doña Martina casi dio un grito de júbilo. Lo reprimió a tiempo, afortunadamente, pues necesitaba de todas sus fuerzas para seguir adelante, y jadeando, lenta pero segura, pesada pero inexorable, recorrió en un decir *Jesús* la distancia que la separaba de la caída. Pasó por su lado como si no la viera, ignorando el percance y los terribles esfuerzos que hacía para levantarse, amparada en la semipenumbra del templo. Y, toda ella sedienta, ya empujada sólo por la inercia, se deslizó hasta la concha que encerraba entre los primores del polvoriento románico el deseado, el umbroso, el fresquísimo lago. Puso la palangana en el suelo y, prácticamente zambulléndose,

introdujo su diestra en el agua bendita. Se sintió refrescada no sólo en la mano, sino en todo su ser, y cuando se santiguaba, una deliciosa sensación le aflojó los agarrotados músculos.

Luego, sin necesidad de simularlo, demostró fehacientemente que el percance de su amiga le preocupaba horrores: ágil y ligera, joven a sus casi ochenta años, retrocedió hacia la caída anciana, llevando entre sus dedos la huella que en sus yemas había dejado el bendecido líquido. Pero no se atrevió a ofrecérsela: desde el suelo, gimiente y fuera de sí, doña Candelas repelía la ayuda que intentaba prestarle doña Consolación... Como si fuera una niña enfurruñada, doña Candelas propinaba a doña Consolación tiernos, débiles, inefables puntapiés.

* * *

—Ahí viene —dijo Petrita.

—Sí...

—Vamos; tienes que hablar tú.

Rodolfo tragó saliva. Luego se adelantó al encuentro de doña Martina:

—Buenas noches... Qué, ¿de su rosario?

Doña Martina, alegremente, correspondió al saludo:

—¡Hola, hijo; hola!... No; de la novena. ¡Ah!, ¿está ahí Petrita? ¿Qué tal, hija; qué tal?

—Bien. Y usted, doña Martina..., ¿cómo se encuentra?

—Estupendamente, hija; estupendamente. Si le contara... Pero son cosas que no se pueden decir. Qué, ¿de paseo?

Petrita tiró del faldón de la chaqueta a Rodolfo, pero éste lo único que osó decir fué una tontería:

—Pues ya ve... Como hace tan buena noche...

—Doña Martina, tenemos que hablar con usted —se decidió Petrita, frenando a la anciana, que ya se dirigía al portal.

—¿Qué ocurre? ¿Es sobre lo del piso? Ya me ha dicho Rodolfo, ya... Mire usted qué disparate, Petrita...

—Sí; pero es que... Anda, díselo tú —exigió Petrita a Rodolfo. Y éste empezó a tartamudear:

—Verá, doña Martina... Es que..., es que...

—Lo diré, que parece que te van a comer. Una cosa tan sencilla, señor, y la importancia que le estás dando. Mire, doña Martina. Resulta que hay una solución...

La vieja pareció alegrarse mucho:

—¿Una solución? Diga, Petrita; diga... Yo ya sabe que encantada de la vida...

Y Petrita, disparada, la informó puntualmente de todo. La anciana, cogida de improviso y sin acabar de entender bien lo que le decía, miraba perpleja a Rodolfo y a Petrita. Le estaban diciendo que se casara, que se casara con don Rodolfo. Murmuró:

—Pero... eso es una locura a mis años... Además, yo nunca he notado que don Rodolfo; bueno, usted ya me entiende... Nunca, nunca...

Petrita fue brutal:

—No; si no se trata de eso exactamente, doña Martina... Es un paripé que hay que hacer. Y pronto, porque muy bien puede ocurrir, aunque Dios no lo quiera, que le ocurra a usted una desgracia, y todo nuestro gozo en un pozo, como se dice...

Doña Martina empezó a comprender, a relacionar los razonamientos que había empleado Petrita. Querían que se casara con él, pero de mentiras... Querían que ella se uniera a un hombre así como así, como quien se bebía un vaso de agua... Su reacción no se hizo esperar:

—Pero..., pero... ¿qué se ha creído usted, señorita? Yo...

Rodolfo le dijo, desesperado, a Petrita:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Si no podía ser!

La anciana continuó:

—Usted no tiene vergüenza, señorita... Usted es una fresca...

Y Petrita, dando por sentado que la vieja había interpretado mal sus palabras, recalcó:

—Que no, señora... Mire: usted se casa, pero como si estuviera soltera. Rodolfo sigue siendo su huésped, y santas pascuas...

La aclaración irritó más a doña Martina:

—Pero ¿por quién me ha tomado usted? Yo soy una mujer decente, para que lo sepa. ¿Cómo voy a hacer una cosa así, eh? Conteste.

—Bueno, señora; a ver si nos entendemos. ¿No dice usted que quiere tanto a éste? ¿No estaba empeñada en dejarle el piso? ¿No...?

—Sí, señorita; sí. Pero no hasta ese punto, como si fuera una cualquiera. ¡Pues estaría bueno! ¡Interrumpir una vida dedicada a la oración para prestarme a ese nefando contubernio! ¡Vergüenza, vergüenza les debía dar! A usted, don Rodolfo, sobre todo. ¡Con lo que yo le estimaba! ¡Otro que tal, igual que el don Dimas del demonio!

Petrita quiso aplacarla:

—Pero, doña Martina, por favor... Usted me ha entendido mal... Yo le juro que no le hubiera propuesto nada que no... —la cogió de la palangana para que no escapara. Pero doña Martina le dio un chillido:

—¡No me toque, no me toque, desvergonzada! ¡Fuera, fuera! ¡Déjenme pasar!

* * *

Pero durante la noche doña Martina cambió de manera de pensar. Se había puesto a bañarse la pierna, recordando todavía la bochornosa escena, y había hablado de la cuestión con *Teodoro*. Recorriendo los distintos puntos del asunto, los había sometido a cuidadoso análisis, enfocándolos desde otros puntos de vista. Y la proposición había

ido cambiando de aspecto. Porque, le decía doña Martina a *Teodoro*, ¿acaso no sería una buena acción facilitarles el matrimonio a aquellos muchachos? Claro que lo era: una estupenda acción. Petrita, la novia de don Rodolfo, lo había dicho bien claro: «Si Rodolfo no llega a ser su viudo, nosotros no podremos casarnos nunca, porque nunca tendremos un hogar». ¡Pobrecillos! Se los imaginó buscando piso a lo largo de aquel domingo, sin encontrar nada, desesperados, perdidos. Sí, sí; podía ser una excelente acción, que bien le vendría tener en su cuenta a la hora de rendirlas al Todopoderoso. Además, ¿a ella qué le costaba acceder? Hacía mucho tiempo ya que había dejado de pensar en tonterías, pero recordaba lo que había llorado entre los treinta y los cuarenta años por no encontrar a nadie dispuesto a hacer lo que ahora pretendía llevar a cabo don Rodolfo. Y don Rodolfo no hubiera sido entonces un mal partido: con su empleo en una oficina, porque era un empleado y no un pelafustán, y su presencia... Sí; don Rodolfo era un guapo mozo y un caballero. Otra cosa hubiera sido de tratarse de don Dimas, naturalmente. Y, aparte de esto, que no era lo que tenía más importancia, estaba lo otro, lo que significaría en su haber un sacrificio así. Dios se lo tendría en cuenta, no había duda. ¡Menuda rabia les iba a dar a doña Consolación y a doña Candelas! Ellas podían ganarle muchas veces a correr, pero a buena... ¡Ya quisieran, ya! Y también había que pensar en que no le estorbaba un hombre; al fin y al cabo, si se casaba con don Rodolfo, don Rodolfo sería su marido y estaría obligado a velar por ella, a cuidarla, a ayudarle a sobrellevar sus últimos sufrimientos. Porque ¿quién le garantizaba que no se iba a quedar nunca paralítica? Nadie. Sí; podía quedar baldada de un *paralís*... Y si se casaba, don Rodolfo, bueno, Rodolfo, tendría que llevarla de paseo en una silla de ruedas. Tenía que pensarlo bien, desde luego; el asunto no era como para desdeñarlo, pues a la vista estaba que sólo podía acarrearle ventajas.

Se acostó de buen humor, saboreando sus propios pensamientos. Y, ya en la cama, sintiendo sobre sus piernas el leve y cálido peso de *Teodoro*, pasó de pensar a imaginar, a soñar lo que podía ser su vida de casada... ¿Qué haría Rodolfo? ¿Le entregaría su sueldo o preferiría seguir pagándole la pensión? No; esto no podía ser. Tendría que entregarle el sueldo, y ella se lo administraría. Al fin y al cabo, a su muerte, el dinero iba a volver a él o se iba a quedar empleado en muebles y cosas así. Tendrían que despedir a don Dimas, claro; ya casada, con la ayuda del sueldo de Rodolfo, ¿para qué iba a aguantar a aquel desagradable sujeto, que le tenía la casa llena de porquerías? Los domingos saldrían juntos a dar un paseo... ¿O no? A lo mejor, Rodolfo quería salir con su novia... No, no saldría con ella; Rodolfo era bueno y podía esperar a que ella se fuera al cielo para volver con Petrita. Claro que sí; además, ni a él se le ocurriría dudar. ¿Cómo iba a dudar en una cosa así? Evidentemente, aquel matrimonio no parecía ser una tontería, ni mucho menos una locura. Seguro que la gente, que era tan mala, hablaría de ellos; pero ¿qué importaba la gente? Si ella se quedaba paralítica, ¿iba la gente a empujar su silla? No, naturalmente que no...

Teodoro quería dormir y gruñía a intervalos, protestando de las palabras en alta voz que se le escapaban a la anciana. Ella, sin advertirlo, seguía fabulando y considerando, viéndose y corrigiéndose en el futuro, molestando al irascible gato, y cuando en su soñar llegó a decir: «Y cuando te caigas a la palangana, *Teodoro*, ya veremos si te atreves a ponerte como una fiera con Rodolfo», el animal enarcó el lomo y le soltó uno de sus bufidos a la vieja. Ésta se disculpó: «Bueno, hombre... No te pongas así; era una broma. Porque ni qué decir tiene que tú seguirás durmiendo conmigo; el que me case no quiere decir que me vaya a convertir en una pelandrusca acostándome con Rodolfo... ¿Cómo has podido pensar una cosa así, *Teodoro*?»

Y apagó la luz, quedándose dormida dulcemente, acunada por sus sueños, que continuaron durante toda la noche, proporcionándole múltiples motivos de júbilo y de satisfacción.

VI

Carbayo estaba tratando de venderle un aparato a un sordo. El sordo, un tipo achaparrado, con cara de zorro, desconfiaba con el aparato entre sus torpes dedos:

—Pero estos chismes a mí no me convencen. Gastan mucho en pilas... Un paisano mío, porque soy de la parte de Toledo, ¿sabe *usté?*, se compró uno, y ya lo tiene *arrinconao*...

Carbayo, paciente, utilizando la táctica que había inventado, comenzó a hablar a una velocidad vertiginosa, en voz queda, machacando las palabras, haciendo de su párrafo algo perfectamente ininteligible para un sordo e incluso para un lince:

—Bahbahbah... Esosonbobadasqueno tienenfundamento ¿comprende?

—¿Cómo dice? —inquirió el sordo, colocándose la mano en la oreja.

Carbayo siguió con su método; hizo, sin embargo, gestos fingiendo que estaba gritando:

—Digoqueesosonbobadasyque elaparatoesunamaravilla...

Palitroquebusbusrrrepollo pluscuamperfecto... ¿Comprende?

—No sé lo que me pasa hoy —se lamentó el sordo, metiéndose en el oído uno de sus meñiques—. Hábleme claro, hábleme claro...

Carbayo, impertérrito, continuó:

—Digoquefaramallapitorreo a lancelancelancelanca... ¿Eh?

Porqueelquenocorrevuelaycamarón quese duerseselollevalacorriente...

Ustedesunprimoqueesevaallear elchismecomoyomellamoDimas... ¿Eh?

Y palmoteó la espalda del sordo, que hacía gestos de perplejidad y que insistía en hurgarse dentro de la oreja, muy dentro:

—Ya va usted a ver lo que es el aparato... —le prometió, ahora hablando con claridad, pero siempre sin gritar, aunque su rostro reflejara unos terribles esfuerzos para hacerse entender. Y, quitándole de las manos el objeto de la reunión, se lo colocó debidamente. El sordo decía, mientras tanto:

—Oigo un murmullo, un murmullo; pero me quedo a dos velas...

—Ahora, ahora...

Carbayo conectó el aparato y, colocándose frente al micrófono, hablando con una vocalización que se la hubieran envidiado todos los actores del mundo, gritando como un energúmeno y consiguiendo que la expresión de su rostro apareciera normalísima, se dirigió al cliente:

—¿A que ahora me oye usted bien?

Temió que fallara el truco, y abusó de sus facultades:

—Ob-serv-ve us-ted có-mo sin que yo gri-te en lo más mí-ni-mo us-ted me o-ye con to-da cla-ri-dad...

El sordo puso unos ojos redondos de asombro:

—Oiga, pero si ahora le entiendo todo...

Muy serio, y siempre con su técnica, Carbayo afirmó:

—Es el a-pa-ra-to... A-le-mán... No le di-go a us-ted más... A-le-mán... Co-sa fi-na... Por dos mil pesetas, pe-se-tas —recalcó, por si acaso— se lle-va us-ted un oí-do nue-vo y per-fec-to.

El de la parte de Toledo parecía encantado:

—Hable, hable usted más, que me da mucho gusto oírle tan bien.

Carbayo se sentía ya cansado por los esfuerzos, pero tuvo que seguir:

—¿Lo ve? ¿Se da us-ted cuen-ta del ne-go-cio que pue-de ha-cer? Dos mil pe-se-ti-llas, y a oír has-ta a las mos-cas... Un pre-cio de a-mi-go, cla-ro. Son unos res-tos que me quedan de un con-tra-ban-do de Tán-ger...

—Ya, ya... Siga, siga usted, que me parece mentira... Esto tiene que ser cosa del diablo... —dijo el sordo, encantado.

—No... La téc-ni-ca mo-der-na... La a-le-ma-na, ¿com-pren-de? Qué, se lo queda, ¿ver-dad?

Entonces se abrió la puerta del cuarto de Carbayo y entró Rodolfo:

—Oiga... Perdón; no sabía que estaba...

—¡Grite, grite todo lo que pueda! —le suplicó, con una mueca, el astuto vendedor.

—¿Cómo? ¿A quién le tengo que gritar? Si es que yo venía a decirle que... Bueno; le advierto que yo no tengo la culpa de nada, ¿sabe? Son ellas, ellas, que me han mandado...

El de la parte de Toledo no dejó intervenir a Carbayo.

—Oiga, a este señor no le entiendo nada... Oigo un runrún, pero nada más...

Carbayo empezó a sudar; sin que el cliente le viera, le atizó a Rodolfo una cox y le imploró:

—¡Váyase, por la gloria de su santa madre!

Y corrió a tranquilizar al sordo:

—Es-tá a-fó ni-co... De fu-mar... ¿Com-pren-de?... Al pa-re-cer, le van a te-ner que o-pe-rar... Lue-go ten-drá que ha-blar por un tu-bo...

—¡Ah, ya, ya!... Pobre hombre; eso es peor que lo mío, ¿verdad *usté*?

Rodolfo no entendía nada, pues, aunque ya había relacionado los gritos que daba Carbayo con la petición que al llegar le había hecho, no sabía, en definitiva, cuál era la situación. Además, la embajada que llevaba le tenía totalmente desquiciado. Insistió, gritando, a ver si acertaba:

—¡Tiene usted que venir! ¡Le quiere hablar doña Martina, pero yo le doy mi palabra de honor de que no tengo nada que ver en el asunto! ¡Son ellas, ellas, Carbayo!

El sordo orientó el micrófono hacia Rodolfo y miró interrogativamente a Carbayo. Éste, haciendo de tripas corazón, intentó aún salvarse de la catástrofe:

—¿Le ha oí-do?

—Sí, sí... Pero mal; como la radio...

—Es que..., es que... —Carbayo buscaba una explicación desesperadamente. Y la encontró—: Es que ha to-ma-do unas pas-ti-llas muy bue-nas... A-le-ma-nas también, ¿sa-be? Co-mo el a-pa-ra-to, sí.

Y volviéndose hacia Rodolfo, empujándole hacia la puerta sin disimulo, lo puso en el pasillo, a la vez que le decía:

—Pírese, Gómez; pírese, que es una venta segura...

Después de cerrar, se volvió al sordo, sonriendo:

—Lo he e-cha-do por si los con-ta-gios... Us-ted ya me en-tien-de, ¿eh?

El sordo le miraba desconfiado. Se había quitado el aparato y, con la cabeza baja, gruñía:

—No sé, no sé... Yo, por si acaso, voy a consultar con mi mujer...

Carbayo se sintió mal y ni siquiera recordó que el asustadizo cliente ya no tenía el aparato puesto:

—Yo que us-ted me lo lle-va-ba... A-sí le da-ba u-na a-le-gría a su se-ño-ra...

—Mire: ahora parece que le oigo mejor. Yo creo que tenía un tapón de cerumen, o de algo de eso... Nosotros, los del campo, ya se sabe... Como andamos siempre entre porquerías... Mire: he pensado que lo mejor será que esperemos un poco... Hasta que cojamos la cosecha, ¿sabe?

Carbayo no intentó detenerlo: estaba vencido. Le dejó acercarse a la puerta, abrirla y despedirse. Ni siquiera le acompañó a la puerta: tenía algo más importante que hacer... Como si acabaran de ponerle un par de banderillas, entró en el comedor de doña Martina, ocupado por ella, Rodolfo y otra mujer:

—¿Sabe usted lo que ha hecho, imbécil? ¡Quitarme quinientas pesetas! ¡De la mano! ¡Del bolsillo!

Rodolfo se encogió:

—¿Yo?... Pero si yo sólo he ido a decirle que aquí, doña Martina, quería verle...

Carbayo se exaltó todavía más:

—¡Ni doña Martina ni doña...! —soltó una palabrota soez—. ¡Está uno ganándose la vida y tienen que venir a...! —soltó otra palabrota de mayor calibre—. ¡Quinientas pesetas! ¡De la cartera me las ha sacado!

Doña Martina, impaciente, le cortó:

—Bueno, bueno... Vamos al asunto, que es lo que importa... Mire, don Dimas. Resulta que, para hacerles un favor a don Rodolfo y a su prometida, que es esta señorita, yo me voy a casar con él. Y, claro, usted comprenderá...

La andanada de barbaridades que iba a soltar Carbayo dejó paso a un balbuceo:

—¿Cómo? ¿Qué dice esta vieja loca?

—Le aseguro que yo no tengo... —intentó defenderse Rodolfo; pero Petrita le gritó:

—¡Tú, a callar!

Carbayo encendió un cigarrillo, nervioso:

—Bueno; pero ¿me quieren ustedes explicar qué es lo que pasa?

—A eso iba, don Dimas. Y no le digo que no fume en el comedor porque ya, para el tiempo que va a estar usted en la casa... Pero ya sabe que no me gusta: luego huele todo a humo.

Carbayo dejó caer el pitillo:

—¿Cómo que para el tiempo que...?

—Sí, don Dimas. Se lo estoy explicando, pero usted empieza a fumar y a no entender nada, y no me deja. Mire: estos jóvenes no tienen piso, como usted sabe. Yo les iba a dejar éste, como usted sabe también; pero eso no puede ser sin que aquí, don Rodolfo, sea pariente cercano mío. Por eso nos vamos a casar; usted ya sabe lo buena que yo soy y lo que me gusta hacerles favores a los demás. Porque una no es como otras...

—Un momento, un momento. Oiga Gómez: ¿eso que dice la vieja es verdad?

Rodolfo metió la cabeza entre los hombros, en un mudo y expresivo ademán de resignación. Y doña Martina continuó:

—Así es que, como usted comprenderá, necesitamos su cuarto. Ahora o después, usted tendría que irse. Y, claro, como vamos a pintar la casa y a arreglarla un poco...

—¿Que me vaya? Pero ¿adónde?

—Pues a otro sitio, hijo. Yo lo siento mucho, porque ya sabe usted lo que le aprecio... Pero ahora ya no necesito tener huéspedes... Con el sueldo de don Rodolfo, bueno, de Rodolfo, nos podremos arreglar bien...

Petrita se estiró en la silla. ¿Había oído bien? Miró a Rodolfo, que también acababa de salir de su actitud pasiva, y se dirigió a doña Martina:

—Oiga, eso que dice del sueldo...

—Claro, hija mía. Total, a don..., a Rodolfo le da igual; lo emplearemos en la casa o lo meteremos en mi cartilla... Y como las dos cosas serán luego para ustedes...

Saltó don Dimas:

—Bueno; a mí, sus problemas, si es que es cierto que van a cometer ese disparate, me tienen sin cuidado. Pero yo no me voy a ir así como así...

—¿Por qué? A usted no le será difícil encontrar por ahí otra habitación...

—Pero ¿la clientela? Todo el mundo sabe que vivo aquí, y aquí vienen mis clientes. Si me cambio, se despistarán... Además, que yo pago aquí cuatrocientas pesetas, y me encuentro bien y no tengo ganas de ir a otro sitio más caro y peor...

—¿Lo oyen ustedes? ¿Lo oyen? —preguntó doña Martina, sarcástica, a Petrita y a Rodolfo, que todavía no habían salido del asombro en que los había sumido la disposición tomada por la anciana en lo relativo al sueldo—. No se quiere ir... Cría cuervos, y te sacarán los ojos... Encima que una ha estado hecha una mártir con él, ahora no se quiere ir... Pues se irá, ya lo sabe. ¿Verdad que se irá, Rodolfo? Porque ahora ya tengo un hombre que me defienda, y no me van a avasallar como lo han venido haciendo, don Dimas, sépalo usted.

Carbayo estaba fuera de sí; dando un puñetazo en la mesa, vociferó:

—Pero ¿es que se han vuelto todos locos? Y usted, Gómez, ¿cómo puede estar ahí tan tranquilo? No; si ya me parecía a mí que usted era un bragazas. ¿No se da cuenta de lo que van a hacer con usted? ¿No comprende que lo están liando?

Rodolfo calló, como de costumbre, y Petrita le hostigó:

—¡No te quedes mudo! ¡Contéstale a ese tío salvaje! ¡Ay, si yo fuera hombre!

Rodolfo se levantó e invitó a Carbayo:

—Vamos, vamos... Yo le explicaré lo que pasa... Es una cosa tremenda, pero...

En la puerta se detuvo Carbayo:

—Ustedes hagan lo que quieran; pero que conste que yo no me voy hasta que me dé a mí la gana, ¿comprendido?

—Vamos, vamos; yo le explicaré.

—¡Una boda! ¡Madre de Dios, qué cuadro! ¡Si todavía no acabo de creérmelo!... —salió diciendo, empujado por Rodolfo.

Quedaron solas doña Martina y Petrita. Ésta, que seguía obsesionada con la cuestión del sueldo, volvió a ella:

—Oiga, doña Martina... Digo que si usted se queda con el sueldo de Rodolfo, el pobre no va a tener para...

—¡Ay, tonta! —se mostró maternal la vieja—. ¡Ganando van a salir! A él no le faltará su duro en el bolsillo, y tendrá no eso, sino lo que necesite. Porque, compréndalo usted, Petrita, parece así como feo que siendo mi marido, porque lo va a ser sea como sea, yo esté cobrándole la pensión. Violento para mí y violento para él. De la otra manera, en cambio, yo lo meto en mi cartillita, y luego... ¿para quién va a ser la cartillita? Para ustedes... Y no crea que está vacía, que tengo mis ahorritos, ¿sabe?

Petrita se resignó. Acaso hubiera protestado de no haber dicho doña Martina lo de los ahorros. Pero la palabra la sugestionó y no tuvo que esforzarse nada para encontrarlo todo normal:

—Sí; ahora ya me doy cuenta de que tiene usted razón...

—Claro, mujer. Yo estoy sola en el mundo, y ¿quién mejor que Rodolfo para heredarme? El piso, la cartilla, los muebles, las ropas, que tengo muy buenas sábanas y muy buenas mantelerías, ¿sabe? todo, todo para ustedes. Y *Teodoro* también, naturalmente. Porque, eso sí, es lo único que les pido: el día que Dios me llame, ustedes tienen que seguir cuidando a *Teodoro*. Es como una persona, de verdad. Lo entiende todo, todo, todo... ¡*Teodoro, Teodoro!* ¿Dónde está el sol de la casa? —le llamó.

—Descuide, descuide, doña Martina, que al gato no le faltará de nada.

—Gracias, hija; gracias... ¡Si viera usted la compañía que *Teodoro* me hace! Ahora será distinto, claro, porque con Rodolfo ya en casa... Bueno, usted me entiende...

De nuevo se alarmó Petrita: ¿qué quería decir la vieja chocha? ¿Acaso pretendía

casarse de verdad? No se atrevió a preguntarle directamente pero le dijo:

—Bueno; también ahora está Rodolfo aquí...

—Sí, sí... Pero es distinto. No crea usted que pretendo gollerías; soy una mujer muy como Dios manda. Pero ya, siendo mi marido..., es otra cosa, ¿sabe?

Petrita asintió con la cabeza, sin saber exactamente qué era lo que doña Martina quería decir; cambió de conversación, temerosa de enterarse:

—¿Y si no se va don Dimas?

—Se irá, mujer; se irá. Ya me encargaré yo de que se vaya. Es un tipo fácil de manejar, aunque parezca lo contrario... Yo...

Volvía Rodolfo. Petrita le preguntó con la mirada.

—Ya se lo he explicado... Y se ha quedado convencido.

—Vaya, menos mal —suspiró doña Martina—. Bueno; tenemos que hablar de la boda.

—¿De la boda? —preguntó Rodolfo, sentándose, como si no supiera a qué boda se refería.

—Pues, claro, Rodolfo. No es que vayamos a casarnos en los Jerónimos pero algo hay que decidir.

—Tiene razón, doña Martina —coincidió, muy seria. Petrita—. Hay que hablar de las cosas; luego se echa el tiempo encima y...

—Pero ¿es que ya va a ser? —inquirió Rodolfo, con algo muy parecido al terror empañándole la voz.

—Cuanto antes, mejor. ¿Para qué vamos a esperar? Puede suceder, Dios no lo quiera, que doña Martina se ponga enferma o que le ocurra una desgracia, ¿no es verdad?

Doña Martina asintió, adoptando un aire de víctima que daba lástima:

—Sí, hija, sí... Nunca se sabe lo que puede suceder. Yo creo que podíamos hacerlo a finales de mayo. Ya hace buen tiempo y, no sé, hay más alegría, ¿verdad?

Rodolfo cerró los ojos, y mientras se preguntaba qué demonios pintaba en aquella ocasión el buen tiempo y la alegría, pensó que Carbayo tenía razón, que le habían liado del todo. «¡Pobre Gómez! —se había condolido su hasta entonces compañero de hospedaje—. ¡Pobre Gómez, lo que van a hacer con usted!». Y ya no se podía volver atrás: Petrita le hubiera arrojado a la cara un frasco de vitriolo. Las oía hablar como si estuvieran muy lejos; estaban haciendo sus planes sin darse cuenta de hasta qué punto resultaban monstruosas. Doña Martina decía:

—... pues, ya ve usted, me hubiera hecho ilusión casarme de blanco, aunque ya comprendo que no es lógico. Pero, eso sí, el azahar lo llevaré, porque puedo llevarlo mejor que muchas...

Y Petrita, por su parte, le seguía la corriente:

—... yo creo que a las nueve de la mañana es buena hora. Después es más complicado... La gente, usted ya me entiende, la gente es una chismosa y...

Rodolfo sintió ganas de vomitar; una arcada le sacudía el estómago. La gente...

Se imaginó el cuadro otra vez más, pues desde el día anterior, desde que doña Martina le había comunicado que estaba dispuesta a casarse, no hacía otra cosa. A cada nueva visión el espectáculo era más insoportable; ahora ya llegaba a imaginarse teniendo que decir en la iglesia: «Sí la quiero». Oyó a doña Martina diciendo: «Sí lo quiero», y percibió hasta los chasquiditos que, al hablar, daban sus dientes postizos. Debía fugarse: eso era lo que tenía que hacer. Fugarse al extranjero...

—¿Qué te pasa, Rodolfo? ¿No me oyes?

—¿Qué..., qué quieres, Petrita?

—Te decía que si te parece bien lo del traje.

—¿Qué traje?

—¿Estás tonto? Tu traje... Digo que puedes hacerte uno para la boda; doña Martina está empeñada en que sea así...

—Claro, hijo... Al fin y al cabo, le servirá también para la boda siguiente. ¡Ah!, y usted, Petrita, tiene que ser la madrina...

—¿Yo? No sé; me da no sé qué...

—¿Por qué, tonta? Al fin y al cabo, nadie mejor que usted... Ahora, que tengo una duda: a lo mejor, si es la madrina, luego no se puede casar con Rodolfo... Como pasa en los bautizos, ya sabe.

—Entonces, mejor es que lo dejemos, ¿no le parece?

—Bueno, bueno... Pero me hubiera hecho ilusión. Porque yo, aunque no haya que decirlo, la verdad es que para Rodolfo voy a ser una madre más que una esposa...

Siguieron hablando y hablando, dándole vueltas a todos los detalles, disponiéndolo todo con una escrupulosidad que a Rodolfo le daba asco. Y Petrita todo lo encontraba normal; ni un solo momento manifestó advertir hasta qué punto se había olvidado de la realidad, de aquella triste realidad que a él le torturaba sin descanso. La rechifla iba a ser general; ya se lo había advertido Carbayo brutalmente: «Si no le dan a usted una cencerrada, es que en este Madrid ya no hay riñones, ni gracia, ni aquél».

—... sí, sí; que ya es tarde.

Se estaban despidiendo.

—Bueno; trátemelo usted bien, Petrita —bromeó doña Martina, con un buen humor que a Rodolfo se le antojó macabro. Y Petrita, haciéndole el juego, le prometió:

—Intacto volverá, señora; intacto...

Iban por el pasillo, cuando la vieja invitó:

—¿Quiere usted ver el piso otra vez?

—No, no... Ya lo he visto muy bien... Es una monada, doña Martina: una monada. Hasta mañana, hasta mañana...

—Adiós, hijos; adiós... Adiós, Rodolfo...

—Hasta luego, doña Martina.

La puerta se cerró y la pareja comenzó a bajar las escaleras. Con mucho

desparpajo, Petrita confió a su novio:

—¿Sabes que es muy simpática? Ya he hablado con ella de lo del sueldo; mira, chico: yo creo que dejándola con su manía, salimos ganando. Me ha dicho que todo lo meterá en su cartilla y que no la tiene vacía. Y como luego va a ser para nosotros...

Rodolfo no contestó. Ni a ella le hacía falta para seguir:

—Bueno, no te pongas así, que no es para tanto... Que tienes una cara de funeral que mete miedo... Ya sé que no es como para ponerse a cantar; pero al que algo quiere, algo le cuesta... Yo también hubiera preferido otra cosa; si te pudieras casar *in articulo mortis*, sería lo ideal. Pero ¿y si se muere de repente?

—¡Ojalá! —graznó, lacónico, Rodolfo.

—No; ojalá, no. Por lo menos, hasta que estéis casados. No vengas ahora con tonterías.

Siguieron caminando en silencio. Rodolfo envidiaba la suerte de las personas que llenaban la templada noche de aquel abril recién estrenado. No tenían que casarse con ancianas, ni tampoco estaban obligados a aguantar a una novia demente. Huir, huir era lo que le hacía falta. Pero ¿cómo y adónde? ¿De qué iba a vivir? Además, estaba la Policía: Petrita conseguiría que lo detuvieran, e incluso que lo metieran en la cárcel... Tampoco estaría mal arrojarse al «Metro»...

—Bueno, hijo; ya hemos llegado. Supongo que, por lo menos, te despedirás.

—Sí, Petrita, sí... Hasta mañana...

—Anda, no seas tonto; ahora estás preocupado, pero ya verás cómo luego descubres que no era para tanto. Lo que importa es que cuando se muera, que se morirá, y bien pronto, nosotros podremos casarnos y vivir felices. ¿No te das cuenta?

La miró a los ojos; ella le había hablado con voz dulce, cariñosa. Le quitó de los párpados las dos legañitas de siempre. Y la besó en la mejilla:

—Adiós, Petrita; hasta mañana...

* * *

Cuando regresó a su casa, después de cuatro horas de pasear de un lado para otro, buscando consuelo en la soledad y en la noche, le esperaba una sorpresa: sobre la mesa de la cocina, junto a su cena, había una nota escrita en un papel. Decía:

«Rodolfo: No venga tan tarde. Me he acostado a las once y media, y todavía no había usted llegado. La comida fría estropea el estómago. En la cazuela azul tiene usted un poco de leche.

Martina».

VII

«Hijo: Hemos tenido tu carta, que nos ha hecho sufrir mucho y que a tu madre le ha costado un disgusto. Ya vemos que ese Madrid te ha desquiciado y que estas hecho un perdido y que ya has olvidado los buenos ejemplos que nosotros te hemos dado. Rodolfo mira lo que vas a hacer que eso es una locura y que dice tu madre que si lo haces ya no seras nuestro hijo. No creo que te parezca bonito lo que vas a hacer con esa pobre señora engañandola y casandote con ella que verguenza debia darte siendo como eres un hombre honrado. Pero a lo mejor ya no lo eres y sigues sin bajarte de tu burro y llevas a cabo esa locura. Dice tu madre que te diga que aqui la Julia la del señor Manuel esta soltera y que tiene una casa hermosa con su buen pajar su bodega y su alorin y ademas tres animales y buenas fanegas de tierra y que si tu vienes ella se casaria contigo tan a gusto. Pues bien de veces que le pregunta a tu madre por ti y dice que tu lo has entendido yendote a la capital que todas las del pueblo te parecian poco para ti. Yo hijo te lo digo y te aconsejo que lo pienses, pues la Julia es una mujer como Dios manda, fuerte, trabajadora y mas limpia que nadie y no una vieja con una pata en el camposanto y te darias con un canto en los dientes si la llegas a ver ahora que esta bien gorda y bien guapa. Se ha puesto un diente de oro y tiene su casa como los chorros de lo mismo y la pretende el Lucas el sobrino de don Ildefonso pero ella no le hace caso porque dice que es un vago y tiene mucha razon. Yo que tu me venia al pueblo que no lo debiste de dejar nunca porque en las capitales todo es engaño y los hombres se vuelven locos y nosotros lo que pensamos es que tu te vas a casar con esa vieja porque te ha engatusado que sera una lagarta. Aqui dice tu madre que todas las mujeres son honradas y que tienen lo que hay que tener y sobre todo la Julia que ya te digo lo que tiene que ademas de la casa tiene buenas fanegas de tierra que le dejo su tio El Jilguero y que es una mujer muy apañada. Dice tu madre que te diga que la Julia sabe poner inyecciones y que no es una bestia como las otras pues recibe el periodico y tiene ya la radio que pide discos dedicados y buena envidia que se pasan los del pueblo. Bueno hijo a ver lo que haces pero con nosotros no cuentes para ese bodorrio. Yo sigo con la apendice que siempre me da guerra pero no quiero operarme pues a mis años si no me muero de una cosa me morire de otra y tu madre esta muy tiesa y muy buena que ella lava todo y que dicen las otras mujeres que vaya correa que tiene. No te decimos mas y te repetimos lo de la Julia que si quieres se casa contigo por la posta y nosotros nos alegrariamos mucho pues ya te digo que es un buen partido y una mujer de una vez. Que te cuides y que no hagas esa locura y que dice tu madre que cuando vaya alguno del pueblo a Madrid te mandara de la matanza que algo queda pero que picadillo ya no hay. Pero para la boda no cuentes con nosotros que dice tu madre que no

valemos para esas cosas y que otra cosa sería si te casaras con la Julia. Muchos besos de tu madre y míos, y recuerdos de la Julia. — *Tu padre*».

Esta carta, sin acentos ni comas, llegó demasiado tarde; Si Rodolfo la hubiera recibido en los primeros momentos de la situación que le plantearon su novia y su patrona, Rodolfo quizá lo hubiera dejado todo para correr a su pueblo derramando lágrimas de alegría. Pero la carta llegó cuando Rodolfo ya encontraba normal lo que iba a hacer, y lo único que consiguieron las tiernas líneas fue hacerle pensar que sus padres tenían muy buena voluntad, pero que no habían comprendido bien la carta que les había escrito. Porque a Rodolfo ya le parecía natural, lógico y sensato lo que iba a hacer. No sólo el aplomo de su novia y de su patrona habían influido en su ánimo día tras día, sino que también personas ajenas al asunto se habían manifestado de acuerdo en que aquella boda no era tan disparatada como a primera vista podía juzgarse. Sáenz, su compañero de trabajo, aquel que tanto se había reído al ofrecerle la solución, al saber que Rodolfo iba a utilizarla, volvió a reírse, sí; pero pronto cortó sus risas para opinar con toda seriedad:

—Pues, mira, chico: yo creo que haces bien. Al fin y al cabo, mejor es eso que quedarte toda la vida a la luna de Valencia. Si tuvieras dinero para pagar un traspaso, no sería lo mismo; pero así, sin una peseta, lo que has encontrado es un chollo...

En cuanto a la vecindad, su reacción fue casi unánime; al principio todos bromeaban, llegando algunos a la burla; pero después, pensando en lo que había de negocio en aquella boda, hasta llegaban a envidiar a Rodolfo. La portera, que había sintetizado la opinión general, paró un día al novio:

—Ya me he enterado, don Rodolfo. Y le digo a usted que hace santamente. Alguno se reirá, pero ahí se las den a usted todas cuando doña Martina, lo que Dios no quiera, se vaya para el otro barrio. Además, que doña Martina tampoco es un carcamal...

Incluso quien menos podía mostrarse dispuesto a aceptar la situación, Carbayo, había llegado una noche a confesarle a Rodolfo:

—Gómez, he pensado mucho en eso. Y ¿sabe lo que le digo? Que hace usted muy bien y que olé su salero. Porque usted no es tonto: usted se casa y se queda con todo. Pero yo, ¿qué va a ser de mí? Si no me marcho ahora, me tendré que marchar cuando muera la vieja; no, no diga nada. Yo soy una persona seria, y no quiero molestar a nadie. Le digo a usted, en confianza, que no me voy mientras dure la proveyta. Ahora, que, eso sí, en cuanto la entregue, usted no se preocupe, que yo me iré. No sé si decirle a usted una cosa, porque me perjudica... Pero, en fin, usted es amigo mío. ¿Sabe lo que haría yo en su lugar, que ojalá estuviera en él? Pues muy sencillo: me casaba y la mataba... A la vieja, sí. Pero dentro de la ley, cuidado. Yo no quiero saber nada con el Código. Mire: yo, apenas casado, cogía a la vieja y empezaba a meterla en juerga, a hacerla trastrocar, a emborracharla, a no dejarla dormir, a darle unos tutes de miedo, a quitarle el resuello, vaya, pero con elegancia. Dos meses duraba. Se

lo digo yo... ¡Ay, si yo fuera usted! Para el verano ya me había quedado con el piso, le ponía en el balcón un letrero: «Ortopedia Carbayo»..., y ¡a hincharme de ganar dinero!

¿Cómo iba a surtir efecto aquella carta después de haber oído Rodolfo todas estas cosas y muchas otras parecidas? No; tenía que caer en el vacío; tenía que resbalar sobre la endurecida epidermis de aquel hijo que, al leerla, aunque se enterneció y recordó a la Julia, sonrió con suficiencia, pensando en lo ignorantes y poco agudos que eran sus padres. Un diente de oro, fanegas de tierra, radio, periódico, bodega, alorín... ¡Bah! Él tenía su empleo, vivía en Madrid, un sitio en el cual, con un poco de suerte, la vida era bastante agradable. Y él, aunque hubiera tardado mucho en darse cuenta, tenía la suerte necesaria. Seguía siendo bastante triste tener que casarse con doña Martina, desde luego; pero había que pensar que apenas muriera la anciana todo se aclararía y él y Petrita empezarían a vivir tranquilos y, quizá, hasta dichosos.

El mismo día que recibió la carta de sus padres, y con el estado de ánimo que queda descrito, Rodolfo iba a comunicar a su jefe que se casaba y que deseaba disfrutar del reglamentario permiso. La idea había sido de Petrita:

—¿Por qué no lo vas a coger? Aunque no te vayas de viaje de novios, no nos vendrán mal unos días de vacaciones. Tú te tomas el permiso, yo no voy a la cerería y nos aprovechamos. ¿No te parece?

Por la noche, cuando Petrita se lo dijo, a Rodolfo le había parecido muy bien. Pero, ya en la oficina, bajo la mirada de su jefe, la cosa no se le antojaba tan agradable. Tendría que explicarle a don Manuel la historia, y... Claro que podía callársela. Pero sería peor: don Manuel había ido a la boda de Fernández, el ordenanza, y también iría a la suya; si en la iglesia se encontraba con la sorpresa de una novia ochentona, con lo recto que era, igual le armaba allí mismo un mitin. Bueno; ¿por qué no iba a decírselo? Al fin y al cabo, don Manuel no iba a darle un piso porque no se casara con doña Martina; recordó Rodolfo la observación que un mes atrás había hecho Petrita, con mucho sentido común.

En el reloj del superfosfato iban a dar las siete. Rodolfo esperó con bastante tranquilidad a que se oyera la silla de Ochoa. Se oyó, y don Manuel, con su asombro de siempre, miró al causante del ruido. Rodolfo tragó saliva y comenzó a hacer como que ordenaba sus papeles.

—Buenas tardes, señores —se despidió Ochoa.

Se oyó el movimiento de los demás, y don Manuel, ya en pleno ataque de asma, se levantó de su silla, mirando a su alrededor enfadadísimo. Se dirigió a Rodolfo:

—¿Qué hace? ¡Váyase, váyase! ¿No ve que son las siete?

Rodolfo abandonó su silla y se acercó a la mesa del jefe:

—Don Manuel...

—¿Qué ocurre?

—Digo que... me voy a casar y...

—¿Cómo? ¿Que se va a casar?

—Sí... El lunes que viene... Y quería decírselo a usted para..., bueno, con el fin de que disponga lo necesario para que..., para que yo tome el permiso...

Don Manuel se agitó más entre las garras del asma:

—Bien, bien... Veamos... Dice usted que el lunes próximo... Bueno; de acuerdo. Le felicito, Gómez. ¿En qué iglesia?...

Rodolfo se restregó las manos:

—Bueno; verá usted. No es una boda normal, ¿sabe? Por esto no hemos hecho invitaciones ni nada de eso...

Don Manuel le miró perplejo:

—¿Cómo, cómo dice?

—Es un poco complicado... Yo tengo novia formal hace mucho tiempo, y, desgraciadamente...

Don Manuel se alarmó:

—¡Ah, un desliz!... ¡Un desliz! ¡Parece mentira, Gómez!

—No; no se trata de lo que usted supone. Lo que pasa es que como no encontrábamos piso, pues la patrona de mi pensión, que es muy anciana...

Y Rodolfo relató a su jefe, puntualmente, todos los extremos del caso. El jefe le escuchaba sorprendidísimo; el bigote le temblaba, movido por el asma. Había cogido entre sus manos una regla de celuloide y la doblaba, nervioso, sin darse cuenta de que la iba a partir de un momento a otro: la partió cuando Rodolfo dió por terminada su información:

—... y por eso, pues, se lo advierto, por si usted cree conveniente no ir a la boda.

La regla hizo ¡clac!, y don Manuel la arrojó al suelo, frenético:

—¡Váyase, váyase de aquí! ¡Monstruo! ¡Monstruo!

Rodolfo quiso defenderse, pero don Manuel no se lo permitió:

—¡Fuera! ¡Qué inmoralidad, qué desvergüenza! ¡Fuera, fuera!

Y Rodolfo se fue.

* * *

Al día siguiente, sin embargo, don Manuel llamó a Rodolfo:

—Gómez, ayer estuve francamente mal. No me di cuenta de lo que decía: estaba obcecado. Comentando el hecho con mi señora, he comprendido después que no tengo por qué reprocharle nada. La vida está muy dura, y hay que luchar por ella. El problema de la vivienda es el problema de la vivienda; tiene usted concedido el permiso, y yo iré a la ceremonia. Perdóneme, Gómez.

VIII

La pequeña comitiva partió del domicilio de la novia y del novio en un coche alquilado al efecto, al cual fue necesario quitar los lacitos y las guirnaldas que la Empresa le había colocado en el parabrisas, en las ventanillas, en las manivelas de las puertas. Iban en el automóvil Rodolfo, vestido de azul marino y de estreno; doña Martina, empaquetada en un traje negro, también nuevo, y llevando entre las manos su ramo de azahar, al cual no había querido renunciar ni a la de tres; don Dimas Carbayo, que al final había accedido a ser el padrino, y doña Consolación, que haría de madrina.

Doña Martina estaba alegre y acaso un tanto emocionada. Al arrancar el coche se había puesto a hablar, y ya no lo había dejado:

—¡Ay Señor, con lo que a mí me hubiera ilusionado esto hace cincuenta años! Bueno; no crean que si no me casé fue por falta de novios. Así, así los tuve —arracimó sus dedos expresivamente—. Pero estaba mi pobre hermana, que Dios la tenga en su gloria, y, claro, ¿cómo iba a casarme y a dejarla sola? Pero ya ven ustedes lo que son las cosas... ¡Quién me iba a decir a mí que a estas alturas...! Y no con un viejecito lleno de toses y de flemas, no. Porque las cosas como son: Rodolfo es un tipazo y un hombre cabal. ¿Verdad, doña Consolación? ¡Ah!, yo, de no tratarse de don Rodolfo, ni hablar. Ya se me ha escapado otra vez; no consigo acostumbrarme a quitarle, por lo menos, el don... Y ¿saben ustedes una cosa? A él le pasa lo mismo. ¿Verdad, Rodolfo? Es natural; ya saben ustedes que no se trata precisamente de unos niños sin sentido. Y, sin embargo, yo creo que tengo un poco de ilusión. Esta mañana, mientras me vestía, el corazón se me ha alborotado. Soy una tonta, ya lo sé; pero ¿qué le voy a hacer? Yo, de espíritu, siempre he sido una chiquilla...

Rodolfo, hundido en el asiento, empezaba a sentirse desgraciado otra vez. Porque todo su aplomo y todas las justificaciones que hasta entonces le habían sostenido desaparecían ante la inminencia de la boda. ¡Qué papel! ¿Habría mucha gente? Quizá no; eran las ocho de la mañana —había conseguido adelantar la ceremonia una hora—, y todo el mundo estaría en la cama o trabajando, claro. Pero, a pesar de todo, alguien estaría allí, esperando, aguardando su llegada para correrse a su costa la gran juerga. ¿Gritarían «Vivan los novios»? Todo podía suceder; la gente era mala, eso por descontado, y no se iba a perder una ocasión como aquélla. Claro que sería poco rato. Miró a Carbayo, que iba sentado en un transportín; recordaba lo que había dicho el que iba a ser su padrino: aquello de la cencerrada. Rodolfo las había oído en su pueblo, cuando se casaban unos viudos, y sabía que era algo sangriento, terrible, estremecedor. En su pueblo algunas habían durado días y días; parecía como si los vecinos se relevaran en la tarea de agitar cencerros, de golpear tambores, de sacudir chapas, de producir aquel estruendo horroroso. Bueno; en Madrid no sería lo mismo,

se esforzó en asegurarse a sí mismo, a la vez que se aflojaba el cuello de la camisa...

El coche frenó ante la iglesia, y Rodolfo miró por la ventanilla; cuando aún no había visto nada, un clamor enorme le hizo dar un bote en el asiento: ante el templo, una muchedumbre les vitoreaba, agitando los pañuelos, dando saltos mortales. Gimió:

—¿Lo ven, lo ven?

Sí; todos lo veían. Carbayo se pasó el pañuelo por la frente:

—Yo creo que..., a lo mejor, suspendiéndolo..., aplazándolo...

Doña Consolación censuraba:

—¡Qué poca delicadeza, Señor! Parece mentira que haya gentes así...

Todos volvieron la mirada hacia doña Martina, que, estirada en el asiento, miraba hacia afuera:

—Bueno; con esto ya contábamos, ¿no? La gente es así de mal educada...

Paciencia.

Y se dispuso a bajar.

Rodolfo tuvo que admirar el temple de aquella señora, pero no por ello se sintió consolado. Al descender, apremió:

—¡De prisa, de prisa!

Surcaron la multitud, que les apretaba el cerco, que les dirigía frases de ánimo, de burla, de desprecio:

—¡Mírala, mírala! ¡Si es una abuela! ¡Viva la novia!

—¡Adelante, muchachos! ¡No tembléis!

—¡Ya verás a la noche, fantasma!

—¡Cuidado, señora, no se vaya usted a caer!

—Sí; ¡que a esas edades las caídas son muy malas!

—¡Fuera, fuera!

—Vas a por el dinerito de la vieja, ¿eh?

Y otras que no son del caso transcribir.

Afortunadamente, entraron en el templo cuando una mujer desgreñada y sucia se esforzaba en llamar la atención de la muchedumbre hacia el azahar de doña Martina. Allí, dentro, estaba Petrita, sofocadísima, medio escondida. Y junto a ella, Sáenz, don Manuel, doña Candelas, la portera de la casa de doña Martina y dos o tres vecinas dispuestas a no perderse el espectáculo.

Rodolfo se fue hacia su novia:

—¡La que has armado!

Ella no tuvo el valor de defenderse; se disculpó:

—Bueno, hombre... Eso se pasa en seguida...

Sáenz se acercó a la pareja y cogió del brazo a Rodolfo:

—Oye, yo creo que debíamos llamar a algún guardia.

—¿Guardias? —preguntó Rodolfo.

—Sí, hombre. Imagínate lo que va a ser eso a la salida, que ya se habrá parado ahí hasta el último gato.

Petrita le rechazó:

—Deje, deje... No lo asuste. Y tú, Rodolfo, no le hagas caso; total, son diez metros hasta el coche. Anda, Rodolfo, no te preocupes. Es cosa de un momento...

Rodolfo sudaba. Miró hacia el grupo formado alrededor de doña Martina: doña Consolación y doña Candelas, las vecinas y la portera la escuchaban, dándole la razón a coro:

—... No lo entiendo; ni que fuera un carcamal... Además, ¿es que no saben de qué se trata? ¡Parece mentira! Cada día hay menos vergüenza y menos dignidad. En mis tiempos no pasaban estas cosas...

Rodolfo sintió en el entrecejo la mirada de alguien: era don Manuel, que no le quitaba ojo. Se acercó:

—Buenos días, don Manuel... Ya ve usted...

—Buenos días. Sí; un espectáculo deplorable... ¿Quiere presentarme a..., a..., sí, por qué no, a la novia, quiero decir?

—Sí, don Manuel, sí... Doña Martina..., Martina... Oiga, por favor; es mi jefe, don Manuel... Y aquí, doña..., bien, Martina Rupérez.

—Mucho gusto, señora. Una encomiable acción la suya, señora. Una encomiable acción... Pero no se ha hecho la miel para la boca del asno; ya ve usted, ya ve usted qué gente...

—Dígame usted a mí, caballero... De eso estábamos hablando: no hay derecho, no hay derecho...

Se acercó el sacristán:

—Cuando ustedes quieran...

Se encaminaron al altar de San Antonio; era el que había escogido doña Martina. Y comenzó la ceremonia.

Rodolfo, preocupado en seguir los rumores que le llegaban de atrás, no se enteraba de nada. Oía pasos y más pasos, y voces sofocadas, y movimiento de bancos, y sentía en la nuca las miradas de millones de personas. Debían de estar entrando por docenas, amontonándose por todas partes, taponando la salida. ¡Qué situación! Y ella, la doña Martina del demonio, tan seria, tan bien dispuesta a pasar por todo con tal de que salieran de allí, si salían, convertidos en marido y mujer. Rodolfo recordó las preocupaciones que en los últimos días les habían asaltado tanto a Petrita como a él: la vieja, a cada paso, salía con un nuevo capricho que no se podía transformar en nada bueno. Y menos mal que la habían disuadido de hacer un viaje de luna de miel, porque estaba empeñada en ello. «No se trata de una luna de miel precisamente —había dicho—, sino de un viaje, de unas vacacioncitas, aprovechando la ocasión. Hasta ahora no he salido de casa, por miedo, claro. Imagínense ustedes: le pasa a una algo por el camino, sola y sin arrimo de nadie... Pero ahora es distinto: Rodolfo vendría conmigo». Habían logrado quitarle de la cabeza la peregrina idea, pero había quedado flotando en el aire la incógnita. ¿Pretendería aquella señora ir de veraneo, o algo parecido, con él? Petrita estaba muy segura de dominarla, pero

Rodolfo no lo veía tan fácil. Claro que Petrita había hecho bien disuadiéndolo de que aclararan, antes de nada, las intenciones de doña Martina: «No; ahora hay que dejarla. Si empezamos a ponerle peros, igual dice que no se casa. Luego, luego me las arreglaré yo con ella», había dicho Petrita. Pues bien: ya se estaba celebrando la boda, y, sin embargo, Rodolfo seguía temiendo que quien se arreglara con ellos fuera doña Martina. Aquella vieja era una plaga, y cada vez estaba más convencido de que, interviniendo ella, nada saldría bien. No se moriría nunca, amontonaría años y años sobre su pellejo, les sobreviviría. Y, por si el panorama fuera poco esperanzador, allí, detrás, la multitud rugía. Rodolfo se secó el sudor con el dorso de la manga disimuladamente. Pero doña Martina le vió, y su cabeza se movió en un ademán de reprensión, a la vez que le indicaba que se levantara.

Había llegado el momento terrible. Rodolfo pensó en decir «no» y echar a correr. Pero ¿qué adelantaba? El mal rato ya lo estaba pasando, y lo pasaría aún peor si no decía que sí. Se levantó y oyó el arrastrar de pies que se acercaban aún más, los pies de gentes que no querían perderse aquel momento culminante...

Dijo «sí» y puso un anillo en un dedo de doña Martina, y repitió lo que tenía que repetir e hizo lo que no tenía más remedio que hacer.

* * *

Terminada la ceremonia, vino algo peor.

Doña Consolación, doña Candelas, las vecinas, la portera, mujeres desconocidas, se abalanzaron sobre doña Martina e hicieron fila para besarla. En cuanto a Rodolfo, durante diez minutos no hizo otra cosa que estrechar manos, recibir palmadas, decir gracias... Gracias a don Manuel, a Sáenz, a los otros compañeros de la oficina, que ya estaban allí, rojos por el esfuerzo que estaban haciendo para no estallar en carcajadas; gracias a Carbayo, que había salido de su pasividad y se había puesto a hablar por los codos; gracias a toda aquella caterva de miserables que se le aproximaban para disfrutar, para gozar de su amargura.

La salida se hizo muy difícil: la gente obstaculizaba las puertas. Pero detrás de las puertas aún había algo peor todavía: la plebe, la gentuza... Gritando, cantando, saltando, riendo, empujando...

—¡Vivan los novios!

—¡Vivan, vivan, vivan!

—¡Viva la novia!

—¡Viva!

—¡A la noche será lo bueno!

—¡Olé los tíos machos!

—¡Olé!

—¡Cuidado, joven, a ver si la rompe usted!

Rodolfo sufría, Rodolfo luchaba, Rodolfo quería morirse. Toda la ordinariez

estaba allí; toda la bazofia del mundo, entretenida en mancharlo con sus bromas y con sus sañudos ataques.

Un fotógrafo dijo:

—¡Déjenme trabajar! ¡Fuera, fuera!

Y las gentes hicieron corro alrededor de los novios y de los padrinos. Rodolfo se sintió desnudo, avergonzado. Quiso aprovechar aquel claro para llegar al coche, pero unos brazos le sujetaron, implacables:

—¡Si es para recuerdo, hombre!

Buscó con la mirada a Petrita: Petrita había desaparecido. ¡Infame! Después de haberle embarcado en aquello ahora escurría el bulto.

El fotógrafo disparó, por fin. Y la masa se arremolinó en torno a los recién casados; las mujeres arrebataron a doña Martina el azahar.

Rodolfo buscaba el coche con la mirada por encima de las cabezas de la multitud. De pronto se puso a su lado un tipo con una trompeta, un sujeto que se ganaba la vida acudiendo a las bodas y amenazando con interpretar una pieza. Se llevó el instrumento a la boca, sopló y el aire se llenó con los compases de *La casita de papel*, que era lo que tocaba siempre. Y la gente, unánime, empezó a cantar:

*Encima las montañas tengo un nido...
que nadie, emmm..., emm..., como él...
Allí podrás saber lo que es el cielo...
viviendo en mi casita de papel...*

El coche arrancó, pero diez minutos después todavía resonaba en el cráneo de Rodolfo aquel calderón interminable:

De papeeeeeeeeeeeeeeeel...

La gente tenía razón: de papel.

SEGUNDA PARTE

I

Rodolfo paseaba por la calle de Arturo Soria. Llevaba entre las manos un envoltorio que recordaba a los de las pastelerías, y procurando no aplastarlo, iba y venía desde «El Cortijo» a «Samba», los dos cabarets que, medio escondidos entre las ya amarillas hojas de los árboles, esperaban silenciosos la llegada de la noche. Un vientecillo fresco alborotaba el canoso cabello de Rodolfo y, por oleadas, le llevaba hasta los oídos la música de los discos que allí abajo, en «La Casuca», sonaban sin descanso. Hasta sus toldos llegaban los chalecitos que salpicaban las tierras de labor, y detrás, casi aplastándolos, comenzaban a elevarse los enormes bloques industriales y residenciales que, como avanzadas de la ciudad, se adentraban en aquel campo destinado a desaparecer. Al fondo, dorado por la luz del atardecer otoñal, Madrid extendía su silueta interminable coronada por oscuras manchas de humo.

¿Por dónde llegaría Petrita?

No lo sabía, y por eso paseaba vigilando la parada del autobús 9 y los andurriales que tenía que atravesar si venía en el tranvía 40.

Se acababa el otoño, pero la tarde era suave y templada. ¿Qué harían cuando empezara a llover, a hacer frío? Ya no podrían sentarse en aquellos merenderos abiertos al aire libre, en los cuales podían reunirse sin temor a que nadie les fuera a descubrir y a ponerlo en conocimiento de Martina. Bueno; ya encontrarían otra solución. ¿Qué habían hecho el invierno anterior? Sí; verse en el cine Quevedo. Volverían a hacerlo; lo importante era impedirle a la vieja que tuviera motivos para amenazarles con pedir la anulación del matrimonio. «Yo, como el matrimonio está sin consumir, y lo puedo demostrar aunque haya rufianes que piensen otra cosa, pido la anulación y me quedo tan tranquila». Sonrió con tristeza Rodolfo al recordar aquella frase de Martina, repetida tantísimas veces, siempre que se levantaba de mal genio, siempre que se enteraba de que él y Petrita se habían visto en la calle, siempre que necesitaba esgrimir un argumento para imponer su voluntad. Buena la habían hecho con aquella boda...

Se detuvo, entornando los ojos y mirando hacia abajo: parecía Petrita. Sí, era Petrita, que remontaba la pendiente escasamente cubierta por aquellos raquíticos pinos. Rodolfo fue a su encuentro, en alto el paquete que dificultaba sus movimientos, sorteando las ovejas que trataban de pacer en los hierbajos:

—¡Hola!...

Ella llegaba sudorosa, cansada:

—¡Maldito tranvía! Venía hasta los topes... Y, para colmo, un hombre se ha debido de matar... Iba colgado, y en López de Hoyos se ha estampado contra un poste... Vengo mala...

—¡Vaya por Dios! —comentó Rodolfo, fastidiado.

La música de «La Casuca» les llegó clara y potente:

«La Pinta... La Niña... Y la Santa María...».

Rodolfo, mientras Petrita sacudía sus zapatos para quitar de ellos las piedrecitas que se habían colado dentro en su breve caminar por el campo, tuvo una idea: ¿por qué no entraban en la cafetería aquella? Se podía bailar, y no era un sitio demasiado caro, porque recordaba haber ido alguna vez a merendar allí, hacía muchos años, desde luego. ¿Habrían subido mucho los precios? Bueno; un día era un día. Además, si Martina no sospechaba en qué se había gastado el dinero, ni siquiera le diría nada.

—Oye, Petrita...

Ella levantó la cabeza, apoyándose al mismo tiempo en él para calzarse. ¡Qué vieja estaba, Señor! Tenía el pelo lleno de canas, y bajo los ojos, unas bolsas violáceas. Y arrugas, demasiadas arrugas: en el rostro, en el cuello, incluso allí, en el nacimiento del pecho, que Rodolfo podía ver al despegarse el escote de la carne. Pobre Petrita...

—¿Quieres que merendemos ahí, en «La Casuca»?

Ella, ya erguida, le miró con un leve asomo de sorpresa:

—¿Por qué?

—¿Lo ves? Ni te acuerdas... Ayer fué mi cumpleaños.

Una oveja acercó su húmedo morro a las piernas de Rodolfo, y éste le sacudió un puntapié.

—Cuarenta y tres, ¿verdad?

—Sí, Petrita. Cuarenta y tres.

Ella volvió a descalzarse; murmuró:

—No sé si decirte que muchas felicidades o si darte el pésame, Rodolfo.

Él trató de animarla:

—Bueno; tampoco es para ponerse así... Anda, vamos ahí dentro. Luego refrescará y en el merendero no se podrá estar. Además, hay que celebrarlo.

La cogió del brazo y la obligó a andar. Ella preguntó:

—¿Qué traes? ¿Qué es eso?

—Un pedazo de tarta; ella la hizo ayer. Pude guardar esto para ti...

Petrita miró al envoltorio con desprecio:

—Me sentará mal, seguro.

—¡Bah!, no seas tonta. Está muy buena. Mira: es mejor que te la comas antes de entrar; a lo mejor les parece mal que se lleven cosas de fuera...

Deshizo el paquete y puso en las manos de Petrita un gran triángulo de bizcocho y mantequilla. Cuando se metió en la boca el primer pedazo, ella dijo:

—Se ha enamorado de ti, no hay más que verlo. Y eso es lo que nos ha amolado.

Se comió la tarta apresuradamente, pues ya llegaban a las puertas de la cafetería. La música, ahora, se oía perfectamente. Una voz de mujer cantaba:

No olvidaré jamás

el beso aquel que te di...

Petrita ya había terminado de comer, y Rodolfo le dio su pañuelo para que se limpiara. Entraron y dudaron antes de seguir avanzando: a la izquierda se oía jugar a los bolos; a la derecha, bajo los árboles rumorosos y dorados, se extendían sillas y mesas rodeando una pista desierta. Había poca gente: cuatro o cinco parejas de gente jovencísima, todas muy amarteladas. Petrita comentó:

—Me parece que no vamos a hacer juego con ellos, Rodolfo...

Él se encogió de hombros y la llevó hasta una mesa arrinconada:

—Anda, siéntate aquí.

Una camarera les ofreció la carta. Rodolfo pidió *sandwichs* de jamón y cerveza para los dos.

—Oye, Rodolfo: estuvimos aquí una vez, ¿verdad?

—Sí; con otros que no me acuerdo quiénes eran.

Petrita se entristeció:

—¡Cómo pasa el tiempo! Va a hacer seis años que...

—Sí; en mayo, Petrita. Yo te lo dije, pero tú no me hiciste caso. Y ahora...

—Y ¿qué íbamos a hacer, Rodolfo? Pero ¡cuándo se morirá, Dios mío! A ver si este invierno...

Rodolfo movió la cabeza, desalentado:

—No, Petrita; no confíes. Lo mismo dijimos el año pasado, y el anterior, y el otro... Y así hasta cinco.

Petrita tuvo que reconocer que era verdad:

—Sí... «Como un pajarito se va a quedar», decíamos cuando tuvo la bronquitis. ¡Como un pajarito! ¡Si es una tortuga, Virgen Santa! ¿Por qué no le dará una congestión cerebral o algo así?

Rodolfo se alarmó:

—No, no; eso, no. Que igual se queda paralítica y me hace llevarla en la silla de ruedas. ¡Qué perra ha cogido con eso, madre mía! Yo creo que hasta le gustaría quedarse baldada para que tuviera que llevarla por ahí como si fuera un organillo...

La camarera dejó sobre la mesa el servicio. Petrita atacó con ganas su plato. Habló con la boca llena:

—¿Te acuerdas? Antes tenía miedo de engordar... Pero ahora, como ya me da igual... No se va a morir nunca. ¿Para qué me voy a sacrificar?

Comieron en silencio, escuchando los discos. Luego Rodolfo preguntó a Petrita:

—¿Y tu hermana? ¿Ha vuelto a gruñir?

—No; ahora está tranquila. Lo malo empezará cuando avance su embarazo; entonces es cuando no hay quien la aguante. Yo no sé cuándo va a dejar de tener niños... ¡Nueve y lo que venga! En cambio, nosotros... Cuando ella se muera ya no podré tener hijos, ya lo verás.

Dejó el tenedor en el plato. Su frente se había ensombrecido. Durante un rato no

dijo nada, mirando con ojos tristes hacia las dos parejas que bailaban en la pista, arrancándose con los dientes los pellejitos que se le despegaban de los labios. Cuando el disco terminó, confesó:

—Hicimos mal, Rodolfo. Tienes tú razón.

—Ahora te das cuenta, cuando ya no tiene remedio. Anda, anda, termina eso y no pienses más. Al fin y al cabo, algún día se morirá. Más motivos tengo yo para quejarme; mira en lo que he terminado: en una criada de servir. No hay manera de resistirse, ¡maldita sea su estampa!, cuando empieza con que le duele la pierna y con que yo, que soy tan bueno, tengo que hacer la colada si no quiero que pida la anulación del matrimonio. Y como yo te tengo a ti más miedo que a ella, porque ésa es la verdad, pues ahí me tienes, tendiendo sus bragas...

Petrita le cogió una mano, casi en un gesto de caricia, y le miró a los ojos, compadeciéndolo, identificándose con él.

La música sonaba, dulce, sentimental, peligrosa. Rodolfo le quitó a Petrita las legañitas y volvió a pensar en lo que había cambiado aquella mujer: todo lo que antes era en ella dureza, afán de dominio, aplomo y seguridad en sí misma, ahora se había transformado en una tristeza melancólica; Martina, con su tenaz y solapada suavidad, la había vencido. A ella como a él... ¡Buen par de desgraciados estaban hechos los dos! Porque él tampoco era manco; si Petrita había llegado a resignarse porque aquella esperanza de llegar a ocupar el piso origen de sus malandanzas seguía viva en su corazón, él estaba en el mismo caso, pero por distintos y más vergonzosos motivos... ¿Para qué ocultarse que si lavaba la ropa, que si bañaba la pierna de la vieja, que si la aguantaba manso y paciente era porque también encontraba sus compensaciones? La vieja chocha debía de sentir por él algo parecido a lo que sospechaba Petrita, y no sólo le había redimido de las albóndigas, que ahora se habían quedado para Carbayo, sino que le hacía trajes, le compraba camisas, le daba dinero para que lo gastara en la calle. «Un hombre debe salir de su casa como un señor, como un caballero, y no le debe faltar nunca un duro en el bolsillo». Así razonaba Martina, muy seria.

No quiso sentirse miserable una vez más, y espantó sus pensamientos:

—¿Quieres que echemos un baile? —preguntó a Petrita, que seguía mirándole.

Ya había anochecido; sobre la pista, mucho más animada, brillaban entre las hojas de los árboles unas débiles bombillas.

—Igual se me ha olvidado ya... —temió, sarcástica, Petrita.

Se enlazaron en el borde de la alisada placa de cemento y comenzaron a bailar sin ganas.

Los altavoces derramaban sobre la pista una melodía de ritmo muy lento, una de esas músicas escritas para que todos aquellos que tienen entre las sienas aunque sólo sea una pizca de ingenuidad sin estrenar, crean, mecidos por las falaces notas, que el amor es una aventura maravillosa y eterna, y que no importa nada que no sea sentir el acuciante e irrefrenable y delicioso anhelo de fundirse con determinada persona de

distinto sexo, de intercambiar con ella la temperatura, el aliento, la vida misma; que todo lo que no sea amar son ganas de perder el tiempo, lo mismo si se trata de hacerse perito agrónomo que de conseguir el título de farmacéutica; exactamente igual, si se piensa en lo caro que está todo, que si se reflexiona un poco sobre el egoísmo de las potencias extranjeras...

Las parejas que bailaban alrededor de Petrita y Rodolfo parecían tener todas sus correspondientes porciones de ingenuidad fresca, virginal, y algunas debían ser potentadas en tal elemento enloquecedor; pero Petrita y Rodolfo, en lo relativo a ingenuidad, estaban en la mayor miseria.

Ella, Petrita, intuía de alguna manera todo esto, pues, mirando a los jóvenes bailarines por encima del hombro de Rodolfo, envidiaba ferozmente a aquellas muchachas de limpio cutis, de ojos brillantes y gráciles movimientos, capaces de bailar sonriendo gloriosamente, con las caras apretadas contra las de sus parejas, respirando anhelantes y dichosas. Al lado de aquellas criaturas se sentía mucho más vieja, mucho más terminada, mucho más perdida irremediabilmente en su existencia oscura, agria, carente de ilusiones. Y al mismo tiempo, junto a la envidia y a la amargura, había en su ánimo algo muy parecido a la compasión, porque necesitaba creer que muchas de aquellas chicas correrían su misma o parecida suerte... Comenzó a llorar, sin sollozos, por ella y por las otras, por todas las mujeres que venían al mundo para irse amustiando sin remedio. Escondió la cabeza en el hombro de Rodolfo, y él supuso que el gesto era un alarde de cariño. Él también había mirado a aquellos casi adolescentes, bien vestidos, llenos de salud y de vida, afortunados poseedores de unas muchachas acabadas de llegar al mundo. Y había envidiado su suerte, comparando los talles, los cuerpos de sus enamoradas con la masa de manteca que él llevaba entre los brazos; Petrita había perdido la cintura hacía ya demasiado tiempo, y la grasa prolongaba sus senos por debajo de los brazos hasta la espalda. Sí; tenía suerte aquel atajo de imbéciles, había reconocido. Allí estaban, encantados de la vida y convencidos de que todo era Jauja, bailando muy apretaditos, repartiendo besitos sobre los poros de las mejillas, ¡y qué mejillas!, de sus chicas. Y, además, seguro que tenían dinero. Dinero y...

Entonces advirtió que Petrita lloraba; ella había sollozado, incapaz de seguir soltando sus lágrimas quedamente. La obligó a levantar la mirada:

—¿Qué te pasa?

—Nada, Rodolfo; nada.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, no...

Los sollozos la sacudieron, y Rodolfo la sacó de la pista:

—Anda, siéntate, que voy a pagar, y nos vamos.

Salieron a la carretera y se detuvieron apartados de la parada del tranvía. Rodolfo masculló:

—Para un día que está uno un poco animado...

Ella, hipando, se defendió:

—Y ¿qué quieres que haga? Tengo que llorar. Y no ahora, sino a cada paso... ¡Si supieras lo que son mis noches!

Áspero, él convino:

—Sí, sí; ya lo sé... Me lo has dicho mil veces.

Petrita continuó:

—¿Cómo no voy a llorar? Tú no te das cuenta de...

Él se echó las manos a la cabeza:

—¿Que no me doy cuenta? Bueno; entonces, ¿yo qué soy? ¡Que no me doy cuenta! ¿Tú crees que a mí me gusta vivir así escondiéndonos, soportando los caprichos y las manías de ella?

El tranvía llegó. Subieron y ocuparon dos asientos libres en la fila de los unipersonales, él detrás de ella. Cuando se pusieron en marcha, Rodolfo, irritado, pensó que a veces se encontraba mejor en su casa que fuera de ella.

II

Al día siguiente, después de haber acompañado a su esposa en la misa dominical, Rodolfo se había ido a casa a hacer la colada, mientras la anciana se había quedado de cháchara un ratito con las nuevas amigas que, muertas doña Consolación y doña Candelas, se había buscado para hablar de sus cosas.

Mientras Rodolfo lavaba, Carbayo reparaba un braguero:

—Hay que ver la fuerza que tienen las hernias... Mire usted, mire usted qué destrozos. Y como lo vendí garantizado, pues ahora aquí está Dimas teniendo que arreglarlo.

Carbayo ya se había habituado al espectáculo que ofrecía Rodolfo en su papel de ama de casa, y ya ni siquiera se extrañaba de verlo frotando la ropa, tendiéndola, barriendo o sacando la cera en el comedor.

—No le deseo a nadie una hernia —siguió—: es una cosa mala; yo, nada más de pensarlo, me pongo malo. Además, que le dobla a uno. Ya ve usted, una cosita que parece que no tiene importancia...

Rodolfo le oía sin prestarle atención, ocupadísimo en quitar de los puños de sus camisas la suciedad; doña Martina no sólo había conseguido convencerlo de que debía lavar él, sino que, después de terminada la faena, pasaba revista a las prendas, y si alguna no estaba todo lo «esclarecida» —así decía ella— que debía estar, le obligaba a lavarla de nuevo. Carbayo continuó con su monólogo:

—Y, ya que hablamos de hernias, ¿sabe usted lo que he puesto en la quiniela de hoy? ¡Le he dado perdedor al Madrid, que es un equipo de herniados! Mucho estadio, mucho superfenómeno y mucho cuento, y luego no saben buscar el gol. ¡Si usted hubiera visto el fútbol de antes! Aquello era jugar: cada jugador se partía el pecho por ganar, sin exigir dinero, sin darse importancia y sin preocuparse de las lesiones. Ahora todo ha cambiado, Gómez. Y ¿sabe usted por qué? Porque no hay afición.

El cuello de las camisas era lo más difícil de lavar; era inverosímil la capacidad de penetración del sudor y de la grasa. Rodolfo frotaba y refrotaba, y nada. ¿Cómo demonios se las arreglaría doña Martina, cuando lavaba, para dejarlos blancos? ¿O le engañaba? Le hubiera gustado recordar cómo le entregaba las camisas.

—... un dos; al Atlético, un dos. Esos, esos vascos sí que saben lo que es el fútbol. Todos de Bilbao; ni uno de fuera. Y ahí los tiene usted, siempre arriba. Y cuanto más difícil es el partido, más se crecen. ¡Maldito braguero! ¿Quién me metería a mí a garantizarlo? Además, estoy haciendo una chapuza, y se va a notar mucho el arreglo. ¿No tiene usted una lezna, Gómez?

Bueno; ya había salido la basura, menos mal. Ahora tenía que empezar con la ropa de doña Martina. Que tampoco era menudo el lío; con aquello de que era muy delicada, doña Martina se enfadaba horrores si observaba en ella el menor desgarrón.

Y, nada, que no había manera de convencer a la vieja de que llamara a una asistenta: «No, hijo, no. Mejor es ahorrar. ¿No te das cuenta de que al final va a ser todo para ti? Además, las asistentas roban todo lo que pueden; nos dejaban desmantelado el piso en dos días».

—Gómez ¿qué le pasa?

—¿Eh?

—Que si tiene usted una lezna...

—No... Creo que no.

—Vaya, hombre...

Y entonces sucedió lo inesperado, lo que nadie podía suponer; llamaron aporreando a la puerta:

—¡Don Rodolfo, don Rodolfo!...

—Voy, ya voy... ¿Quiere usted abrir, Carbayo? Tengo las manos mojadas...

—Sí; ya voy.

Abrió; un sujeto esperaba acompañado por la portera:

—¿No está don Rodolfo? ¡Ay don Dimas, qué desgracia!

—Pero...

—¿Qué pasa? —salió Rodolfo. El desconocido informó:

—Doña Martina Rupérez vive aquí, ¿no?

—Sí...

—¿El marido no está?

—Soy yo...

El desconocido manifestó cierta sorpresa:

—¿Usted? Bueno, bueno... Pues la tiene usted con una pierna rota... En la Clínica de la Asunción... El fémur...

* * *

Apenas le enyesaron el miembro fracturado, que era precisamente el que llevaba siempre envuelto en las toallas, la trasladaron a su domicilio. La acompañaba Rodolfo, que no se había separado de su lado, y que tenía que hacer auténticos esfuerzos para no lanzarse a gritar todo el júbilo que le colmaba el pecho. Porque el médico le había dicho:

—Es grave; a su edad, estas fracturas tienen siempre un final funesto. Vaya usted haciéndose a la idea, señor...

¿Que se fuera haciendo a la idea? ¡Ya estaba hecho! ¡Por fin, Señor! Y, por si era poca esta alegría, la otra: ¡ya no tenía que preparar el cocimiento! ¡El yeso le había redimido de la penosa servidumbre!

Como doña Martina, después de quedar depositada en su cama, siguió sumida en aquella especie de desmayo del que todavía no se había recobrado, Rodolfo pudo avisar personalmente a Petrita. Ésta emocionada, se empeñó en ir a la casa, a aquel

piso que, de repente y cuando menos lo esperaba, empezaba a querer ser suyo, «su pisito». Encantado de la vida —aquel domingo todo le salía bien—, Rodolfo le encargó que terminara de lavar la ropa.

Cuando la anciana volvió en sí, alrededor de su cama estaban Rodolfo, Carbayo y Petrita. Carbayo decía en aquel momento:

—... yo espero que tengan ustedes un poco de consideración; voy a empezar a buscar desde mañana mismo, pero ya saben que esto no es fácil.

Petrita, que fue la que advirtió los síntomas de vida que daba la vieja, le hizo callar:

—¡Chist!...

Doña Martina gimió:

—¡Ay..., ay!... ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

—Soy yo, doña Martina... Soy yo, Martina... —se le acercó Rodolfo.

—Rodolfo, Rodolfo... ¿Qué me ha pasado?

—Nada, nada... Tranquilidad... Ha tenido usted un accidente.

—¿Accidente? ¿Yo?

Empezó a recordar. Los ojos, hundidos en las cuencas, se le asustaron:

—Sí... Sí... La bicicleta... La bicicleta... ¿Qué me ha pasado?

—Nada; no tiene importancia... Dos días en la cama, y ya está.

La vieja calló, concentrándose, intentando descubrir si tenía alguna lesión. Metió las manos bajo la ropa y, tras unos tanteos, llegó a la escayola:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

—Es para que se cure antes... Usted, tranquila.

Se acercó Carbayo, casi solícito:

—¿Qué tal va eso, doña Martina? Nada; un susto y nada más que un susto, ¿verdad?

—¿Me..., me... he roto la pierna?

Rodolfo continuó, piadoso:

—Sí; pero sólo un poco. Ha dicho el medico que es cuestión de días. ¡Hala, a tranquilizarse, a tranquilizarse! ¿Quiere algo?

La anciana le miró llena de terror:

—¡Mi..., mi pierna! ¡Me moriré!

Intervino Petrita:

—No hable usted de eso, señora. No tiene ninguna gravedad.

La vieja pareció reanimarse:

—¿Qué hace, qué hace aquí? ¡Sí, sí me voy a morir! Y usted, Rodolfo, ¡me la mete en casa! ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Qué pensará la gente, Dios mío! ¡Salvajes! ¡No tengan tanta prisa, salvajes! ¡Un médico, que venga un médico! ¡Que venga don Alfredo!

Rodolfo retiró a Petrita de la cabecera:

—Pero no se ponga así, Martina... Ya le han escayolado, y no hay nada que

temer. Ahora bien: si quiere que venga don Alfredo, se le avisa a don Alfredo. Petrita, ve a buscarle... Es en...

Y no pudo darle la dirección, aquella dirección a la que tantas veces en los cinco años había llevado a doña Martina. Porque la anciana, excitadísima, chilló:

—No; ella, no... ¡Ella, no, que llamará al sepulturero! ¡Que se vaya de esta casa, que se vaya!

Salieron los dos, Rodolfo y Petrita.

En la escalera, ésta se apresuró a decir, malhumorada:

—Me parece a mí que tiene cuerda para rato...

—Pues el médico no se ha andado por las ramas: ha dicho que es casi inevitable.

—Dios lo quiera, porque como siga viva y me dé otro día un desplante como el de hace un momento, le rompo la cabeza. Di que una tiene su conciencia, que si no, sin mirar que estaba moribunda, se acuerda de mí la tía cochina...

* * *

Don Alfredo reconoció a la accidentada escrupulosamente; por primera vez, aquel santo varón, más paciente que Job, encontraba en doña Martina motivos suficientes para examinarla.

Cuando terminó, ella le exigió:

—Dígame, dígame, doctor: ¿cómo estoy?

El médico, prudente, le mintió:

—No se preocupe; la fractura ha sido reducida, y por lo demás, no hay cuidado. A descansar, a comer y a entretenerse con cualquier cosa, sin pensar en tonterías.

Luego, en el comedor, se había mostrado muy pesimista ante Rodolfo y Carbayo:

—No me gusta, no me gusta... A los viejos no se les debía atropellar; ni con bicicletas ni con otro ningún vehículo. Porque apenas hay fractura, están perdidos la mayor parte de las veces. Y ésta es de fémur, lo cual complica la cosa; y, por otra parte, doña Martina no tiene reservas. En cuanto la vean ustedes mal, llamen al confesor.

Al marcharse el médico, Carbayo invitó a Rodolfo:

—Vamos a tomar una copa; tiene usted que celebrarlo, Gómez:

Pero ya sonaba la vocecita de la anciana:

—Rodolfo..., Rodolfo..., ¿qué hace?

—No puedo dejarla sola, Carbayo; es un caso de conciencia.

Y se dirigió al dormitorio:

—Ya voy, ya voy... Estaba despidiendo al médico... ¿Qué quiere?

—Teodoro, que venga Teodoro...

Rodolfo lo buscó por toda la casa y lo encontró tumbado en la carbonera. Pudo cazarlo, y lo llevó a la habitación:

—Aquí está...

—Déme, déme... ¡Ay *Teodoro*, que la amita está muy mala!... Ya no te caerás nunca al cocimiento, rey mío... Mire, Rodolfo: a pesar de todo, ahora estoy más tranquila. Yo tengo mucha confianza en don Alfredo, ¿sabe?

—Pues, claro; naturalmente. Ya le he dicho yo que eso no es nada...

—Sí; pero usted no es de fiar, Rodolfo, y perdone que se lo diga. Porque cuando yo me muera, ¿eh? No es que se lo reproche, porque comprendo todo. Pero a nadie le gusta que le rodeen los buitres. Y su novia, esa descarada, tiene mirada de buitre, se lo digo yo. Yo creo que esa mujer no le conviene, Rodolfo. Una mujer como es debido no hubiera entrado nunca en esta casa... Aprovechándose de mi accidente, además...

—Pero ¿por qué, Martina? Ella quería ayudarnos...

—No, Rodolfo, no, que yo conozco el percal. Usted es distinto...

Se sentía fatigada, pero siguió hablando:

—Usted es distinto que ella, y, además, usted es mi marido. Quiero decir que no se vive con una persona cinco años sin que se la llegue a estimar, y usted me aprecia a mí. No hay más que ver cómo se porta y cómo tiene la casa, que da gusto verla, y todo para que yo no trabaje...

Rodolfo trató de aparentar algo semejante a la pudorosa modestia, pero la verdad es que tenía ganas de echarse a reír: ahora salía aquella vieja chocha con que él era una perla. ¡Como si todo aquello lo hubiera hecho a gusto!

—¿Sabe que me da mucho miedo pensar en la muerte? Sí; ahora que estábamos tan bien, si me muriera, sería terrible. Ya me he encariñado con usted, y me gustaría seguir años y años como hasta ahora... Bueno; aunque yo tuviera que quedarme para siempre en una silla de ruedas. Se lo digo de verdad, Rodolfo; no crea que es por halagarlo... Antes de casarnos no me hubiera importado nada morirme. Nada, lo que se dice nada. Pero ahora que le tengo a usted...

Le costaba trabajo seguir hablando, y sintió ganas de dormir:

—Bueno... Voy a ver si descanso un rato... Yo estoy tranquila; confío en usted. Usted es un hombre bueno y comprensivo, y velará por que no me ocurra nada, ¿verdad? Ya sabe: a don Dimas, cinco albóndigas; no se deje engañar si le pide más, que le pedirá. Y mañana, que deje el lechero dos litros...

Rodolfo se levantó de la silla, haciendo ademán de irse, y la anciana le sujetó de la mano:

—No, Rodolfo; no me deje sola... Quédese hasta que me duerma... Yo confío en usted; usted es bueno... Si no fuera por ella...

Y Rodolfo se quedó, anclado por la mano en aquellos cuarenta kilos de huesos y pellejos.

La anciana había cerrado los ojos, pero los abrió para rogar:

—Rodolfo..., quíteme la dentadura...

Venciendo su repugnancia, él le sacó los dientes de la boca y los puso sobre la mesilla. ¿Hasta cuándo, hasta cuándo iba a durar su suplicio? Sentándose, miró a la

cara pálida y hundida de la que era su *mujer*... La vieja respiraba con mucha dificultad, y el aire silbaba al salir de sus pulmones. Gemía roncamente a intervalos, inmóvil, casi imperceptible bajo la ropa de la cama. Una mosca comenzó a evolucionar sobre su frente, y Rodolfo la espantó. Y entonces, en aquel instante, descubrió que compadecía con toda su alma a doña Martina. Sentía que se hubiera roto la pierna, y sentía también que fuera a morir. Arrepentido de sus pensamientos inmediatos a la noticia, de los brutales comentarios que había hecho junto con Petrita y Carbayo, de su inhumana alegría, Rodolfo quiso que saliera del trance, que un milagro la salvara y no le hiciera a él responsable de su muerte. Y se puso a rezar, a pedirle a Dios aquel milagro, si un milagro era necesario para que la pobre mujer siguiera viviendo. Y, en su cordial afán de redimirse a sí mismo, de borrar sus anteriores y malignos deseos, llegó a prometer que estaba dispuesto a pasearla en aquella silla de ruedas que tantas veces había rodado por los labios de doña Martina.

Que se muriera cuando la Providencia lo tuviera dispuesto, pero no porque él lo ansiara.

III

Una mañana, apenas despertó, doña Martina llamó a Rodolfo con voz débil:

—Hijo..., hijo..., acércate...

Rodolfo le estaba ahuecando el colchón, y creyó que era una llamada más entre las innumerables con que lo martirizaba la vieja:

—¿Qué quiere ahora? —preguntó, fastidiado.

—Hijo..., hijo..., avisa a don Julio; estoy muy mala... Me muero... Me muero...

—No empiece usted con sus pamplinas. ¡Usted qué se va a morir!

—Que sí, Rodolfo; que sí... Avisa a don Julio —Rodolfo se dió cuenta de que estaba tuteándole—, avisa a don Julio, que quiero confesar...

Se acercó a la cabecera de la cama, ya preocupado. La anciana, pálida, demacrada, tenía las manos frías y los ojos apagados. Rodolfo se interesó:

—Pero ¿qué le pasa? ¿Se siente mal?

—Muy mal, hijo... Anda, trae a don Julio... Tengo muchas cosas que decirle... He estado ciega, ciega... Pero, gracias a Dios, ahora me doy cuenta... Como Don Quijote, hijo; como Don Quijote —tuvo el valor de bromear.

Y Rodolfo, convencido ya de que la cosa iba de veras, marchó por los sacramentos. Doña Martina los recibió con una serenidad edificante, y apenas el sacerdote abandonó la habitación, ella entró en coma.

Después de avisar a don Alfredo, Rodolfo se acercó a la cerería para comunicarle la buena nueva a Petrita. Y la buena nueva transformó a la mujer: saliendo de su pasividad, de su resignación, tocando ya con las manos «su pisito», Petrita resucitó y volvió a ser, instantáneamente, la misma de antaño.

Abandonó la máquina y las medias, y acompañó a Rodolfo cuando éste regresó a su casa. Entró en ella como un vendaval, hablando de proyectos, de lo que iba a hacer y de lo que iba a deshacer, y ante la exánime anciana, amenazándola con el puño, masculló:

—¡Ya era hora, bruja; ya era hora!

—Petrita, no seas así, mujer —le reprendió Rodolfo, escandalizado por su brutalidad. Y apareció aquel basilisco que durante años y años había tascado el freno, y que ahora, despojado de él, estaba desbocado:

—¿Así? ¿Cómo quieres que sea, entonces? Claro; te parece una falta de respeto. ¡Piensa, piensa a ver si ella nos ha tenido a nosotros algún respeto! Lo que tiene que hacer es morirse cuanto antes, que aquí ya estorba. El piso es ya mío, ¡mío! Mucho me ha costado conseguirlo, ¡demasiado!, para que ahora me dé por ponerme tierna.

Y a renglón seguido pasó al ataque:

—El Carbayo ése, ¿cuánto paga de pensión?

—Pues creo que son veintisiete pesetas.

—¿Veintisiete? ¡Claro; así se hace el remolón! Pues de la vieja se ha podido reír, pero de mí no; si quiere seguir aquí, diez duros. Y si no, a la calle.

Rodolfo se espantó:

—¿Diez duros?

—¡Naturalmente! A ver, a ver cómo es su habitación...

Salió al pasillo y comenzó a abrir y a cerrar puertas, a investigar en los armarios, a contar la ropa blanca, a repasar el estado de los colchones, a fisgonear entre los trajes de doña Martina:

—Bueno; las mantelerías están bien, pero no es para tanto. Los colchones, en cambio, habrá que tirarlos. ¡Madre, qué padre! ¡Pues no hay que cambiar cosas aquí! Mira: todo esto está más pasado de moda que mi abuela. Hay que comprar muebles, sobre todo sillas. Mira, mira cómo están, con el tapizado hecho una pena, desvencijadas. Y de su ropa no voy a poder aprovechar nada: está toda apolillada. Bueno; alguna faldita me sacaré; ya sabes que yo para coser me doy mucha maña. ¿Y los visillos? Ahí los tienes, todos cagados de moscas. ¿No le daba vergüenza tener la casa así?

Hablaba como si la anciana ya hubiera muerto, y Rodolfo, entre asqueado y temeroso, asistía mudo a aquella actividad trepidante de su novia. Sí, de su *novia*: ahora había vuelto a serlo.

—¡Un dineral, un dineral nos va a costar adecentar esto! Parece mentira cómo está la casa; un pisito tan mono y tenerlo así...

Rodolfo quiso frenarla:

—Bueno; pero ¿con qué dinero vamos a...?

Ella no le dejó terminar:

—¿Con qué dinero? Y la cartilla, ¿qué? Hay que buscarla inmediatamente. ¿Tú no sabes dónde está?

—No, Petrita; no lo sé... Además, creo que ya tendremos tiempo de encontrarla. Estando ella ahí, da no sé qué...

Petrita dejó de fisgar en un cajón que había abierto y miró a Rodolfo cariñosamente, con un poco de pena:

—Eres tonto, Rodolfo. No hay que ponerse como te pones tú, ¡caray! Si se va a morir de un momento a otro, ¿para qué andarnos con bobadas? ¿No te parece que ya le hemos hecho bastante el rendibú? Además, tendremos que pagar la clínica, y el practicante, y el médico, y el entierro, ¿no? ¿O quieres que lo paguemos de nuestro bolsillo? Anda, anda, vamos a buscar la cartilla, que como no la encontremos, esa tía me va a oír, por muy gordo que sea el soponcio ese que tiene. Porque a lo mejor resulta que ha sido tan bruja como para habernos engañado también en eso. ¡Pues no faltaba más! ¿Y dices que no busque la cartilla? Como no la encuentre, la va a enterrar la caridad pública, fíjate lo que te digo. Bueno; no creo que haya sido tan zorra como para eso... Nos hace falta mucho dinero, Rodolfo; mucho. Esto es un desastre; pero con unos arreglitos nos puede quedar una casa preciosa. A ver, vamos a

ver la cocina despacio...

Entraron, y Petrita, en su precipitación, pisó una de las cucarachas que negreaban sobre el blanquirrojo ajedrezado del suelo:

—¿Has visto qué tía cerda? Anda, anda; para que luego digas que no es momento de buscar la cartilla... ¡Si tenemos que traer hasta la desinfección! Y mira, mira qué platos, todos desportillados. Mira qué cazuelas, abolladas, sin esmalte, sucias... ¿Y la cocina? ¿Te parece que hay derecho a tener una cocina así, con la chapa rota y llena de orín?

—Es que como guisamos en el hornillo eléctrico... —trató de justificar a la vieja y a él mismo, Rodolfo.

—¡Qué hornillo ni qué...! ¡Bueno; más vale que no lo diga! ¡Vamos a tener que hacer hasta obra! ¡Fíjate, fíjate qué indecencia de retrete! Y hay que pintar; eso, desde luego. Anda, sigue diciéndome que no está bien que me preocupe ahora de la cartilla... La tengo que encontrar, ¡por éstas! —y se besó los índices, puestos en cruz.

Rodolfo, aunque comprendía que Petrita tenía sus razones para actuar de aquella manera, prefirió no asistir a la expoliación; dejó a la rapaz mujer revolviendo en el aparador que ocupaba el comedor y se refugió en la habitación de doña Martina. Se sentó en una butaquita situada junto a la cabecera de la cama y metió la cabeza entre las manos. Sí; lo que hacía Petrita era lógico: llevaba demasiado tiempo esperando aquel momento, para que ahora, llegado, se le pudiera exigir serenidad. No se podía sentir impresionada por el estado de Martina, porque estaba enloquecida por la impresión que la certeza de su pronta muerte le había producido. Además, que Petrita tenía más ganas de casarse que él; al fin y al cabo, ella no se había casado nunca.

Sonrió levemente al darse cuenta de que, involuntariamente, se había gastado a sí mismo una broma. Sí; estaba a dos pasos de ser viudo. En su pueblo, de casarse allí con Petrita, ahora sí que le hubieran dado una buena cencerrada. Casarse otra vez... Le sonaba extraña la frase, como si no tuviera sentido...

Entró Petrita gritando:

—¡Rodolfo, no la encuentro! ¿Dónde la habrá metido esta vieja?

Se volvió hacia la anciana, y la apostrofó:

—¿Dónde, dónde la has metido, cochina?

La sujetó Rodolfo, temiendo que abofeteara a la insensible señora:

—Deja, deja. Ya la encontraremos, mujer...

—¿Tú crees? A ver si la indecente ésta nos ha dado el timo de la estampita... ¡La mato como haya hecho eso! ¡La mato!

—Que no, Petrita; que no. Yo la he visto ir al Banco. Ya aparecerá...

Llegó don Alfredo y examinó a su paciente:

—Lo que me temía. No hay nada que hacer... Volveré a la noche, pero será lo mismo. Le voy a inyectar ahora...

Manipuló en su cartera, preparó una jeringuilla y le inyectó a doña Martina una ampolla de aceite alcanforado.

—Pero ¿estará mucho tiempo así?

—No se sabe... Lo mismo puede estar diez minutos que diez días. En fin, paciencia, señores... Es la vida.

Petrita pensó que aquel médico parecía tenerle rabia. ¿A santo de qué hablaba de vida, si lo que tenía que hacer cuanto antes era certificar la muerte?

* * *

A las dos llegó Carbayo a comer. El hombre, sin saber lo que Petrita le tenía preparado, la saludó muy gentil:

—¡Dichosos los ojos, Petrita!... Qué, ¿cómo está usted? Y la vieja, ¿se muere o no se muere?

—Esta mañana ha confesado y comulgado... Ya está con el viático, Carbayo. Un coma, ha dicho el médico —informó Rodolfo.

—¡Vaya, hombre; menos mal! ¿Cuándo comemos?

Petrita, que había entrado en la cocina a darle vuelta a las patatas, salió decidida a plantearle la cuestión a Carbayo:

—Don Dimas, hemos pensado Rodolfo y yo que si usted quiere seguir, nosotros no tenemos inconveniente...

Carbayo pareció alegrarse mucho:

—¡Caramba! ¡Vaya una alegría que me ha dado usted!... A mí me molesta andar por ahí con las maletas, claro, y estaba yo preocupado con el problemita que tenía planteado...

—Claro que —siguió Petrita, muy seria—, como usted comprenderá, por veintisiete pesetas no...

Generoso, magnánimo, Carbayo le cortó:

—Nada, ni una palabra más. Yo soy un hambre, amiga mía, y sé que tiene usted razón. Qué, ¿ponemos las treinta pesetillas, para no discutir?

Rodolfo cerró los ojos; ahora, ahora iba a saber Carbayo lo que era bueno:

—¿Treinta? No, don Dimas. Por treinta pesetas no se puede dar de comer a nadie hoy día... Rodolfo y yo ya hemos pensado que tendría usted que pagar diez duros...

—¿Diez..., diez duros? —se rascó la calva, perplejo, Carbayo—. Pero, pero usted está loca. ¿Cómo voy a pagar diez duros, si no vendo un aparato desde hace...? Además, ni tenemos baño, ni teléfono, ni ascensor..., ¡ni nada de nada! Pero ¿en qué país vivimos, hombre?

Sin alterarse, Petrita le razonó.

—No, don Dimas; si nosotros no le exigimos que se quede. Cada uno se echa sus cuentas y puede hacer lo que quiera. Pero comprenderá usted que la habitación es hermosa y que podemos sacar por ella ese dinero, y más, si queremos. El sitio es céntrico y está muy comunicado, don Dimas; eso tiene que reconocerlo...

Carbayo dudaba: no sabía si darle una patada a aquella entremetida o si golpear a

Rodolfo. En la duda, optó por exclamar, con todo el sentimiento de su alma:

—¿Y para eso se va a morir ella?

Luego miró a Rodolfo de arriba abajo, y le escupió:

—Eso no se hace con un amigo, hombre...

Y se encerró en su habitación.

Petrita, siempre serena, volvió a sus patatas fritas, y, sonriente, le dijo a Rodolfo:

—¿Lo ves? Mira qué pronto lo he echado yo. ¡A mí me iba a venir haciéndose el sueco! ¡Pues, sí!...

Comieron en la cocina, y Petrita puso a discusión el tema que la apasionaba:

—¿Tú crees que durará mucho? Si se muriera pronto, nos podíamos casar antes de Navidad; pero si tarda, tendríamos que esperar a mediados de enero. ¿Tú qué crees?

—No sé, Petrita. Ya has oído al médico.

—Mira: si se muere antes de fin de mes, nosotros nos podemos casar a primeros de diciembre. Hay que ir pidiendo los papeles, ¿sabes? Entonces podíamos ir de viaje de novios a tu pueblo y pasar con tus padres las Navidades. Nos saldría barato, y, además, así los conocía. ¿Les vas a invitar a la boda? Claro que como no sabemos si la vamos a celebrar...

Rodolfo levantó la cabeza del plato, sorprendidísimo.

—¿Cómo que no sabemos si nos vamos a casar?

—No, no digo eso. Digo celebrarla, dar una comida y baile, y todo eso... ¡Si encontráramos la cartilla! De todas maneras, un traje oscuro tienes que hacerte. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas del traje azul marino que, según ella, te iba a servir para las dos bodas? ¡Qué tía! ¡Para las dos bodas! ¡Ja, ja! —fingió, sarcástica, que se reía.

Rodolfo movió la cabeza, casi divertido... ¡El traje azul! ¿Dónde estaría el traje azul, aquel traje que estuvo cuidando durante medio año, esperando poder volver a utilizarlo cuando se casara con Petrita? Ella continuó:

—Yo, desde luego, me caso de blanco. Si encontramos la cartilla, podré llevar una buena cola, y si no, ya me arreglaré yo con Purita, que me lo hará casi regalado. Oye, ahora que me doy cuenta: ¿podrás sacar el dinero? A lo mejor te dicen que hace falta el testamento y... ¿Habrás hecho testamento?

Rodolfo la tranquilizó:

—Yo creo que eso no importa: ella está sola, no tiene a nadie más que a mí. Si la cartilla está por ahí, supongo que no habrá inconvenientes...

—Dios te oiga.

Cuando terminaron de comer, mientras Petrita fregaba los cacharros, Rodolfo, que llevaba un buen rato rumiando aquello del traje blanco, se atrevió a decirle:

—Oye... Yo creo que no vale la pena que hagas el gasto para eso...

—¿Para qué?

—Para casarte de blanco. Total, a nosotros esas cosas ya no nos...

—¿Qué dices? ¿Con la ilusión que tengo y ahora quieres que me case como si

fuera a un recado? ¡Es lo único que me faltaba por oír! ¿Es que no me puedo casar tan de blanco como la primera? ¡Di, di tú, que eres el que mejor lo sabe!

Rodolfo se batió en retirada:

—Bueno, mujer; no te pongas así... Yo lo he dicho únicamente porque..., porque el dinero... —mintió.

Le parecía ridículo que ella, con su facha y con sus cuarenta años, se vistiera de doncella virginal, como si fuera una ursulina acabadita de salir del colegio para caer en brazos del príncipe que la iba a llevar al altar. ¡Menudo príncipe está él hecho! Salió de la cocina, y ella le preguntó:

—¿Dónde vas?

—A ver cómo sigue...

—¡Déjala que se muera en paz!

Al entrar en la habitación que tanto deseaba Petrita que se convirtiera en mortuoria, Rodolfo pisó a *Teodoro*, que dormitaba en el suelo. El gato, viejo y gordo, sin las facultades de antaño, tuvo que limitarse a bufar. Su arrogancia había desaparecido, y ya ni mayar podía. Ensañándose con él, Rodolfo le propinó un puntapié y se acercó a la cama. Allí estaba doña Martina, cada vez más diminuta, más consumida, pero siempre exhalando su hilito de vida, aquel hilito tan fino, pero tan largo. Rodolfo le arregló el embozo y se sentó en la butaca. Extendió las piernas, cruzo los brazos y cerró los ojos. Antes de quedarse dormido una idea revoloteó por su somnoliento cerebro: había comido como un bárbaro, y Petrita guisaba estupendamente.

IV

Las comidas preparadas por Petrita, la cercanía física de la mujer, la casi convivencia que a lo largo de tres días les llevaba uniendo, despertaron en Rodolfo una extraña inquietud. Aquella noche, cuando acababa de marcharse el practicante que alimentaba a base de suero a doña Martina, la inquietud que se había adueñado de Rodolfo se le cristalizó en un oscuro y fuerte deseo de abrazar a Petrita.

Como hacía muchísimo tiempo que no le ocurría nada parecido, Rodolfo estaba perplejo. ¿A qué venía ahora aquella estupidez?, pensó, tratando de no mirar a su casi esposa, pugnando por apartar los ojos de su cuerpo. Durante un ratito pudo contenerse, desentenderse del deseo; pero, finalmente, se vió obligado a levantarse y a acercarse a su novia.

—Pero ¿qué haces, tonto? —dijo ella, sin preguntar, mimosa, al obligarle él a levantarse para abrazarla. Y al ver los ojos de Rodolfo, había comprendido, jubilosa, lo que le ocurría.

—Petrita... —murmuró roncamente Rodolfo.

—Déjame; no seas así... Además, está ella ahí... —indicó con la barbilla a doña Martina, tan quietecita en su cama. Rodolfo, sin mirar a la anciana, apretó más su abrazo y le susurró al oído, besándola:

—Déjalo; no se entera...

Ella se dió cuenta de que quería besarla en la boca, y, ya metida en el juego, hizo todo lo posible por esconderla, sin llegar a negársela.

—Petrita..., Petrita... —siguió murmurando él, siempre tratando de alcanzarle los labios. A Petrita le sabían a gloria aquellas apremiantes llamadas, y no pudo prolongar durante mucho tiempo sus coqueteos; en uno de ellos se dejó besar, y besó ella a su vez. Se abrazaron aún más estrechamente, y estuvieron a punto de perder el equilibrio.

—¡No, Rodolfo, no! ¡Eso, no, Rodolfo; ten paciencia! —gimió Petrita, temiendo caer sobre el cuerpecillo de doña Martina. Y luchó por desasirse del abrazo, por escapar de aquel cerco que le había puesto el ardoroso y desconocido Rodolfo.

—Petrita..., Petrita..., Petrita... —continuaba él, entrelazando los arrullos con besos en las mejillas, en la frente, en los ojos, en el cuello de la mujer. Y, cuando su frenesí alcanzaba su punto más alto, Petrita, por encima de su hombro, vió fijos en sus ojos los de la vieja. Gritó:

—¡Nooooo!

Rodolfo se detuvo. Ella lloriqueaba, histérica, escondiendo la cabeza:

—¡Ha muerto, ha muerto!

Rodolfo la soltó y se volvió hacia la cama. Se le puso la carne de gallina: allí estaba la anciana, con los ojos abiertos e inmóviles, acusándolos, quizá con la visión

del abrazo detrás de las pupilas ya ciegas. Rodolfo tragó saliva y se dispuso a cerrar aquellos ojos que le daban escalofríos. Y cuando su mano iba a bajarle los párpados, los ojos se movieron y los labios se entreabrieron en una mueca que parecía una sonrisa:

—Martina..., Martina... Yo...

La vieja llegó a sonreír, y Rodolfo le gritó a Petrita, que seguía con su ataque de histerismo:

—¡Calla, calla, por Dios! ¿No ves que está viva?

Ella calló instantáneamente, y se desgarró en un grito:

—¿Viva?

La moribunda —se estaba muriendo, no había más que verla, se dijo Rodolfo— movió los labios. Él, inclinándose sobre ellos, se disculpó:

—Es que estábamos ahí, y...

Doña Martina sonrió de nuevo, y sus ojos aletearon débilmente, en un mudo y expresivo gesto de comprensión y de perdón.

Petrita se había acercado lentamente a la cama, y por detrás de Rodolfo observaba la escena. Le preguntó en voz baja:

—Oye... ¿Tú crees que nos habrá visto?

Él no le hizo caso. Se dirigió a la anciana, que seguía moviendo los labios:

—¿Quiere decirme algo? Hable; yo la escucho... ¿Qué quiere?

Tuvieron que esperar unos segundos antes que la voz se le oyera:

—No os preocupéis, hijos... No tiene importancia, y es..., y es justo... Yo ya me voy... Agua...

Petrita salió disparada hacia la cocina y volvió con un vaso. Humedecieron los exangües labios de la vieja, y ella siguió:

—Rodolfo..., Petrita... Perdonadme, hijos... Ya os dejo... Me muero, y no me tengo miedo... He sido muy tonta y muy latosa... Mucho... Pero ahora os pido perdón... Casaros... El piso es..., el piso es... vuestro... Agua...

Le acercaron nuevamente el vaso, y Rodolfo se creyó en la obligación de discutir con ella:

—No diga eso. Ahora, a curarse y a vivir otros ochenta años...

Movió la cabeza, negando:

—No... Me voy... Pero me marchó contenta, hijos... Yo confío en... Dios... y... en vuestras oraciones... Perdonadme, hijos... Os he hecho sufrir mucho... Pero perdonadme... Agua...

Volvieron a humedecerle los labios:

—Todo..., todo para vosotros... El piso..., el ajuar... Todo..., to... Agua... *Teodoro*... Dadme a *Teodoro*...

Mientras Rodolfo le acercaba el vaso, Petrita le echó mano al gato, que, como siempre, dormitaba sobre la alfombra. Lo puso en la cama, junto al embozo, y el animal lamió un momento la mano de doña Martina:

—Sí..., *Teodoro*... Me muero... La cartilla de ahorros...

Petrita, en el mismo momento, salió de su respetuosa actitud: ¡por fin! Aguzó el oído.

—... la cartilla está en el... en el... Agua...

Petrita se puso nerviosa; a ver si ahora, con tanto pedir agua, se moría sin decir lo que más importaba.

—Gracias, Rodolfo, hijo... ¡Qué bueno has... sido conmigo!... Perdóname...

Tuvo un momentáneo desvanecimiento, y Petrita lo llenó con su protesta:

—Ya verás cómo es capaz de morirse sin decirlo. ¡Qué manía! Anda, dale más agua, a ver si vuelve.

Volvió:

—¡Ay Jesús!... Me muero a chorros... Pero tengo que decir algo... Que me digan treinta misas, Rodolfo... Y el entierro, sencillo... Todo lo más, una corona vuestra... Tuya, Rodolfo... Y un nicho en el camposanto... No me gusta la tierra... No me gusta... Agua...

Petrita arrancó de la mano de Rodolfo el vaso y lo encajó entre las encías de la agonizante. De buena gana le hubiera preguntado por la cartilla, pero no se atrevió. A ver, a ver si lo decía sin obligarla.

—No tengo tiempo ya... No siento las piernas... Cuidad a *Teodoro*... Llevarlo al cementerio... A lo mejor, quiere morirse allí... Prométemelo, Rodolfo; prométemelo...

Rodolfo, muy serio, afirmó:

—Lo juro...

—Y si no quiere..., si no quiere morirse allí, cuidadlo... Es como una persona..., ya lo sabes... Bueno... Ya he terminado...

—¡No, no! —casi gritó Petrita, convencida de que la vieja, que ya había cerrado los ojos, iba a ponerse a morir tan tranquila. Y agregó, no tan alto:

—La cartilla, doña Martina... La cartilla de ahorros...

—¡Ah, sí!... Está ahí..., ahí...

—Sí, sí... Pero ¿dónde? —le apremió Petrita.

—A tu nombre y al mío..., ¿sabes, Rodolfo?

Rodolfo movió la cabeza, asintiendo.

—Ahí..., ahí... Detrás del cuadro..., del cuadro del *Angelus*...

Petrita hizo el ademán de dirigirse al cuadro indicado, pero pudo contenerse. La espontánea atención de la vieja al hacer titular de su cartilla a Rodolfo puso en su egoísmo un adarme de sentido de la medida. Se conformó con soltar un suspiro de alivio, y musitó:

—¡Gracias a Dios!

Rodolfo ni siquiera se enteró; doña Martina le había cogido una de sus manos, y seguía con los ojos fijos en él. Casi parecía un marido de verdad, angustiado por la certeza de que iba a transformarse en un viudo inconsolable. Se atrevió a musitar:

—Animo... No lo tome así, que es peor...

Ella denegó débilmente, casi sin mover la cabecita huesuda, sin sangre:

—No... Ya, no... Rodol...

Durante un segundo pareció que no podría decir nada más: se había quedado rígida, la boca abierta, los ojos desencajados. Pero cuando sus músculos se aflojaron y cayó vencida su cabeza, con su último suspiro le salió en un borboteo, un ruido sordo:

—¡Teodoro!

El gato dió un brinco de costado y maulló lastimero, quejumbroso, fantasmal.

Todo había acabado. Rodolfo cerró los ojos de la muerta y, casi maquinalmente, se arrodilló. Y mientras él rezaba, Petrita, muy lentamente, se acercó al cuadro y contempló durante unos segundos aquel cromo, en el cual un labriego, dando paz a su azada, se quitaba respetuosamente la gorra. Petrita alargó la mano, y antes de tocar el cuadro miró hacia atrás; luego lo separó de la pared y, temblando, retiró de uno de sus ángulos un sobre de papel amarillo, muy manoseado. Lo abrió, sintiendo el palpitar de su corazón, y sacó de él una cartilla de ahorros. En la cubierta, un papel pegado sobre la cartulina oscura decía:

MARTINA RUPEREZ-RODOLFO GOMEZ

Abrió el pequeño y codiciado librito y pasó sus hojas apresuradamente, resbalando la mirada sobre las cifras que se sucedían en la interminable cartilla: 700..., 2.025,57..., 2.501,13... 7.047,80..., 9.200,21..., 13.589,35..., 17.001,10..., 21.332,14...

Era la última cifra anotada, y Petrita la repitió mentalmente: «Veintiún mil trescientas treinta y dos con catorce... Veintiún mil trescientas treinta y dos con catorce... Veintiún mil trescientas treinta y dos con catorce...». ¡Más, mucho más que todo lo que ella hubiera podido soñar! ¡Podía casarse de blanco y con una cola de siete metros, y celebrar una comida seguida de baile, y salir en viaje de novios hasta Palma de Mallorca!

Corrió, hacia Rodolfo, que seguía arrodillado:

—¡Rodolfo, Rodolfo, veintiún mil trescientas treinta y dos con catorce! ¡Mira, mira!...

Le puso la cartilla, abierta por la página que contenía la maravillosa cifra, delante de las narices, y repitió, canturreándola como si fuera un niño del Colegio de San Ildefonso, aquella cantidad que acababa de volverla loca de alegría.

Rodolfo levantó la cabeza. Había en sus ojos la humedad de un par de lágrimas solitarias. Miró la cartilla, y se levantó asombrado, perplejo:

—Pero..., pero...

Petrita daba vueltas a su alrededor, saltando, bailando, gritando alegremente, olvidada de todo lo que no fuera su tesoro, que agitaba como si fuera una banderola:

—¡Viva doña Martina! —llegó a gritar, en su locura.

Y Rodolfo, sintiendo de repente una ternura infinita por aquella anciana que lo había torturado durante cinco años largos, le acarició las frías manos, en cruz sobre el pecho, y murmuró:

—¡Pobre mujer!

Y ni él mismo supo si lo decía por la que había sido su primera esposa o por la que iba a ser la segunda.

V

Petrita fue inflexible:

—Mira, Rodolfo: en lo del funeral, y lo mismo en lo de las misas, estoy de acuerdo contigo. Al fin y al cabo, pueden hacer algo por su alma. Pero en lo del nicho, ¡vamos, hombre! ¿No ves que es una tontería? ¿Qué más le da ahora estar en un sitio que en otro? Son ganas de tirar el dinero estúpidamente.

Rodolfo había querido defender el derecho de la muerta a ser enterrada a su capricho:

—Pero, Petrita..., es un último deseo, y hay que cumplirlo...

Ella se había echado a reír:

—No seas primo; también es un último deseo lo del gato, eso de que lo lledes al cementerio, y no creo que te vayas a presentar allí con el animalito.

—Ten en cuenta que se lo juré.

Ella, atenta sólo a defender el dinero, transigió:

—Bueno; allá tú. Pero del nicho, ¡ni hablar! ¡Menudo precio tienen! Cuando lo de mi hermano nos lo dijeron, y por poco nos da un patatús. Además, que ya está bien, Rodolfo. Le vamos a hacer su entierro, sencillo, como ella dijo; le vas a poner una corona y va a tener su funeral y sus misas... ¿Qué más puede pedir?

Aún trató Rodolfo de convencerla:

—Pero ¿a ti qué más te da? No esperábamos tanto dinero, ¿no es así?

Y Petrita se había enfurecido:

—¡Ah! Entonces, cogemos y se lo metemos en la caja, ¿no? Pero ¿qué manía te ha entrado con el nicho, Rodolfo? Mira: no me lo nombres más, o tenemos un disgusto. Con lo que cuesta esa idiotez nos podemos comprar un dormitorio de estilo colonial. A ver, contesta: ¿qué es más razonable, que nos compremos nosotros el dormitorio, que lo vamos a disfrutar, o que la metamos a ella en tu dichoso nicho, que ni siquiera se va a enterar de que está allí?

Todo se había hecho tal como dispuso ella, incluso lo relativo a la conducción del cadáver:

—Mira: como yo voy a ir a la peluquería a la una y el entierro es a las tres, pues lo mejor es que vayas tú solo. Yo, cuando termine, me iré al Comercial, y allí te esperaré, ¿eh? Además, que no está bien que vaya yo al entierro, ¿no te parece? La gente hablaría, compréndelo...

* * *

Cuando bajaron la caja, entre Rodolfo, Carbayo —que se había reconciliado con la pareja—, Sáenz y el portero, en la calle lucía el sol. Un sol de invierno, anémico y

pajizo, pero que templaba la ciudad, empañándola con su tibio aliento.

La comitiva, escasísima, se puso en marcha. Delante, presidiendo, Rodolfo y don Manuel, siempre tan cumplido con sus empleados. Detrás, Sáenz, Carbayo, una amiga de la muerta y el portero. El coche salió a la calle de Fuencarral y la remontó durante unos metros. En la glorieta de Bilbao se detuvo, y el duelo se despidió; ante Rodolfo y don Manuel pasaron los circunstantes, que al estrecharles las manos dijeron cada uno una cosa distinta, siendo originales gracias a la inverosímil situación:

—Bueno; hasta mañana —dijo Sáenz.

—En fin, era lo que se esperaba. Pero uno lo ha sentido. Y me voy, que me parece que voy a vender un braguero, ¿sabe? —dijo Carbayo.

—¡Pobre, pobre doña Martina! —dijo su amiga.

—Bueno; peor sería no verlo, don Rodolfo —dijo el portero.

Todos se alejaron, perdiéndose entre los curiosos que miraban el triste momento. Don Manuel, ya a solas con Rodolfo, le tendió su mano, y se disculpó:

—Bien; usted me perdonará, Gómez. Pero la oficina espera...

Y se fue, dejando a Rodolfo definitiva y terriblemente solo, mirando aquellas cintas de la corona, aquellas cintas que tanto trabajo le había costado llenar con una dedicatoria. Decían:

«NO TE OLVIDAMOS»

Se acercó a Rodolfo el chófer del coche de la funeraria cuando la carroza arrancó:

—Cuando usted quiera... ¿Es que... no viene nadie?

—No... Nadie.

Y Rodolfo se dirigió al coche. Pero cuando iba a subir en él pensó en Petrita: ¿estaría ya en el Comercial? Así podría acompañarle.

—Espere usted un segundo; salgo en seguida.

El chófer debió de sorprenderse más aún: nunca había trabajado en un entierro tan raro.

Salió del café Rodolfo, tirando del brazo de Petrita, que estaba transformada en una etíope con aquel cabello que le habían ensortijado en la peluquería con una saña increíble. Ella todavía se resistía:

—Pero ¿no es mejor que te espere aquí y luego nos vamos a ver muebles?

—No, por favor, Petrita. Acompáñame... Me fastidia ir solo.

Montaron en el coche y retiraron la cesta que contenta a *Teodoro*.

—Te has empeñado y lo has traído, ¿verdad?

—¿Qué iba a hacer?

El coche descendió hacia la Castellana por Sagasta, y Petrita y Rodolfo guardaron silencio. Por el espejo retrovisor, el conductor les miraba, dándole vueltas a la cabeza, sin entender nada. ¿Qué clase de sepelio era aquél? Escuchó; la mujer hablaba:

—¿Te gusta cómo me lo han dejado? Ya verás cómo me voy a arreglar de ahora en adelante, Rodolfo. Una estaba aburrída y no se cuidaba nada; pero ahora ya es distinto, ¿verdad?

Rodolfo no tenía ganas de hablar. Estaba inquieto, triste, amargado. Ella comentó:

—Vamos, no seas tan aburrído, hombre. Eres más impresionable que nadie. Ya no te tienes que preocupar: todo está arreglado.

El chófer pensó en lo que iba a decir su mujer cuando se lo contara, y por mirar hacia el espejo estuvo a punto de cruzar la calle de Goya estando el disco rojo.

Cuando arrancaron, Petrita continuó:

—Vamos a ir a una casa de muebles que hay en la calle de San Bernardo... Se anuncian mucho por radio, y, como deben de ser de fábrica, son más baratos. Oiga — se dirigió al conductor, que se sobresaltó—: ¿nos podrá dejar en San Bernardo, junto a Noviciado?

—Bueno...

Se acercaban a Manuel Becerra, y Petrita siguió:

—Cuando empiecen los toros tenemos que venir, ¿eh? Rodolfo, contéstame, hombre, que parece que te has tragado un sable.

Rodolfo contestó con un lacónico «Sí» y volvió a su mutismo. No tenía ganas de hablar, y se arrepentía de haberse hecho acompañar por ella. Se esforzaba en animarse, en aconsejarse una despreocupación a la que no podía llegar. ¿Por qué? ¿Qué le importaba a él de doña Martina? ¿No les había dejado el piso, y, por si esto fuera poco, también la cartilla? Eso era lo que esperaban. ¿A qué complicar las cosas? Se daba cuenta de que no tenía ningún motivo para estar apenado, y, sin embargo, lo estaba. A última hora había descubierto que aquella desgraciada vieja le inspiraba cierto afecto, pero nada más. ¡Si por lo menos se callara Petrita! Pero ella seguía, incansable, rebosando satisfacción, toquiteándose sus rizos tan contenta, como si ya fuera a su boda y no al entierro de la anciana.

—... yo creo que lo mejor es poner el comedor en el dormitorio de ella, y así, cuando se vaya Carbayo y nos pasemos nosotros a su habitación, en la tuya podremos poner una salita de estar... Puede quedar muy mona con unas cretonas...

El coche se detuvo; ante el cementerio estaba detenida la carroza, y el chófer, en la carretera, gritó:

—¡Menos mal, hombre! ¡Ya creía que me iba a tener que llevar a casa el cadáver!

Atravesaron las puertas y siguieron a la carroza a lo largo del camino abierto entre las tumbas. La enorme extensión de cruces, lápidas y cipreses pareció impresionar a Petrita, que se calló por fin. Rodolfo se sentía mal; aquel paisaje silencioso, blanco e interminable le revolvió el estómago. Cuando tuvieron que apearse, al coger la cesta que encerraba a *Teodoro*, creyó que se iba a desmayar.

—Oye, Rodolfo... Yo te espero aquí, mejor, ¿eh? —le propuso Petrita, indicándole a los hombres que habían cargado con el ataúd y se internaban en un espacio de tierra pelada, sin piedras, sin lápidas, sin cipreses.

Rodolfo los siguió lentamente.

Mantuvo la cabeza hundida contra el pecho mientras los sepultureros metían el féretro en la tumba, y aún la bajó más cuando oyó el caer de la tierra sobre la madera. Tuvo que esperar mucho tiempo, casi una eternidad, antes que cesara el ruido. Luego alguien se le acercó y le entregó un papel. Era uno de aquellos hombres, y parecía esperar algo. Rodolfo supuso que debía darle una propina, y le puso en la mano un duro.

Luego se volvió a mirar a Petrita: allí estaba, leyendo las lápidas con mucha atención. Comprendió que, por lo menos en la cuestión del gato, ella tenía razón. ¿Qué demonios pintaba aquella cesta entre sus manos? La dejó en el suelo y corrió hacia el camino:

—Vámonos, Petrita; vámonos...

—Pero ¿se ha quedado *Teodoro* ahí?

—Sí, sí... Déjalo...

Montaron en el coche, y el conductor recordó:

—A Noviciado, ¿no?

—Sí.

Rodolfo se inclinó hacia adelante, frotándose los ojos con los dedos. Bien; ya había terminado todo. No existía ninguna razón para que siguiera amargado. Y entonces se oyó un maullido siniestro: *Teodoro* había logrado salir de la cesta y corría hacia el coche saltando pesadamente sobre las tumbas.

—¡De prisa, por favor! —le suplicó al chófer.

Y cuando el automóvil se puso en marcha, cuando fue pasando delante de las cruces innumerables, Rodolfo, de pronto, supo de dónde le venía su melancólico pesar, su implacable amargura. No, no era la impresión que le hubiera producido la muerte de doña Martina, ni tampoco aquel entierro absurdo, disparatado, demencial... Su estado de ánimo nada tenía que ver con aquello, porque aquello no le importaba ya nada, y, sin embargo, seguía sufriendo. Era otra cosa mucho más triste, más dura y más penosa. Era que no le hacía ninguna ilusión volverse a casar; era que se precipitaba hacia aquella nueva boda sin remedio, sabiendo que todo sería igual que en la primera. Todo, excepto la posibilidad de tener hijos.

¿Y acaso no estaba el cementerio lleno de ellos?

FIN

Madrid-Almuñécar, febrero-marzo 1957.



RAFAEL AZCONA FERNÁNDEZ (Logroño, 1926 – Madrid, 2008) fue un guionista y escritor español. Es considerado por muchos el mejor guionista español de la historia y es el guionista con mayor número de Premios y nominaciones al Goya. Comenzó su trayectoria como novelista y desde 1951 colaboró con revistas humorísticas como *La codorniz*. Gracias a la adaptación de la novela *El pisito* en 1959, entró en el mundo del cine. Entre sus trabajos destacan los guiones de *Plácido* (1961), *El verdugo* (1963), *Un hombre llamado Flor de Otoño* (1978), *La escopeta nacional* (1978), *La vaquilla* (1985), *El bosque animado* (1987), *¡Ay, Carmela!* (1990), y *La lengua de las mariposas* (1999), entre otras.

Recibió numerosos premios, como la Medalla del Círculo de Escritores Cinematográficos, el Premio Nacional de Cinematografía y la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas artes.